

La hija del Maestro

Manuel de León de la Vega



La hija del maestro

MANUEL DE LEÓN DE LA VEGA

PRESENTACIÓN.

Yo fui siempre la hija del maestro. La esbelta figura de mi padre como maestro y pastor seguía siendo gigantesca y desproporcionada frente a mí, aunque yo hubiese llegado a ser una conocida modista. Mientras él vivió, fue un tiempo amable, luminoso, sin ruidos en mi alma. Los únicos ruidos eran solo exteriores. Provenían de los trenes que cruzaban lentamente los campos cuajados de naranjos, granados y almendros irrumpiendo en el silencio y la soledad de nuestras vidas. El otro sonido extraño eran las sirenas de las fábricas y el gong potente de los barcos del puerto de Alicante que alborotaban las primeras luces del alba. El tiempo entonces lo medía el venerable reloj de sol de la plaza, tallado sobre los muros del edificio del Ayuntamiento. Con los primeros albores del siglo veinte, el curso de la vida comenzó a medirse por el número de manifestaciones y mítines. Aprendí a clamar “Libertad” y “Libre pensamiento” cuando los ancianos y los veteranos de la guerra del noventa y ocho susurraban “A sosiego”. Nosotros les respondíamos “A sosiego” pero marchábamos a las reuniones republicanas y a los mítines organizados por los abolicionistas protestantes como Antonio Carrasco y Julio Vizcarrondo, quien en ocasiones comparecían con Castelar.

Aquellos años, que ignoraban el valor de los relojes, venían envueltos en secretas ilusiones y esperanzas que se derretían rápidamente a cada paso. Pronto se transformaba la vida en incontables convulsiones políticas y poca alegría, risas sin regocijo, fascinación por unos ideales y una cierta bohemia, pero con la misma hambre en el cuerpo y sin progreso alguno. Los ensueños de poder escoger y vivir la libertad se apagaban pronto, volviendo a una realidad más cruel.

- El pueblo está cansado de soportar las tradicionales cargas impuestas por la religión cuya ideología domina toda la esfera social española, -justificaba mi padre las revueltas-
- Tenemos una monarquía constitucional y Alfonso XIII sabrá conducir la revolución obrera, -le señalaba mi tío Rafael que prefería la poesía a la política-
- El pueblo solo quiere librarse de la tensión y la angustia que oprime sus sueños. No quieren quedar anclados por siglos sin poder progresar, -explicaba mi padre siempre planificando y puliendo estrategias-
- ¿No crees que esta segunda revolución industrial nos dará el pan que le falta a la revolución obrera? –indagaba mi tío.
- Es algo más que pan y toros lo que busca el pueblo, - precisaba mi padre-
- ¿A qué te refieres?, -se interesaba ahora más mi tío-
- Me refiero a esa sensación de fragilidad que busca refugio en la libertad, en el idealismo, en la justicia social y en aquellos movimientos modernos a favor de una retribución justa del trabajo, de la dignificación de la mujer como compañera del hombre o la abolición de la esclavitud, -explicó sus rumiadas razones mi padre-

Eran siempre conversaciones mundanas, abanderizadas, pegadas al suelo

Presentación

de barro que siempre acababan con un mismo deseo más elevado.

- Que Dios nos ayude a poner todo esto por obra, en los años en que Él nos permita trabajar en su viña.

Yo me había criado en un ambiente de gentes liberales, pero en soledad. Había pregonado por las calles y enarbolando el pabellón de la ¡Libertad! ¡Libertad! Sin embargo, los contrarios a La Gloriosa y la democracia, seguían burlando la dignidad humana, discriminando a los protestantes hasta recluirlos en los muros de su conciencia y señalándolos como el mal de la nación. Quizás por eso aquellos días utópicos, idealistas y románticos se convirtieron en soledad.

2

Años más tarde, en plena madurez, mi vida cambió inesperadamente, casi por sorpresa. Fue un simple encuentro con un hombre desconocido y entre mis deseos no estaba la pretensión de gustarle. Yo ya me había acostumbrado a una soledad ordenada, a una vida saludable, a conversar con mudez en una ceremonia particular de silencio e incomunicación. Mi vida hasta entonces se podía describir en tres palabras: trabajo, privaciones y luchas. Y en los últimos años una soledad seductora pero cruel. Apenas latía la vida. Predominaba la hiel sobre la miel y la obsesión a la muerte más que el amor a la vida. Aunque era una sobreviviente, era víctima también de la ceguera de la modernidad. Gastábamos la vida protestando y clamando libertad, pero seguíamos infectados por la tradición. ¿Por qué no podíamos ser libres y renacer y soñar...?

Creo que solo me he sentido libre en mi soledad. Desde siempre había tenido una habitación propia, donde aquel espejo veneciano era mi único rival que descubría las ojeras y la palidez de mi cara, afeando con descaro mi contorno y mis sueños. Pero si me daba la vuelta, el espejo no volvía a inquietar mi vida. Por eso no tuve que demostrarle a este amigo desconocido mis capacidades, ni explicarle si era humilde, bulliciosa, habladora o presuntuosa. Hacía tiempo que mis instintos juveniles, de pavonearme y fingir ser otra persona, habían quedado atrás. Solo me sentía bien conmigo misma y ambos conversamos distendidamente, sin querer ser más bella, más inteligente o más encantadora.

El día que le conocí, había cerrado la fábrica de lonas para alpargatas y vulcanizados Ripoll. Era una de las grandes empresas con más prestigio en Elche que asomaba sus altas y circulares chimeneas por encima de la ciudad. Estaba enclavada entre dos montañas blanquecinas llenas de ágaves, captus y chumberas. Mi padre y yo habíamos conocido a los primeros dueños, pero en pocos años había pasado por varias manos. Mucha gente se había manifestado pacíficamente en la calle porque el cierre dejaba sin trabajo a muchas personas. En la manifestación yo me uní al grupo de antiguos empleados y allí estaba aquel desconocido que sería mi gran amigo. Inquieto y deambulando de un lado para otro, se hacía notar también por su forma de vestir. Con sombrero de fieltro blanco de ala mediana, semejaba a un mafioso siciliano que le distinguía de los demás. Vestía camisa gris, casi negra y pantalón blanco, con las clásicas alpargatas ilicitanas. De cerca las arrugas de la cara evidenciaban una edad mayor de la que aparentaba. Observando sus gestos y viéndole escribir las notas en su doblada libreta, nadie dudaría en reconocerlo como un veterano periodista. De reojo percibió que yo le miraba e indiscretamente intentaba saber lo que escribía.

Presentación

- Estoy recogiendo datos de esta manifestación para que salga la noticia mañana en el periódico local y en *La Verdad de Alicante*, - me dijo casi sin mirarme, mientras siguió tomando notas.
- ¿Eres periodista? -le pregunté por cortesía, pues era evidente su profesión-
- Llevo muchos años escribiendo y dando noticias, aunque no vivo de esto. La gente dice que publicando “mentiras”, -sonrió y movió la cabeza para ver con quien conversaba. -
- Es una digna profesión, - le confesé mirándole a los ojos-. Mi padre escribió en muchos periódicos de toda España.
- Entonces es seguro que le conozco.
- Hace años que falleció. Era de esos hombres de una sola pieza, de corte recto... de corazón abnegado... de fe prodigiosa, que escribía muy bien... -le expresé susurrante y entrecortada, recordando con nostalgia a mi padre-

Aquel curioso periodista, guardó repentinamente su libreta en el bolso de la camisa, me reveló que se llamaba David Fuster y preguntó con extraño interés.

- ¿No te importa decirme el nombre de tu padre? Debió de ser un hombre singular, según lo describes.
- Se llamaba Baldomero López Arias. Destacó como maestro y pastor protestante, masón y republicano, además de periodista.
- No me digas más. Era de esos hombres de poderosas palabras, de santa paciencia, pero como leones en la lucha. Esa fue una generación de gentes únicas para abrir brecha en las murallas del ultramontanismo español.

No sabía cuál de los oficios de mi padre le había llamado la atención, pero “maestro y pastor” no era una actividad habitual. Era evidente también que David conocía y admiraba, hasta emocionarse, a aquella generación de hombres que quiso darle la vuelta a España y mudar su piel para mejorarla. Algo le había turbado en nuestra conversación porque comenzó a parpadear, como si tuviese un involuntario tic, que exteriorizaba su nerviosismo. Seguimos la conversación, no sé cuánto tiempo. Sin darnos cuenta habíamos llegado al emplazamiento de la empresa Ripoll S.A. que ocupaba más de veinticinco mil metros cuadrados. David me indicó el lugar donde la empresa tenía emplazada la imprenta y que pronto sería derruida. Ahora todas las ventanas de los edificios estaban sin cristales y era evidente el pillaje en todo el emplazamiento. Era un paraje desolado, lleno de escombros, moldes de fabricación, puertas rotas o tapiadas y montones de basura oliendo a esparto quemado. Durante los dos últimos años David había colaborado en el noticiero de esta sociedad y sentía nostalgia de que la imprenta terminara siendo chatarra. Me decía que la otra empresa con la que competía Ripoll, la llamada Facasa, se estaba salvando del cierre porque su producto estrella, la sandalia Red-Star, se vendía muy bien.

- La mayoría de nosotros tendremos que ir a trabajar a Facasa, pues nos admitirán para cualquier puesto con el oficio bien aprendido, - explicaba con nostalgia David-.

De regreso, nos fuimos separando de la gente y empezamos a hablar del otro tema recurrente en Elche además de las sandalias: la larga postguerra y el estar aislados internacionalmente. Las alpargatas estaban en crisis por la saturación de los mercados y la crisis de la dictadura franquista residía en no ser capaz de sacar a la gente de la miseria moral, política y social.

Presentación

- Es desesperante la prolongación en el tiempo de esta dictadura. No sé qué haría mi padre si lo viera, -me atreví a confesarle ante la empatía que desprendían el brillo de los grandes ojos de David-
- Solo se vio suavizada la dictadura con la llegada de la ayuda americana, aunque el queso fuera amarillo y la leche en polvo, -sonrió malicioso-
- Por lo menos los niños comieron algo, -asentí- y además ahora nos han quitado el racionamiento que nos obligaba a comer siempre lo mismo.
- Gracias al espíritu emprendedor de los ilicitanos, nosotros tenemos industrias que dan trabajo y están admitiendo inmigrantes de Andalucía, Extremadura y Murcia. No parece que estemos peor que en otros lugares – confesó orgulloso de vivir en Elche.
- Así dejaremos de ver las calles llenas de gentes empobrecidas, -asentí sin levantar la cabeza, como si hablase conmigo misma- ¡Cuántas desgracias traen las guerras!
- De todos modos, el pequeño cambio se lo debemos a la visita a España del presidente norteamericano Eisenhower y su célebre abrazo con Franco, -aseguró David que tenía recientes los datos de la visita-
- Y antes a Domingo Perón, que en 1953 vino acompañado de su esposa Evita y nos envió trigo en abundancia que ya nos permitió comer pan verdadero, aunque fuera racionado –añadía yo, que aún recordaba el pan negro y los elegantes vestidos de Evita-

Seguimos conversando sin darnos cuenta de habernos metido en política y añorar los momentos felices de la República. Los dos sabíamos que no

se podía hablar de este tema, pero nos sentíamos seguros de nuestra complicidad. Días después, mi recién encontrado amigo, el periodista local David Fuster, firmaba una entrevista donde me hacía preguntas sobre moda y confección para el periódico *Crónica*, apareciendo mi retrato en todos los kioscos. Me mostraba asomada a la ventana tras unas cortinas de terciopelo, vestida de largo y un pie sobre un sillón, de respaldo alto, tapizado de cretona estampada. Describía mi taller como un ave fénix que había resurgido siempre en momentos difíciles y me ensalzaba como precursora del arte del corte y confección en Elche. Resultaba extraño verme elegantemente fotografiada luciendo mi vestido de seda en tonos neutros que me hacían una mujer atractiva y sofisticada. En realidad, aquel retrato era de cinco años atrás.

No parecía la misma que se asomaba cada mañana al espejo, apreciando una nueva veta de longevidad en mis párpados. Las muchas horas, sentada en mi taller o cuidando durante quince años a mi madre enferma, me habían convertido en una mujer frágil, que caminaba con dificultad, penosamente. Sin embargo, aunque a mis cincuenta y tres años me encontraba alejada de la inocencia y lozanía juvenil, me sentía con la sensualidad y sabiduría de la madurez. Los años se habían amontonado sin darme cuenta, pero aún no había sido envenenada por la amargura. Seguía teniendo curiosidad y un cierto entusiasmo, aunque la vida no había sido benigna conmigo. Aún me quedaban ganas de vivir y de morir, sin que la resistencia se me agotase. Aún conservaba cierta habilidad en mis manos y hasta me atrevía a tocar pequeñas melodías en mi piano Steinway. También percibía mejor la belleza y la bondad como patria del espíritu, aunque la achacosa mujer exterior era más vulnerable y quebradiza.

Presentación

- Me conformo con tener la cabeza despejada para volar con mis pensamientos y mi música – le decía yo a mis amigos y visitas que me adulaban con las mismas frases de siempre-.
- No has cambiado nada Margarita. Eres la misma que conocí hace veinte años, -me halagaba el médico Pepito Pomares que ya se veía por las calles tan torpe como yo-

Ciertamente me sentía un albatros en lo alto del puente de los barcos, aunque volase lenta y torpemente. En pleno vuelo me transformaba en señora de los infinitos cielos y mares, aunque las artríticas alas me hiciesen frágil cometa.

Sin embargo, en poco tiempo el escenario de mi vida tenía nuevos personajes y escenas, sino más placenteras, sí más apasionantes. Hasta el día de hoy, la realidad cotidiana me había alejado de cualquier momento de mágico hechizo y mis fantasías y sueños no se habían cumplido nunca. Este extraño periodista conoció mi historia y casi me obligó a escribirla. Eso ayudó a transformar la soledad de mi vida. Insistió tanto que hasta se ofreció para ayudarme en todo el proceso editorial. Venía todos los días, al caer la tarde, cuando la brisa fresca en Elche trae aromas de jazmín y datileras. En ese ambiente, alejada del tufillo a telas nuevas de mi taller de moda y el vapor de las planchas sobre la tela humedecida, parecía que mi vida tenía mayor valor. Algunas veces íbamos a Santa Pola a caminar junto al mar, acariciados por esa brisa marina somnolienta y rondadora, y hablábamos de nuestras vidas como dos conocidos de siempre. Yo le leía alguna parte de mis memorias y siempre me animaba exageradamente.

- Magnífico, Margarita, esto va a ser un éxito.
- ¿Por qué lo dices David? -le preguntaba a mi amigo acompañante y de quien pocas cosas personales yo sabía. -
- Tiene alma y describe con profundidad sentimientos encontrados que los sociólogos no han sabido responder.
- Sin embargo, yo los he vivido y esto es lo que pienso.
- Por eso este relato tendrá éxito porque es real y creíble.

David fue un fiel amigo desde entonces. Solo amigo. Parecía también haberse habituado a la soledad, a la independencia, a que nadie mermara su autoestima diariamente. Como si temiera que una caricia o un abrazo le hiciese revivir algunos sentimientos de alguien a quien quería olvidar. Lo nuestro eran relaciones de trabajo. Eso creía yo. A nuestra edad ¿qué otra cosa podía ser? Yo le escribía los pedazos de mi vida y él los pasaba a máquina por la noche. Solo eso, pero me fue siendo necesaria su compañía. Contaba con él para todo y él se sentía bien a mi lado. Él vivía de su trabajo en la fábrica de zapatillas y cuatro perras que le ninguneaban en los periódicos. Yo seguía con mi taller de costura, aunque con menos fama y atractivo de otros tiempos. Pero, con solo escribir el libro nos sentíamos ahora afortunados. Resultaba una experiencia nueva que afloraba emociones olvidadas y escribir entonces un libro, del tema que fuese, daba prestigio. A mí me traía recuerdos de la infancia en la escuela de mi padre y de aquellos años entre intelectuales y políticos que luchaban por un país más libre. Era la primera vez que comenzaba a creer que la vida podría ser maravillosa o al menos diferente. Los años habían sido crueles con mi juventud que se había ahogado en desdichas y responsabilidades. Hasta entonces la vida me había parecido corta de días y hastiada de sinsabores como decía el desventurado Job.

Presentación

3

Al fin se publicó el libro, mis historias, y todo fue muy emocionante. Cuando comenzaron las entrevistas, las presentaciones del libro, las indiscretas preguntas de los lectores, me di cuenta de que me había metido en un buen circo. Las palabras, el lenguaje, tenían un poder comunicador que yo nunca imaginé. Cada palabra era un arsenal inagotable con poder de transformar o destruir, de influir, motivar y despertar emociones. Una sola frase podía ser vista desde ángulos en los que yo no había pensado. Sin embargo, todo el mundo se rendía, consciente o inconscientemente, ante el poder del lenguaje, aunque fuese de palabras sencillas como las mías. Recuerdo haber escrito que me bauticé dos veces: una por la Iglesia Bautista y otra por Franco. Siempre me preguntaban que era “bautizarse por Franco”. Entonces me di cuenta que había reducido demasiado el concepto que quería expresar. Tenía que explicar que una republicana y protestante como yo, ante el triunfo de Franco, si quería sobrevivir y no matasen a toda tu familia, era necesario tener una partida de bautismo. No sé si hice bien, porque yo no creía en ese bautismo. Pero me bauticé yo y mis hermanos, menos Arístides que ya estaba exiliado en Méjico.

Estábamos asustados después de la Guerra Civil. Inmovilizados por el terror. A un profesor compañero de mi padre en nuestra Escuela Moderna, Luis Hombre Ponzoa, le habían fusilado sin piedad a sus dos hijas, una de ellas embarazada, por ser maestras y protestantes. Las tropas victoriosas entraban gritando amenazas por las calles del pueblo. Tras ellas la centuria de la Falange y la tropa de caballistas que acaudillaba un extraño militar de la Legión. Las patrullas falangistas entraban en las

casas y se llevaban a todos los hombres. A los que tenían armas se les fusilaba en el acto. Un sargento moro, de imponente estatura, era el encargado de ejecutar a los maestros republicanos o protestantes. Y de esta manera en aquellos momentos de confusión se ejecutaba, por plazas, calles y casas, la horrenda justicia de la guerra.

Mis mejores amigas católicas me hicieron ver que eran malos tiempos para liberales y evangélicos. Los protestantes de Elche habían desaparecido una vez que el pastor, mi padre, falleció. Me encontraba en una soledad enloquecedora. No me podía apoyar en ninguno porque no los había. Con tantas desgracias me había olvidado de Dios y de los hombres o, quizás, Dios y los hombres se habían olvidado de mí, -pensaba yo entonces-

David corrigió muchas cosas de mi libro, pero le gustaba la manera de expresarme. Con frases cortas, con ideas claras, que el sonido y la textura de las palabras emocionasen. Ese era el recetario de David.

- La gente olvida lo que dices, pero nunca olvida lo que les hiciste sentir, -me decía David basado en su larga experiencia de periodista-
- ¿Crees que lo más importante al retratar la condición humana es la emoción y no el lenguaje? –averiguaba yo-
- Son las dos cosas. Si logras con el lenguaje y el pensamiento describir las propias experiencias, habrás logrado que el lector también se haga cómplice de lo que dices.

Me insistió mucho en que las muchas dudas mías y hasta contradicciones que no supe resolver se las trasladase al lector haciéndole preguntas. ¿Qué habría hecho usted en ese momento? ¿Se habría bautizado por

Presentación

Franco? ¿Se hubiera dejado fusilar en nombre de la República o del protestantismo? ¿Acaso no estaba también Dios por medio? Si eran ideales nobles ¿por qué no morir por ellos? El lector daría su respuesta, según sus circunstancias. Pero David insistía: la comunicación personalizada es la mejor.

Sin embargo, yo no estaba dispuesta a sujetarme a todos estos trucos emocionales y solo quería indicar lo que sentía, con mis propias palabras y con mis defectos. Aunque ciertamente he de confesar que nunca logré expresar con claridad la esfera de mi intimidad, eso que siente el corazón. ¿Acaso sabemos identificar lo que percibimos? ¿Acaso la razón puede explicar los sentimientos y ser cronista de ellos? Por eso escribía a bocajarro, disparando a quemarropa con lo que sentía en esos momentos, sin cavilar. Al final esa era la frescura que trasmitía mi relato que comenzaba así:

Toda la milenaria Bahía de Cádiz estaba envuelta en explosiones de espuma y de una luz limpia e incomparable. El olor a mar tras los embates de las olas traía en el aire historias fenicias, combates de abordajes, de luchas contra los turcos y de sables de los holandeses, ingleses y portugueses. Se podían observar las playas y los acantilados, los pueblos blancos de la sierra y presentir tras ellos las grandes extensiones de viñedo de Jerez. Aquella tarde brumosa en Puerto de Santa María apenas dejaba distinguir la esbelta silueta de una mujer. Se adivinaba al trasluz una mujer de mediana edad, elegantemente vestida de sedas finas y brocados, casi oculta por una pamelita azul de enormes alas que la resguardaban del sol. En ocasiones, la alborotada brisa del mar descubría a la mujer sus plateados rizos, alguna parte de su fina y delicada piel y sus mejillas sonrosadas del calor. Las oscuras gafas ocultaban unos ojos azules y alegres que la hacían seductora cuando se las quitaba.

Había desembarcado, bajando de cubierta por unas estrechas escaleras y había conseguido un mozo para que le llevase sus imponentes baúles. El vapor que la había dejado en puerto, el “Virgen de África”, pertenecía a la flota del empresario porteño Antonio Milán. Entre otras ciudades, unía Puerto de Santa María

con Huelva, donde esta mujer había hecho trasbordo del vapor “Don Hugo” procedente de Inglaterra.

El “Don Hugo”, lo habían construido en Glasgow los dueños protestantes de minas de Río Tinto en Huelva. Tenía casi 100 metros de eslora, como un campo de futbol, 12 metros de manga y un desplazamiento de 2.244 toneladas. El vapor “Don Hugo” era un hermoso navío, de carga y pasaje, que no envidiaba en elegancia y comodidad a ningún trasatlántico. En el acto de botadura estuvieron dos “representantes” de Huelva, directivos de la firma, su capellán, el reverendo John Jeffrey y Mr. Anderson. Miss Margaret, que así se llamaba la señora de la pámela azul, siempre viajaba en este vapor por la rapidez y comodidad que le hacía llegar sin demoras a su destino: Puerto de Santa María. Ella era una residente porteña de muchos años, pero que viajaba por medio mundo y casi nunca la encontrabas en el mismo sitio. Con frecuencia viajaba en el “Virgen de África” que la transportaba a Huelva, donde tenía unos parientes, directivos en las Minas de Río Tinto. También tenía algún parentesco con el Presidente Mr. Hugh Matheson y algunas acciones en la *Rio Tinto Company*. Varios años más tarde Miss Margaret sería una fiel colaboradora en las *Rio-Tinto Company's Schools* donde tantos niños de padres mineros andaluces se educarían con el ideario evangélico de Mr. Bain y después el de Jameson, un convencido propulsor del lancasterismo.

Mi padre y ella se conocieron por casualidad, días después de su llegada al Puerto, cuando él tenía catorce años. Miss Margaret

hablaba un perfecto español que se entendía mejor que el lenguaje popular andaluz, aunque se le escapase algún “Okay” o “Excuse me”

- ¿Me quieres hacer un recado? -preguntó Miss Margaret a aquel jovenzuelo que buscaba oportunidades para sobrevivir-.
- Lo que usted mande, estoy a su servicio. No tengo mucho que hacer – le había dicho el muchacho que luego sería mi padre-
- ¿Eres del Puerto de Santa María?
- No, soy de Málaga, pero hemos venido aquí toda la familia buscando alguna oportunidad de trabajo.
- ¿Por qué no estudias?
- Eso es lo que más me gustaría, pero tengo que ganar dinero para vivir y ayudar a mi familia.
- Yo podría lograr que estudiaras y estarías interno con todos los gastos pagados.

Mis Margaret lo envió a entregar una carta a la oficina de Correos y pocos días después, Baldomero, mi padre, comenzaría a estudiar en el Instituto protestante de Puerto de Santa María. Mis abuelos le dieron permiso enseguida, sabedores que era una boca menos que alimentar y tendría una educación que le serviría para progresar en la vida. Ingresaría en aquel mismo Instituto Teológico mi tío Rafael, que también sería maestro y pastor. Miss Margaret les animó a que estudiaran sin descanso, intensamente y sin respiro, si querían ver sus metas cumplidas. Creo que ella les cambió la vida. Como Arquímedes, les enseñó la grandeza del

Evangelio como punto de apoyo para mover el mundo, ver sus necesidades e implicarse en alguna causa justa. Les visitaba con regularidad, se interesaba por sus progresos y les implicaba en la defensa de derechos y libertades que les convirtiesen en los conductores de una generación medio analfabeta y empobrecida.

Mi padre, Baldomero López Arias, visto con la perspectiva de los años, fue un hombre excepcional gracias a la supervisión y estímulo constante de Miss Margaret.

- ¿Ya sabéis el Credo del maestro? –les preguntaba para sorprenderles-
- No sé a qué Credo se refiere, Mis Margaret, -le respondía mi padre con cierta intranquilidad-
- Ese que empieza por “Creo en los niños y niñas, los hombres y mujeres del gran mañana; que todo lo que el niño sembrare lo segará el hombre”- lo recitaba como si fuera popular y conocido-
- Pues yo nunca lo he oído, Mis Margaret, -le rebatía con voz ahogada-
- Si, ¡hombre de Dios! El que continua “Creo en la eficacia de la escuela, en la dignidad de la enseñanza y en el gozo de instruir a los ignorantes”, -levantaba voluntariamente la voz Mis Margaret. -
- No insista que no me suena de nada. A nosotros eso no nos lo han enseñado en el Instituto, -se disculpaba mi padre-
- Y termina “Creo en el presente y sus oportunidades, en el

futuro y sus promesas y en el gozo divino de la vida”, -sonreía ante las caras asustadas de mi padre y de mi tío que al final le descubrieron su invención-

- Se lo ha inventado todo..., -reían también-
- Pero todo es verdad, porque enseñar y aprender hace más larga y agradable la vida.

Les espoleaba Miss Margaret, a hundir sus pensamientos en el Evangelio y les insuflaba una energía irrefrenable para seguir adelante, para corregir sus cuerpos y armonizar el alma, apartar lo mundano y consolidar su espíritu. Todo con el propósito de salir formados, con mentes abiertas para poder rescatar una España encadenada a la superstición y a la religiosidad.

No sabría describir los sueños de mi padre, sus inquietudes, sus luchas por construir un mundo distinto, surgidos entre aquellos muros. Pertenecía a un universo de idealistas salidos entre el hambre, las guerras y la depresión. Educado y capacitado por hombres intrépidos, de gran cultura y carácter, que fueron profesores de aquel Instituto Teológico, había aprendido de ellos la capacidad mágica de captar lo invisible. Recibiendo clases durante siete años, saldría provisto para sobrevivir e instruir a su generación. Cuando conoció a Miss Margaret fue cambiando las maneras de ver la vida o quizás otras vidas que se podían vivir de manera diferente. La simple presencia de Mis Margaret le hizo descubrir las múltiples facetas de la personalidad femenina. Mis Margaret no era como su madre sometida a tradiciones familiares

y sociales, ella era una mujer libre, además de inteligente y con una formación exquisita. Los días pasados en conversación con ella le hicieron ver que los enigmas del universo necesitaban sabios para descifrarlos y sus dimensiones eran más extensas que las enseñadas en su hogar.

Aprendió a percibir que la mujer no era un misterio para el hombre sino la ayuda para redimirlo de su voracidad y violencia. Ni santa, ni bruja, ni un infeliz ser abandonado sin alma como decían Tomás de Aquino y Agustín de Hipona. Él, años después, supo escribir muchas hermosas historias sobre la mujer, describiendo el encanto de sus virtudes y su fatalidad por la falta de ellas. Daba también su imagen de lo femenino pensando en mí, que – decía- había nacido con la libertad y había sido enseñada a no doblegarse ante el poder despótico.

Creo que Miss Margaret era feminista librepensadora y por eso se movía de un lado para otro de este ancho mundo exponiendo su pensamiento. Comentaba mi padre, que esta señora, envuelta en glamour y secretos, leía periódicos y revistas culturales que hablasen de la mujer. Solía leer “*La España Moderna*” o “*La Lectura*”, que comentaban frecuentemente muchas actividades femeninas de la prensa internacional. Se hablaba de un nuevo papel de la mujer en la sociedad impregnada de socialismo, de feministas y sufragistas. Mi padre pensaba y defendía a la mujer, pero era cierto que las ideas en la práctica tenían poco eco y menos en casa. Hablaba de la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre, pero mis hermanos, todos hombres, jamás cogieron

jabón y estropajo para fregar la escuela, reservados para más altos designios. Fregar se reservaba para mí y para mi madre.

Al abrir, los misioneros Gulick, la Escuela Internacional para señoritas protestantes en San Sebastián, me quisieron ingresar allí para que estudiase una carrera. Pero mirando los pros y contras, vieron que era más provechoso seguir al lado de mi padre, aunque aprendiera poco. ¿Quién iba a ayudar a mi madre con tanto trabajo? –pensaría mi padre-

Se desprendía sutilmente entonces que la inferioridad intelectual de la mujer era una verdad evidente y por tanto su sometida posición en la sociedad era de voluntad divina. Nada menos que voluntad de Dios. ¡Cuánto bien y cuanto mal han hecho las religiones! Los púlpitos se llenaban de frases como que la mujer era pasividad, sentimiento, fragilidad y su función estaba en el hogar. El vaso más frágil. Cuando estos argumentos se hacían insostenibles se recurrió a la ciencia que volvió a cargar contra la inferioridad intelectual de la mujer, alegrando a los sectores antifeministas.

Pero aquellos nuevos tiempos que se abrían ante mis ojos, los descubría al cobijo de mi padre que tenía un alma independiente, aunque fuese un simple jilguero intranquilo. Era un espíritu que sabía cantar cuando las jaulas se cierran y cuando estas se abren sabía levantar el vuelo, saltando y canturreando en el aire.

Había nacido, mi padre, en Málaga, en 1872, pero estuvo poco tiempo allí. Estudiando en el Instituto Evangélico de Teología en Puerto de Santa María, consiguió el título de Licenciado en Teología Bíblica. Después de siete años de estudios generalmente salían formados como pastores, pero también como maestros de escuela por la necesidad que había en España de alfabetizar. Partiendo de la Gramática, las Matemáticas, la Geografía e Historia, le habían enseñado latín, griego y también hebreo, que leía si tenía puntuación de nikud y nekudot. Uno de los profesores Josef Viliesid, era judío converso. También el director don Guillermo B. Douglas dominaba tanto el hebreo como el griego.

Pero sobre todo en el Instituto le enseñaban la exégesis de cada libro de la Biblia y le instruían en los métodos de pedagogía para que salieran formados como maestros-evangelistas. Había leído mucho sobre los métodos en Pestalozzi, Froëbel y cuando vino Jonh Wilson Jameson a las escuelas evangélicas de Rio Tinto en Huelva, se interesó por la Escuela de Lancaster que este elogiaba tanto. Este método consistía en que los alumnos que aprendían a leer y escribir, ellos mismos lo enseñasen a otros. A mi padre le gustaba apasionadamente la enseñanza y durante toda su vida se preocupó por educar con los mejores métodos.

Ejerció el magisterio en Sevilla, Córdoba y Granada y también daba charlas evangelísticas. Después pasó por Figueras y otros pueblos de Gerona. Cuando tenía veintiséis años, en 1898, se estableció en Alicante y fundó la “Escuela Moderna”. Relataba con orgullo mi padre, que estando en el Instituto Teológico, con

catorce o dieciséis años, dio una conferencia en este seminario porque se puso enfermo el que la iba a exponer. Por el éxito que tuvo, él nos repetía:

- “Desde ese momento supe que estaba hecho para la oratoria y no para los negocios”.

Era cierto que le entusiasmaba la oratoria florida. Admiraba a Emilio Castelar y a Donoso Cortés, y entre los evangélicos a Antonio Carrasco y Cipriano Tornos. Decía que nadie como Castelar había expresado mejor la necesidad de la libertad religiosa frente a la unidad católica. Citaba aquella frase sobre España: “Aquí yace un pueblo apóstata que renunció a sus tesoros eternos a fin de obtener los temporales y se quedó sin estos tras haber perdido aquellos”. Pero sobre todo Castelar pintó un Dios distinto que tocó la fibra de las Cortes y que yo aprendí de memoria:

- *“Grande es el Dios del Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan... Pero hay un Dios más grande todavía, que no es el Dios majestuoso del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario... Grande es la religión del poder, pero más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero más grande es la religión del perdón misericordioso; y yo en nombre de esta religión, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedir os que escribáis al frente de*

vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, la libertad, la fraternidad la igualdad entre todos los hombres”.

De Donoso Cortés solía pronunciar el *Discurso sobre la Biblia* del que yo sabía también las primeras frases... ” *Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fue en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia....*

Mi padre tenía también un lenguaje selecto y brillante, cultivado en las tertulias y los certámenes.

5

Era frecuente que Miss. Margaret pasara los inviernos en su mansión de Puerto de Santa María y los veranos en un hotel de París. Decía que París se iluminaba los veranos. No solo brillaban por el sol las blancas paredes de los distritos parisinos, sino que estos estaban llenos de escenas del teatro de la vida callejera. A lo largo del Sena, podías encontrar museos encantadores, saborear una corona de chocolate negro con naranja o ver la estación del tren. Podías perderte por la Bastilla, visitar tiendas de ropa, muebles, perfumes o curiosidades, como escuchar alguna ópera internacional o visitar Versalles. Mi padre abrió mucho su

mente y soñó paisajes y mundos con Miss Margaret, que sabía contar las historias de sus viajes y adornar cada acontecimiento.

Le escribía desde París, en una de sus muchas cartas, que, para engañar a los alemanes, en la primera Guerra Mundial, los franceses habían construido en secreto un París falso, a las afueras de la ciudad, ante los futuros bombardeos alemanes. El fin era que los aviones enemigos vieran este París falso y descargaran allí sus bombas. La réplica incluso llegó a contar con un falso tren en movimiento. Para dar vida a este aparente y deshabitado París, se contrató al ingeniero Fernand Jacopozzi, el italiano que sería recordado más tarde por iluminar la Torre Eiffel. Trenes falsos, calles, fábricas y avenidas de cartón. Todo simulado, preparado para engañar a los aviadores alemanes. En 1918 la tecnología aeronáutica no estaba muy avanzada y se dejaban caer las bombas sobre cualquier objeto visible, escapando rápidamente. Por eso se usaban en el ilusorio París, luces blancas, amarillas y rojas además de hornos en funcionamiento para imitar el resplandor de casas, talleres y fábricas después del anochecer.

Le confesaba en sus cartas que el falso París se construyó con toda rapidez y que ella conocía a una persona que confirmaba la noticia. Era importante para los franceses que todo se hiciese sin levantar sospechas por lo que todo era mutismo absoluto por parte del Ejército como del Gobierno. Sin embargo, de poco le sirvió a Miss. Margaret el falso París, porque en uno de los bombardeos

alemanes murió aplastada por las bombas descargadas sobre el hotel donde vivía. De ella nada más se supo.

Mi padre guardaba un recuerdo imborrable de Miss Margaret a quien todos conocían en Puerto Santa María por sus obras de filantropía. Animaba a todos a estudiar con tesón, a tener una cultura esmerada comprometiéndose a sufragar la carrera a aquellos que querían estudiar con ahínco como mi padre y mi tío. A ellos les quería tanto que estaba dispuesta a dejarle la herencia. A mi abuelo le decía que mi padre sería rico, pero cuando la bomba cayó sobre el hotel, nunca más se supo de ella y de su testamento. En el fondo mi padre nunca pensó en herencias materiales, pero siempre estuvo agradecido a aquella mujer y sus profesores que le dejaron una herencia mejor al darle unos estudios y haberlo preparado para la vida.

- “Habéis trabajado duramente para salir preparados como maestros y pastores. Derramad vuestros dones sobre unos campos preparados para la siega y Dios dará el fruto hasta el ciento por uno, -era el principio del discurso de fin de carrera que este año exponía el profesor presbiteriano y judeoconverso Joseph Viliesid a quien mi padre recordaba a cada instante-

Viliesid siempre se emocionaba viendo que su enorme esfuerzo no había sido en vano. En Jerez pastoreaba su congregación, hacía evangelismo y preparaba sus clases para el Instituto Teológico de Puerto de Santa María. Su barba blanca y su pelo rizado

reflejaban una inocencia respetable, pero escondían un carácter severo y judío. Era un misionero que destacaba por su religiosidad mesiánica, de gestos rituales y palabras de tradición talmúdica. Ayunaba el día del Yon Kipur o Expiación y también el 4 de julio, el 17 del Tamuz en el calendario del Cielo. Conocía tan perfectamente la Tanaj, (el Antiguo Testamento), - la Torá, los Salmos y los Profetas, - que veía bendiciones de Dios en cada versículo. Pero sobre todo tenía predilección por frases célebres y por relatos de Rabinos, maestros jasídicos como su fundador Rabí Israel Baal Shem Tov y de los universales clásicos que enseñaba a sus alumnos. Solía contarles un clásico del Talmud Babilónico que reflejaba mucho de la forma de ser y actuar judía. Los relatos talmúdicos no siempre coincidían con la enseñanza de Cristo, pero explicaban muy bien la forma práctica de vivir como cristianos. Les decía:

“Cierta vez llegó una persona a Rabí Ioshúa, para pernoctar en su casa. El maestro le dio de comer y beber y luego lo llevó hacia el altillo, donde había una cama para que descansase. Cuando bajó, quitó la escalera para que no pudiese bajar sin él enterarse.

A medianoche el individuo visitante se levantó, envolvió en una manta todo objeto valioso que encontró y cuando se disponía a bajar, se cayó y se rompió la espalda.

A la mañana siguiente, Rabí Ioshúa lo encontró en el suelo, dolorido y quejoso.

- ¿Es ésa la manera de agradecer la hospitalidad que te brindé?
- interpeló el indignado Rabí al visitante-
- -Maestro, no podía saber que retirase la escalera, -se atrevió a contestar-
- ¡Tonto! ya te venía observando desde el primer momento.

Desde entonces quedó entre aquellos muchachos este proverbio: “Honrar a un extraño como si fuera el mejor, pero sospechar como si fuera el peor.”

Acabados los estudios teológicos, mi padre se encontró sin un puesto fijo. El director del Instituto Teológico era don Guillermo B. Duglas, que varios años fue también vicecónsul, no pudo darle una escuela o una iglesia para lo que estaba preparado. Al principio lo colocaron en una escuela protestante y fue supliendo las necesidades educativas en varios lugares de Andalucía. Era tanta la necesidad de maestros que por seis años anduvo de un lado para otro evangelizando, dando conferencias y enseñando a niños de todas las edades. Sería Francisco Albricias, pastor de Figueras, quien lo contrató como maestro para la escuela de Rubí. Allí se encontraba bien, pero Albricias, por motivos de salud, se vino a Alicante y al poco tiempo reclamó a mi padre como maestro de una gran escuela que resultó ser pequeña y sin posibilidades de poder tener un ideario pedagógico adecuado a sus principios.

6

Con la belleza de la noche estrellada y el aroma de las plantas, Baldomero López Arias, mi padre, llegó a casa exultante de haber presenciado una desacostumbrada obra de teatro. Había asistido a la representación de la obra de Benito Pérez Galdós, “*Electra*” invitado por el pastor Francisco Albricias. Caminando hacia su casa, sentía la brisa de la mar impregnada de partículas y fragancias de algas marinas que intensificaban su contento. En su cabeza aún resonaban aquellas atrevidas frases que dejaban en evidencia la santidad de los conventos y hacían visible el triunfo del amor sobre el fanatismo:

- No pretendas aquí en el convento, una santidad que no alcanzarías, Dios está en todas partes- repetía la obra de Galdós-

Todavía estaba soltero y no sabía cuándo podría sentar cabeza, estando tan ocupado y siempre con algún proyecto encima. Esta era la única causa de que su gozo no fuera completo, sintiendo la falta de una mujer con la que compartir su vida y estos pequeños placeres de la vida como ir al teatro. Había disfrutado la obra con

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

cierto deleite porque el ataque dialéctico al clero, electrizaba a las gentes del teatro que aplaudían enloquecidos.

- Todo lo ocurrido en el teatro ha sido sorprendente, -indicó mi padre a Albricias, sonriente y hablador. -
- Yo desde luego no esperaba aquel alboroto, -confesó Albricias, ante aquella apasionada audacia de los espectadores-.
- Estoy muy de acuerdo en que se hagan todas las críticas posibles al entrometido jesuitismo, pero no se deben confundir con las agresiones y la violencia, -indicaba mi padre a su acompañante Francisco Albricias que le había trasladado desde la escuela de Rubí a la de Alicante para que dirigiera este proyecto educativo -
- Yo creo que las agresiones a los jesuitas y otras órdenes religiosas son de unas masas decepcionadas a las que se le promete pan y se les da una piedra, -aseguraba Francisco Albricias-
- Hablando de piedras, los ataques a los conventos con piedras y palos, están dando mucho que hablar a la prensa que se volverá al final a favor de los monjes y monjas, -añadió mi padre-
- Tampoco se le puede atribuir a la obra de Galdós el que las gentes hagan barbaridades y se manifiesten contra el clero. Para mí, es más lo que se insinúa que lo que se dice en la obra teatral, -añadía Francisco Albricias que sabía mucho del poder de las insinuaciones-

- Por eso José María Pereda ha dicho sobre Galdós que el frenesí de las gentes que han alzado la bandera de la muerte y exterminio contra los clérigos, nada tienen que ver con lo que sucede en el drama, -comentaba mi padre-
- Creo que Galdós no ha podido escapar de estas acusaciones de “ideólogo anarquista” cuando lo que más deseaba era vivir en el silencio doméstico y la paz campestre, -añadió Francisco mientras se despedía de mi padre- ¡Mañana hablamos de nuestras cosas! ¡Que el Señor te bendiga!!

La “Electra” galdosiana aparecía en el debate de todos los días en las páginas de los diarios conservadores, se comentaba en los púlpitos y hasta se prohibía facilitar posada a los actores. Galdós sin embargo nunca quiso ganar dinero con la obra y todo el producto económico lo entregaba a los Ayuntamientos o al Gobernador Civil.

El fin de siglo concluía con la crisis y polémica entre clericalismo y anticlericalismo, tradición y modernidad. Una tradición española, católica y conservadora donde a los disidentes españoles se les trataba como a extranjeros. Sin embargo, la modernidad venía envuelta en valores de libertad, tolerancia y apertura a Europa, secularizando y crispando todos los colectivos.

¿Cómo introducir el Evangelio en España en medio de tanta crispación? ¿Volvería a ser aniquilado el protestantismo español como en el siglo XVI? No era nada fácil saberlo. Había

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

prioridades y se necesitaba sutileza para empezar, aunque solo fuera enseñando al que no sabe, al que no tiene recursos para aprender, al que en medio del hambre tiene que buscarse la vida. Las clases más necesitadas de enseñanza eran las obreras, aunque mi padre había enfocado su ideario a clases más altas surgidas de las clases trabajadoras pero destinadas a gobernar España. Creo que el cambio hacia las clases más altas comenzó por las desavenencias con su amigo y correligionario, Albricias, que afectaron profundamente a mi padre. Se sintió decepcionado y hasta engañado. Albricias le había hecho venir desde Rubí a Alicante para que fuese el maestro de una gran escuela, pues él no podía atenderla constantemente, al ser director de la Sociedad Bíblica. Cuando llegó a Alicante se encontró con una pequeña escuela, en una casa donde apenas cabían unos cuantos niños. El asunto se complicó al ser despedido Albricias de la Sociedad Bíblica y mi padre quedar sin poder de decisión en el proyecto educativo.

El pequeño colegio de Albricias prosperó y con la ayuda de un amigo, compró un terreno para edificar una gran escuela. Pero puestos los cimientos, se acabaron los fondos y la gran escuela prometida a mi padre era una cabaña de cañas cubierta de ramas. Como los catalanes son ingeniosos, el catalán Albricias puso grandes anuncios en la prensa local:

- “El último progreso de la ciencia son los colegios al aire libre. La primera y única escuela en Alicante que imparte clases al aire libre es la Escuela Modelo de Francisco Albricias”

Sorprendentemente llegaron multitudes de alumnos, que abarrotaron las grandes aulas de caña y con la ayuda de los protestantes de Alsacia y Suiza, la escuela con el tiempo fue creciendo con edificios bien preparados y equipados. Pero para esas fechas, mi padre y mi tío Rafael ya se habían independizado y la Escuela Moderna de mi padre, tenía los hijos de muchos industriales que tenían un pensamiento liberal o eran masones. El año en que yo nací, 1911, mi tío Rafael, se había casado con mi tía Vicentina Samper Asensi, con la que tuvo dos hijos, Dolores y Rafael. Todos ensalzaban las poesías de mi tío y la fuerza de sus artículos en la prensa secular como el "*Heraldo de Alicante*", "*La Luna*", "*La Federación*", "*La Vanguardia*", "*Mistos del Tró*", "*El Pueblo*" y "*El Buen Amigo*". Le pagaban algunas veces, pero lo hacía para defender sus ideas. Falleció antes que mi padre. Le pusieron un bonito epitafio:

- "El 4 de enero de 1930 fallecía este hombre de Dios sembrando de luto los corazones de cuantos le conocieron y le trataron"

Los años vividos en Alicante, aunque felices, me habían hecho sensible a las tensiones, a las luchas fratricidas, los debates religiosos. Odiaba aquel tráfico con los sentimientos de los fieles, la terquedad, la violencia de todos. ¿Acaso el ser humano no estaba hecho para pensar, vivir y morir libremente? ¿Por qué se peleaba hasta por un muerto, para llevarlo al cementerio católico o el civil? Unos días antes de irnos para Elche, había muerto una

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

señora evangélica sorda. El yerno fue a pedir la llave del cementerio al cura para enterrarla en la parte civil. En vez de responderle, el sacerdote le dio una bofetada y cuando salió fuera de casa, el sobrino del cura le dio una buena paliza, rematada por los palos de un tercero. Fueron al alcalde para denunciar el hecho y este no hizo nada. Acudieron a un pueblo cercano y cuando volvieron, el cura encabezaba el cortejo del funeral. Habían forzado la puerta de la casa y se habían llevado el cadáver. Pero la gente les gritaba:

- “¡Cuervos! Si queréis carne muerta, lleváros-la; pero el alma es de Dios”

Yo esperaba que estas situaciones de intolerancia no arrebata-sen el encanto de Alicante, que parecía una ciudad abierta y libre. Pero la incapacidad de ejercer la prudencia y favorecer la armonía, me iban alejando de los hombres y no sé si también de Dios. Los coletazos de los problemas no dejaban un momento de quietud, como si mi vida nunca pudiera encontrar reposo en medio de la vorágine. No llegaban los momentos de quietud que sosegasen la ansiedad y el esfuerzo acumulado. Seguía cosechando en mi vida una constante tribulación e infelicidad.

7

Era mi padre, sobretodo, el maestro y el pionero en establecer una escuela laica en Alicante. Solemne, como queriendo respirar aire

puro, aparecía con frecuencia en el balcón y saludaba a sus muchos conocidos. Disfrutaba viendo edificar sus nidos a las numerosas golondrinas que revoloteaban sobre su cabeza. Había rotulado un panel que colgaba en aquel balcón con el nombre de “Escuela Moderna”. Mi padre llegó a Alicante sobre 1910, con su madre y su hermano Rafael que también daba clases. Demasiados para un sitio tan pequeño como aquella casa escuela que le había preparado Francisco Albricias. Entonces mi padre se separó y fundó la Escuela Moderna que estaba dividida en secciones. A los niños mayores los llevaba mi padre, a los medianos mi tío y a los pequeños un amigo protestante que también era profesor y pastor: Luis Hombre Ponzoa. Por esa escuela pasó lo mejorcito de Alicante, dicho por los alumnos, que habían tenido el mejor educador: D. Baldomero López Arias...

- Don Baldomero ¿por qué no escribe usted libros? Eso quedaría para la posteridad, pues las hermosas palabras de sus conferencias pronto desaparecen de nuestras cabezas, - le decía siempre el médico amigo Francisco Santa Olaya-
- Amigo Santa Olaya, ni tengo tiempo para escribir libros, ni me sobran las editoriales para publicarlos, - le contestaba agradecido mi padre, quien reconocía que su oratoria era mejor que su literatura-
- Solamente le conozco dos libros y usted tiene cabeza para doscientos, -insistía Santa Olaya-
- Prefiero los periódicos que llegan a más gente y en el momento más oportuno -procuraba zanjar aquella amable

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

indicación del médico amigo-

Había rotulado “Escuela Moderna” porque, además del ideario educativo inspirado en el libre pensamiento, al margen de las instituciones religiosas y del Estado, insistía en la necesidad de la higiene personal y general, abriendo la escuela a las dinámicas de la vida social y laboral.

- ¡A ver tus manos Manolito! –era el ritual habitual al entrar en clase los niños-
- Las tengo limpias don Baldomero, -contestaba el niño seguro de venir limpio y almidonado como la mayoría de la clase-
- Dile a tu madre que hoy llegaste sin manchas y con todos los botones, por eso hoy te daremos el premio a la higiene.

Eran pequeños estímulos a la autoestima, para saber presentarse en sociedad, a percibir con satisfacción la limpieza como bienestar personal. Además, había logrado incorporar mapas a todo color y láminas explicativas al proceso educativo. Tenía el atractivo de tener también una buena biblioteca y un museo escolar donde se guardaban muchos trabajos de los alumnos que eran la delicia de todos. Tenía un escogido y numeroso monetario. La Sección de fósiles y mineralogía, demostraban el entusiasmo de profesores y alumnado por el conocimiento de las cosas. Mi padre tenía en gran estima las labores conjuntas de los niños expuestas en un mural y estampadas a tinta china. Un alumno hacía un dibujo, otro caligrafiaba una poesía o rotulaba cada sección y cada cual se asomaba en el mural con lo mejor que sabía

hacer. Al final del año exponía todos los murales y allí los padres veían el progreso de sus hijos. Todos estos trabajos quedaban en el museo como testimonio de una manera de enseñar más europea.

Presidiendo la sala de la escuela, destacaba un enorme estandarte de color grana, donde en el círculo central aparecía pintado un Cervantes, coronado por un ángel desnudo, rodeado de libros, mapas y cartabones. Estaban bordadas en oro las letras de “Escuela Moderna” con una grafía vanguardista. Era un orgullo sacar este blasón en cada excursión o evento cultural, porque nos representaba y nos distinguía de las demás escuelas con un toque majestuoso. Todos los niños y los profesores se hacían sus fotografías delante de él.

El siglo veinte comenzaba con la alegría de ver llenarse de niños el aula de la calle del Parque 15 en Alicante y seis años después en la calle Bazán. Definitivamente se establecería en la calle Castaños 42 en unos pisos amplios y señoriales, casi en el centro de la ciudad, porque mi padre tenía lo más granado de la sociedad progresista. Aunque hubo muchas críticas en los periódicos, por ser una escuela laica, republicana y evangélica en ideología y principios, siempre gozó de respeto. Solamente cuando estaba establecida en la calle Bazán fue apedreada por los niños de las escuelas católicas, manipulados por el cura del barrio.

El anuncio publicitario de la Escuela Moderna apareció en los periódicos de la ciudad, a cuatro columnas, destacando las características del colegio:

ESCUELA MODERNA

DIRIGIDA POR D. BALDOMERO LÓPEZ, PARQUE, 15. –
ALICANTE

“El director de esta nueva escuela que últimamente ha sido profesor en la llamada Escuela Modelo, lleva ya diez años consagrados a la enseñanza. Alentado por la experiencia adquirida por la mucha práctica en diferentes escuelas de Andalucía y Cataluña, y la valiosa cooperación de su hermano D. Rafael, profesor que también era en la susodicha escuela, se ha decidido a establecer este centro de enseñanza donde los niños recibirán una educación esmerada basada en los métodos modernos del arte de enseñar. Hacer que el niño se acostumbre desde su infancia al raciocinio usando su cerebro, pasar de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, de lo fácil a lo difícil; inculcar el amor al estudio haciendo que la escuela lejos de ser una cárcel para el muchacho sea el lugar por él preferido; despertar los sentimientos de amor caridad y respeto para con todos los hombres sin distinción.

De creencias; pero de odio y guerra a muerte a todos los fanatismos, en una palabra, hacer un hombre útil para sí mismo, para su familia, para la sociedad, para la nación, tal vez, para la humanidad; ese es nuestro propósito. Y de que la Escuela Moderna será una escuela de verdad, de que procuraremos, por cuantos medios estén a nuestros alcances, desarrollar ampliamente el programa que nos hemos propuesto, gran parte

del público de Alicante que ya nos conoce, puede asegurarlo. Confiamos en que la buena voluntad y el recto criterio de los padres a quienes tenemos el honor de dirigirnos no defraudarán nuestras esperanzas.

HORAS DE CLASE: MAÑANA, DE 9 Á 12 – TARDE, DE 2 Á 5. CLASES NOCTURNAS PARA ADULTOS, DE 7 A 9. ESCUELA MODERNA. ---Parque, 15 Alicante (ANTIGUO LOCAL DE LA SOCIEDAD DE TONELEROS)

Siempre recuerdo a mi padre leyendo “*El Cristiano*” periódico evangélico semanal. Aquellas pocas páginas eran un depósito de inspiración, actualizaban su pensamiento y contrastaban su ideario político con su misión evangelizadora. Pues entonces el Evangelio no se usaba para llenar la sociedad de religión y superchería, sino para dar solución a los males que la aquejaban. Uno de los grandes males era el analfabetismo y mi padre era maestro de escuela para corregir y demostrar que en España era posible erradicar la ignorancia, la tiranía, el servilismo y la degradación por el Evangelio.

- No importa que nos llamen herejes, fanáticos o librepensadores. Siempre clamaremos que no hay más salvación para nosotros que en el Evangelio, -solemnizaba mi padre estas proclamas y precisaba: -
- Evidentemente, el Evangelio bien comprendido y bien practicado, ya que es el gran remedio para todos los males que a España afligen.

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

También era habitual en él la lectura de “*El Sol*” de Madrid. En ocasiones escribía para este diario algún artículo libertario, mientras se atusaba la barba y se colocaba, repetidas veces, las redondas lentes que quitaba y ponía mientras leía y escribía. También leía *El Liberal* de Murcia y él también se sentía un moderado librepensador más de Alicante. Repetía constantemente que el ser humano debía protegerse de la opresión de los poderosos y de leyes injustas. Y consideraba acertados los ataques de los librepensadores contra algunos frailes y curas poco ilustrados que pretendían ser maestros. Sobre todo, se indignaba con las manipulaciones jesuíticas.

- Prefieren ver al pueblo ignorante y muerto de hambre, para que no pueda pensar ni progresar. Nos hemos convertido en un país de mediocres y nos hemos acostumbrado a la vulgaridad y vivir sin creencias.

Yo le veía, cuando fui siendo mayor, un hombre atrapado en una guerra paladina entre el que tiene y el que no tiene. Los unos propagando que “la propiedad es un crimen”, sublevando a las masas, arrojándolas con puñal y dinamita para que carguen sobre los propietarios. Pero era concluyente que solo saldría del puñal y la dinamita, sangre y ruinas y un crimen no puede corregirse con otro crimen. Los otros, bajo la bandera de que “la pobreza es santa, bienaventurados los pobres” escondían sus riquezas ensalzando la pobreza. Se guarecían en los conventos, las abadías o los palacios episcopales, donde siempre encontraban mesa puesta a sus horas. Si se les rompía o gastaba el hábito, tenían la

sastrería bien surtida y grandes recursos para vestir sus ricos trajes morados. Por eso insistía mi padre que el Evangelio estaba por encima de estas miserias humanas sin ensalzar la pobreza hipócrita, ni atacar a los ricos castigándolos con otros crímenes.

- El Evangelio manda a todos el trabajo, porque es padre del pan; el trabajo, padre de todas las virtudes y a todos les manda esto: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan”. Del mismo modo condena la holganza, sea cualquiera el disfraz que esta tome, -me explicaba como buen maestro-

Intentaba también comunicar el pensamiento social a mi querida madre que se afanaba en las labores de la casa. No tardaba ella, sin embargo, en darse la vuelta con descaro, para no escuchar las diarias y solemnes apreciaciones de mi padre. En realidad, a mi madre por un oído le entraba y por el otro le salía cualquier alegato innovador de mi padre. Lo consideraba una persona culta, pero ella estaba conforme con las cuatro reglas y unos cuantos chismes a modo de cultura que leía en las revistas de actualidad. Estaba educada para eso. No le interesaban las disputas intelectuales que para nada servían, -pensaba ella-. Eso sí, el día que cogía entre manos una revista o un folleto, mi padre estaba obligado a escuchar el comentario de aquellas lecturas. Le ponía ojos enamorados, gestos de charlatana callejera y rondando alrededor de él obligaba a mi padre a contemplarla y atenderle todo el tiempo que necesitase sus historias. Sin embargo, mi madre se sentía bien al lado de aquel hombre visionario e inquieto. Siempre había un tiempo donde mi madre le comunicaba sus

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

constantemente miedos, sus experiencias, sus planes, sus simples conquistas, aunque solo fuese el comprar unas patatas a mejor precio o aprovechar, para hacer mermelada, unas manzanas cocidas que le habían regalado en el mercado.

Eran visibles los diferentes intereses y preferencias en la vida, pero se veían dos seres enamorados que se sinceraban, que confiaban, que juntos se convertían en invulnerables. Al acariciarse las manos se percibía una dulzura intensa que terminaba en un beso de labios imantados de felicidad. Por una rendija de la puerta del Museo Escolar, donde yo pasaba muchos ratos leyendo, podía ver sus abrazos, sus ganas de tocarse y sentirse únicos en el universo. Me di cuenta entonces que se amaban, se idolatraban a pesar de sus distancias en el transcurrir diario. Los deberes, las preocupaciones, los hijos, la política, la religión, les atrapaban y encadenaban hasta estos escasos momentos de sosiego y felicidad.

- ¿Sabías que Colón dejó escrito que se le enterrara en Santo Domingo?, -preguntaba mi madre con aires de leída-
- También dicen que sus restos se trasladaron a la Habana y estuvieron largos años, -respondía mi padre sorprendido por aquellos intereses culturales de su esposa-
- Pues ahora resulta que están también en Sevilla, -aseguró mi madre-
- Nadie sabe de dónde han salido tantos restos. Casi seguro que ninguno es de Colón, -quiso terminar la discusión mi padre-

Sin embargo, mi madre no estaba dispuesta a dejar de lado sus historias revisteras e insistió en relatarle una noticia de *La Luz* de Madrid. Le decía que una romería de Viernes Santo, llamaba irreverentemente la “Cara de Dios”, se había suspendido. Los que lamentaban la desaparición eran los clérigos que recogían en las bandejas y cepillos pingües beneficios de aquella piedad popular.

- Eso no es nada nuevo, -respondía mi padre sin añadir nada más para salirse del noticiero de mi madre-
- Pero no me negarás que es sorprendente la noticia del doctor Bomme, del Hospital de Niños de Berna, sobre las consecuencias hereditarias de los padres borrachos, -insistía mi madre con sus gacetillas-
- No conozco a ese doctor ¿qué dice?, -preguntaba mi padre con sequedad, pero condescendiente -
- Presenta el caso de un padre alcohólico con tres hijos y sus consecuencias hereditarias. El primero de sus hijos está atacado de delirio periódico. El segundo pasa a un estado de estupor habitual y el tercero es un idiota completo. Todo es herencia de sus borracheras -lamentaba mi madre-
- Yo conocía, de otros estudios, los efectos del alcoholismo en niños y adolescentes. Algunos infantes mueren de convulsiones y otros llegan a mayores, pero siendo unos verdaderos extravagantes e insociables -decía mi padre, mientras se daba la vuelta excusándose de tener que hacer unos recados antes de la clase-

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

Esos días de inspirada locuacidad de mi madre, eran escasos, pero yo podía ver su mundo de predilecciones e intereses humanos. A veces le explicaba que “*El Consultor de los Bordados*” era la mejor revista ilustrada y cultural que se publicaba en España. Era una revista con la que todas las mujeres laboriosas podían aprender a bordar, hacer encajes y toda clase de labores, con la ayuda de los incontables dibujos que contenía. En otras ocasiones se atrevía mi madre a provocarlo con la noticia de que Japón gastaba en armamento la mitad de su presupuesto que llegaba a ocho mil millones de pesetas. Y apostillaba diciéndole que el Gobierno nipón engañaba a su pueblo informando que lo invertía en conseguir colonias, materiales y mercados. Todo para que mi padre dijera su frase diaria:

- Y el pueblo que se muera de hambre y se duerma en silencio.

Pero la palabra clave para provocar a mi padre y que mi madre lo hacía con maestría, era hablar de los jesuitas. Le había repetido infinidad de veces la anécdota de Voltaire y Federico el Grande. Contaba mi padre que se discutía en el castillo de Sansonci, en presencia de Federico el Grande, por qué el canto en los conventos de jesuitas no era el mismo que en los demás conventos. Federico le preguntaba a Voltaire qué opinión personal tenía.

- Es un tema demasiado peligroso –exponía Voltaire- Yo preferiría discutir sobre los animales del bosque o sobre los pájaros.

Esta anécdota la conocían mi padre y mi madre tan perfectamente que solo había que decir “jesuitas” y mi padre saltaba terminando esta anécdota:

- Y a propósito Majestad ¿por qué no cantan las aves de rapiña? –reían siempre los dos al llamar a los jesuitas “aves de rapiña”-

Los días en que mi madre leía sus revistas, se ponía muy pesada con todos, especialmente con mi padre, pero para mí era uno de los mejores momentos de placidez. No podía ocultar una sonrisa pícara, aunque estuviese escondida o me hiciese la tonta distraída. Lo poco que leía mi madre lo explicaba con sutileza de mujer y le daba el sentido agitador que hiciera conversar o discutir con mi padre. ¡Qué ingenio tenía mi madre!

Recuerdo cuando le sacó la noticia de los cinco automóviles que tenía el Papa de su exclusiva propiedad, destacando sus tres letras S. C. V. Unos decían que significaba “Santa Ciudad del Vaticano”, otros (Solus Christus vincit.) y mi padre daba su explicación:

- ¡Si Cristo lo Viese! (S.C.V.) Y claro que lo ve –lamentaba-.

Sentado en aquel viejo sillón de cuero, destartalado y abollado pero señorial, mi padre parecía un hombre sagrado, idealista y soñador, un venerable. Era para mí el idealista quijote defensor de las causas justas, del progreso y la modernidad. Cuando lo contemplaba aquellos años de mi infancia y más tarde en mi juventud, siempre traía imágenes de historias románticas.

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

Viniendo de alguna reunión o tertulia, era fácil adivinarle como abogado de la libertad, liderando alguna batalla contra la abolición de la esclavitud, la prostitución o izando alguna bandera en lugares exóticos de la pedagogía. Repetía constantemente aquella frase de Castelar:

- Llevamos diecinueve siglos de predicar la libertad, la igualdad, la fraternidad evangélica y sólo existen esclavos en los pueblos católicos.

Otras veces como león enjaulado se revolvía con gestos infrecuentes y dando golpes al aire explicaba por qué se dedicaba a la enseñanza.

- El conocimiento no es un lujo, sino que es poder. Quien tiene información no solo es poderoso, sino sabio para andar por la vida.

En algunos aspectos, mi padre era extravagante y descuidado pero su pensamiento era claro y alejado de lo absurdo. Sin embargo, alguien que no le conociese, viéndole inclinar distraídamente la cabeza, estirar su barba o despeinar su largo y descuidado tupé, le parecería una persona considerablemente rara.

A mí me quería mucho porque era la mayor y única mujer de cinco hermanos. Era evidente que me quería con delirio. En los cumpleaños siempre me preguntaba lo mismo.

- Margarita, ¿qué te gustaría de regalo?, -me examinaba con ojos y voz complacientes-
- No lo sé padre, no necesito nada –disimulaba yo.
- ¿No necesitas ropa o acaso prefieres un libro?

Yo sabía que mi padre nunca me regalaba algo útil o convencional, sino algo que me ilusionase y me hiciese parecer una princesa.

- Prefiero una pulsera o una sortija –le decía ocultando mi alegría-
- Pues esta tarde, ¡Princesa!, nos vamos a la joyería; no se hable más. –Era el estribillo de siempre-

En la joyería mi padre ya tenía visto y apalabrado el regalo, pero me hacía dar vueltas y más vueltas mirando anillos, colgantes, pendientes o pulseras. Era mi onceavo cumpleaños y pocas veces me había sentido femenina viviendo entre tanto chico. Solo una vez mi tía me había pintado las uñas y a mi padre no le gustó porque decía era mundano. Pero en esta ocasión me hizo ver que una pulsera de plata era lo más bonito para mí. Yo nunca había tenido ninguna joya y cuando la dependienta me abrochó la pulsera en la muñeca me sentí algo más que una princesa. Yo era la rica reina de Saba. Aquella pulsera representaba más que todos los regalos de especias, oro y piedras preciosas que recibió Salomón. Y es que mi padre me agasajaba y enloquecía conmigo en exceso, pues económicamente no nadábamos en la abundancia. Además, ya me veía enseñándosela a mis amigas, muchas de ellas de casa grande. Pero en esos momentos mi corazón latía

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

estrepitosamente en mi pecho y solo pude soltar una pequeña sonrisa de agradecimiento, sin atreverme a darle un beso delante de todos. Mi padre se preocupaba por mí y me amaba con locura.

Aquellos años en que comencé a despertar a la vida, fueron mágicos, soñando universos de emociones. Me sentía feliz al lado de mis padres y mis hermanos, aunque los disturbios constantes y los desastres de la Guerra Mundial recorrían las calles en los cálidos días de Alicante. En los corrillos, muchos seguían lamentando la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, especialmente los que habían luchado en las últimas colonias. Todos achacaban a los Estados Unidos la pérdida de estos enclaves del imperio español, pero mi padre consideraba que los pueblos oprimidos tenían derecho a ser liberados y ser independientes. Y todos estaban de acuerdo en que Estados Unidos había provocado lo de Cuba. En las tertulias sobre la guerra de independencia de esta isla se repetía siempre la misma historia; que los americanos habían llevado un barco suyo, el acorazado Maine, frente a Cuba, lo hundieron ellos mismos y acusaron a España de atacarles, por lo que Estados Unidos declaró la guerra a España. La guerra no duró mucho. España era una “don nadie” y perdió la guerra. Por eso ahora las calles estaban llenas de tullidos y hambrientos repatriados de las colonias. Especialmente delante de mi casa-escuela y frente al mercado de abastos, era un hormiguero de desheredados, campesinos y gentes buscando una oportunidad.

Se necesitaba con urgencia que las cosas cambiaran. No entendía de política, pero siempre escuchaba las confidencias de mi padre y sus amigos escondida en mi rincón secreto del “museo de la Escuela” y todos decían vivir en un país desastroso, cosa que yo no percibía y tampoco entendía.

- El Régimen vigente no tiene conciencia de la pobreza, la miseria y la injusticia social. Vive en la desidia económica y política. –solemnizaba mi padre-
- Y yo estoy disgustado porque nos censuran todo lo que huelo a política o religión, -asentía Florentino de Elizaicin que había comprado recientemente el diario “*El Correo*” y se sentía maniatado nada más comenzar-
- Pues si no podemos describir lo que pasa, nunca se podrán dar soluciones – asentía mi padre-
- No sería extraño que estallara una nueva revolución, -lamentaba don Florentino- ¡Maldita la hora en que compré este periódico!

Florentino respetaba mucho a mi padre. La amistad, entre ambos, provenía de una tertulia en un bar de la Explanada y de muchas reuniones en el Huerto del Cura. Eran íntimos y confiaban el uno en el otro. Florentino fue cambiando de ideología, pasando del partido conservador al partido republicano progresista. Era un hombre muy bien relacionado y a mi padre le satisfacía su sincera amistad. El y Florentino parecían Don Quijote y Sancho Panza. El uno alto, barbudo, distraído y caballeresco. Don Florentino,

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

gordo, pequeño y prevenido. Vivía en un precioso chalet y era el dueño de la “Fábrica de yeso blanco y moreno El Cisne”. Era el presidente de la Asociación de prensa alicantina y llegó a ser teniente de alcalde de la ciudad.

También mi padre se relacionaba mucho con el medico Francisco Santa Olaya. Sus cuatro hijos habían estudiado en la escuela de mi padre y siempre decía don Francisco:

- Don Baldomero, esto que tiene usted yo no lo tengo. – decía con profundo dolor y envidia-
- ¿Por qué lo dice usted don Francisco? –disimulaba mi padre que sabía un poco de la mala vida que le daba la esposa-
- Usted tiene un verdadero hogar. Su mujer y sus hijos le adoran.
- Tenemos nuestras cosas y a veces pasamos penurias y contratiempos. Ya sabe usted, -señalaba mi padre a su admirador Santa Olaya-
- Mi mujer que es hija del doctor Esquerdo, no pisa la casa y cuando lo hace es peor aún. Estoy más solo que los cipreses del cementerio, -explicaba con amargura, mientras se deslizaba una lágrima no reprimida y se frotaba los ojos-
- No le dé más vueltas, don Francisco, nunca estamos conformes con lo que tenemos, -mediaba mi padre para quitarle aquella dolorida intranquilidad-

Todas las Navidades venía a cenar a nuestra casa este buen médico. Muchas veces venían todos los hijos y la esposa, pero ella parecía una mujer muy volada. Solo hablaba del “Tocalón”, de la belleza que se conseguía con aquella crema y que pronto se compraría un coche “Landós” pues su padre le había regalado dos caballos. En realidad, su pretendida elegancia y sus refinados modales dejaban al descubierto lo superficial que era su vida. Adornada de oro, envuelta en papel brillante y vanagloria, sus palabras y sus mentecatos actos delataban ignorancia y fatuidad.

Mi padre me dijo que no quería que yo fuera una cursi como ella y que aprendiera algo provechoso. Yo le dije entonces que quería coser. Era lo que hacían muchas mujeres o se les obligaba a hacer. A casi todas se las educaba para trabajar en la casa y tener hijos, pero no para estudiar y cultivarse. Mi padre me decía que estudiase y mi madre que me pusiera a coser y pronto llegaría a ser sastrá, que eso me daría de comer. A mi sin embargo me gustaba aquel ambiente de intelectuales y estudiantes. Me gustaba el teatro y la música.

Mi casa en Alicante, tenía dos salones grandes que daban a la calle. Allí se ubicaba la escuela. Había un pasillo y al fondo estaba mi casa. Así que estaba en la escuela y en casa. Iba cuando quería, como una malcriada, presumiendo de sabelotodo. En ocasiones me disfrazaba y les hacía teatro, pero mi padre me reñía. En la esquina de mi calle vivía mi tía Concha, hermana de mi madre, era modista y profesora de corte. Allí, en aquel taller, se hacían unas labores preciosas. Con cinco años mi tía ya me enseñaba a

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

bordar unos pañitos preciosos. Me gustaba el piano y a los seis años ya daba clases, tan cerca de mi casa que mi madre me veía entrar en la sala. La profesora le decía a mi padre que podía ser una buena concertista, pero cuando se murió mi padre se acabó el carbón que alimentaba mis sueños. Recuerdo aquellas lecciones de música de doña Pepita, en aquel salón burgués con una enorme lámpara, que, como rígida institutriz, nos hacía cantar las notas con alguna entonación del piano. Por eso decía que yo me crié dentro de un ambiente cultural.

Mi madre se llamaba Trini, o sea Trinidad Pérez Domínguez y mi abuela materna Pepita. Se había casado en junio de 1910 por lo civil y fue mucha gente importante montada en catorce carrozas de paseo “Milord” y “Faetón”. La familia de mi madre era muy de derechas y decían que mi madre les había deshonrado porque casarse por lo civil era lo mismo que “juntarse”. Mi padre me contaba que al principio parecía una boda imposible. Se habían conocido en el paseo de la playa y la atracción fue inminente. Los presentó el doctor Santa Olaya y enseguida floreció un sentimiento amoroso y un proyecto matrimonial. Ellos no sabían que detrás de las bellas palabras e intenciones, un coro de fuerzas negativas se alzaba intransigentes para que no se celebrase aquella boda. La tradición de derechas de la familia de la novia obligaba como una pesada herencia histórica y casi biológica, queriendo impedir a toda costa que su hija se casase con un maestro y pastor protestante.

- Repito que prefiero verla muerta a tenerla casada con Usted,

¡un protestante!, ¡un republicano!, además... prefiero callarme, - ponía cara de enfado, y gesto de coser los labios con sus dedos-

- Sé que son cosas que se dicen, porque pienso que usted quiere ver feliz a su hija, -intentó mi padre hablarle pausadamente-
- Pues claro que la quiero y por eso no me gustaría verla humillada y difamada toda su vida por casarse con usted. - replicó el anticuado padre con terquedad-
- Pues no cierre a su hija todas las puertas, ni la incite a la insubordinación ni a la renuncia del amor –dijo torpemente mi padre que no sabía que decir para no molestarle, pero haciéndole sabedor de los deseos de su hija para escapar de casa si llegase el caso-

Mi madre era una mujer sencilla, una joven sumisa pero terca a la vez. ¡Claro que se hubiese escapado con mi padre! Mi tía Conchita era más liberal y menos obstinada. Entre las dos convencieron a mi abuelo para que se celebrase un matrimonio clandestino en la embajada inglesa o en el registro civil, antes que huir y apartarse para siempre de la familia. Mi madre hasta acompañó a misa al abuelo, para hacerle ver que respetaba su autoridad. Sin embargo, el párroco, sabedor del caso y atento a cualquier descarrío religioso, advirtió, desde el pulpito, sobre la propaganda que “las falsas religiones” difunden al amparo de la libertad religiosa. En poco tiempo fue doblegada la voluntad del abuelo y se pudieron casar. Después de la boda se dio un refresco en casa de mis abuelos.

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

Yo nací en 1911; cada año tuvieron un hijo y según íbamos naciendo, nos iban inscribiendo en el Registro Civil. En Alicante mi padre vivía muy a gusto, y al final tenía muy buena relación con la familia de mi madre. Recuerdo una infancia muy bonita, todos muy unidos. Permanecimos en Alicante hasta 1920.

Resultará extraño que me llame Margarita, llamándose mi madre Trinidad y mi abuela Pepita. Pero tiene su explicación. Cuando murió mi abuelo paterno, una señora se interesó por mi padre y le dijo que le pagaría la carrera. Era Miss Margaret. Le había dicho a mi padre que cuando ella muriera, él sería rico, porque le dejaría la herencia. Viajaba mucho y con frecuencia visitaba París que era su segunda residencia habitual. También le pidió que si tenía una hija le pusiera su nombre, por eso me llamo yo Margarita, como la señorita inglesa, si no ¿de qué...? mi madre y mi abuela no le hubieran dejado ponerme ese nombre. Mis hermanos se llamaban Arístides, Virgilio, Erasmo y Daniel. Tuve otro hermano, Aquiles, que murió a los cinco meses.

Todos me decían que me parecía a mi madre, pero que era lista como mi padre. Cada día me iba pareciendo más a él. Crecida para mi edad y larguirucha, parecía una chica débil y poquita cosa, pero, al estar siempre entre niños en la escuela de mi padre y en casa con mis hermanos todos varones, me había vuelto reflexiva y peleona. No me consideraba en inferioridad intelectual con los chicos, pero me educaban para cuidar de mis hermanos, para ser madre y tener hijos, lavar pañales y planchar camisas. Desde bien pequeña que mi madre me había enseñado a almidonar los cuellos

de las camisas con agua de arroz.

Mi padre, aunque era muy moderno y abogaba por la igualdad y la libertad, todavía tenía la idea de que la mujer era por naturaleza malvada, superficial y algo estúpida. Pensaba que las mujeres éramos por naturaleza frágiles e inconstantes, por eso me trataba de manera diferente a mis hermanos. Creía que las diferencias de sexo producían diferencias en el aprendizaje y de esta manera también me mantenía alejada del conocimiento intelectual y de los asuntos de la casa.

Sin embargo, mi madre era muy señora y parecía sentirse bien en ese puesto, sin dolores de cabeza. No tenía ninguna profesión, siendo solo ama de casa, pero muy señora. En lo único que ayudaba a mi padre era cosiendo toda la ropa y con las faenas de casa, aunque también le ayudaba yo como la única mujer de la casa. Solo venía una lavandera que hacía la colada en el pilón municipal.

Mi despertar a la vida, transcurrió entre esos dos mundos de labores de casa, letras y música. Transitaba por las calles de Alicante atestadas de carruajes y puertas corraleras por donde salían caballos engalanados, muy diferentes a las calles tortuosas de los barrios, llenas de charcos, desperdicios del mercado y ladridos de los perros muertos de hambre. Todavía se escuchaban las voces de “agua va” y sabías que tenías que ponerte a salvo para evitar ser salpicada de orín. A los niños delgaduchos se le recetaba el *Somatose* de Bayer un reconstituyente y estimulante

ALICANTE. LA ESCUELA MODERNA.

del apetito. A los que tenían lombrices se les suministraba *Gastrol Miret* que servía para el estómago e intestinos. Se anunciaba “*El placer de vivir con chocolates Acin*” con el que cuatro favorecidos podían asustar el hambre. Mi padre decía que la revolución no se produciría por una banda de desarrapados y famélicos. Que solamente declarar la guerra al capitalismo no quitaba la esclavitud y la hambruna, sino un mejor control de los hijos.

- El que ama la vida y la libertad no procrea en la esclavitud, -señalaba mi padre que tampoco predicaba con el ejemplo teniendo cinco hijos-

Me atraían los debates de mi padre soñando repúblicas y gobiernos y alimentando el alma de su generación con una religión en espíritu y en verdad. Hombres y mujeres que luchaban contra el paro intenso, el abaratamiento de los salarios e incapaces de alimentar a su prole. Veía como muchos obreros abandonaban sus brazos a cualquier precio solo por poder acallar el hambre de sus muchos hijos que los devoraban vivos.

Cada día llegaban a la ciudad nuevos artesanos, pequeños comerciantes y utilizados jornaleros que llenaban las casas de alquiler y transmitían a mi barrio el alma de pueblo. Sin embargo, lo que más me gustaba era contemplar la costa vestida de palmeras y apartarme de los problemas. Aquellas palmeras de más de treinta metros que jugaban con la luz del sol, descansando o inclinándose contra ella a través de sus verdes plumajes. Me

dejaba dormir bajo su sombra, sobre el poco tupido césped, poniendo sus raíces por almohada y la mirada fija en las temblorosas aguas del mar. La playa, entre la terraza y el agua, semejaba un fino arco de tiro que se prolongaba hacia un punto en el infinito. Y siempre, casi visible, el calor y el aire pegajoso de Alicante.

CAPÍTULO, 3. EL OCASO DE LA ESCUELA.

8

No siempre la luna de Alicante tenía encanto y misterio. Colgaba sobre la noche sin que nadie la mirara. Mi padre y Luis Hombre habían acabado las clases y estaban cansados de la ardua tarea de enseñar. La faena diaria era un prosaico y cansado vivir, pero tenía el aliciente soñado de que sus enseñanzas cristalizaran entre el pueblo. Acurrucados en la barandilla de la generosa fuente instalada en una de las esquinas de la plaza, frente a nuestra casa, rumiaban pensamientos y esperanzas.

- Desde luego la vida tiene que ser algo más que sístole y diástole en el palpitar de nuestro corazón. Tenemos que ser útiles a nuestra generación -dijo Luis Hombre sin levantar su fatigado rostro que se reflejaba en el agua-
- Creo que estás pensando en el alcance y provecho de nuestro trabajo como educadores. Yo siempre me hago las mismas preguntas, -atajó mi padre-

EL OCASO DE LA ESCUELA.

- Más o menos es eso. Pienso si esta actividad nuestra servirá para la colectividad humana. Si lo que enseñamos a estos chiquillos trascenderá a la vida pública.
- Yo nunca lo he dudado, -aseguró mi padre-
- ¿Tú crees que los cincuenta y cinco años, más o menos, que los evangélicos españoles llevamos trabajando en el secreto de las familias, de las iglesias y escuelas, serán suficientes para que el Evangelio penetre y se implante en nuestra patria?, -preguntaba Luis algo temeroso y lleno de dudas-
- Afortunadamente el Evangelio va cristalizando en nuestro pueblo, desengañado de voceadores religiosos, políticos y sociales, -añadía mi padre-
- Yo también lo percibo así. Se va vislumbrando en España que la Verdad de Dios existe, aunque ha sido ocultada por los sacerdotes y clérigos papistas. Solo espero que el clero y los obispos abandonen el sangrante mercantilismo con ricos y potentados y dejen de usar el despotismo con los pobres, -solemnizaba Luis Hombre-
- Hay en toda masa popular un fondo recto y sensible que no falla nunca cuando se le habla con la verdad y se le toca el corazón, -apuntaba mi padre ante los desmanes del pueblo con los religiosos católicos-
- Es tiempo de aprovechar los actuales momentos en que la opinión pública y la misma Corona parecen haber iniciado un cambio de frente hacia los ideales de tolerancia, libertad y progreso.

Detrás de la apacible fuente, rodeada de un silencioso estanque que refrigeraba la arboleda, yo escuchaba siempre las conversaciones de los mayores. Era la chica distanciada de siempre y acostumbrada a la soledad, mientras los otros niños se divertían al otro lado de la fuente. Eran unos momentos gratos porque me sentía mayor mientras refrescaba del calor de Elche metiendo un pañuelo estampado en las temblorosas aguas que rodaban sobre la piedra. Jugaba con el agua y daba vueltas con la cabeza a las conversaciones de los mayores. Ya entonces, en aquellos tiernos años de mi vida, me decían que tenía imaginación y mucho arte para escribir. Escribía cuentos para mis hermanos y por las noches se los leía en la cama. Recuerdo haber escrito también algo parecido a un poema para un certamen literario, que reflejaba el encanto interior de mi vida en aquellos días de adolescencia:

“Nací como nace una flor, como nacemos todos, en un hogar donde me dieron cuidado.

Crecí día a día, con el aroma propio, y al arraigo del hogar fui empezando a entender la vida.

Vi las cosas del mundo y el cielo infinito. El infinito no ha cambiado, está presente cuando miramos al cielo, los que lo amamos”.

Mi tío Rafael, un gran poeta, también había montado un colegio, así que en mi casa estaba en el colegio, si iba a su casa también

EL OCASO DE LA ESCUELA.

tenía que estar en el colegio y en casa de mi tía Concha, lo mismo. Mis primos de Madrid también eran profesores y críticos de arte. Por eso hice lo contrario, decidí no ir al colegio y preferí ser sastra. Sin embargo, en la casa siempre se respiraba un ambiente espiritual y cultural, y procuré leer todos los libros de la biblioteca de mi padre y por las noches la Biblia. Conocí a muchos directores de periódicos que eran amigos de mi padre y que se reunían en tertulia. Me enteré poco a poco de todos sus misteriosos secretos, de las ideologías de cada uno y de las dificultades que tenían para resucitar a una España empobrecida y sin moral. Sobre todo, su preocupación era la enseñanza y los métodos pedagógicos. Uno de los días, se había reunido con urgencia ante las reseñas que daba el diario *El Correo*.

- La noticia está contrastada por mí mismo, -dijo don Florentino-
- Pues parece más una noticia del pasado que de hoy día, ya que hay tanta competencia educativa, -reflexionaba mi padre-
- A pesar de Froebel y Pestalozzi en algunos colegios y también en jardines de infancia y recreos pedagógicos, aún se aplican castigos físicos- aseguraba don Florentino de Alizaicin, nervioso-
- No me preocuparía tanto –decía mi padre Baldomero- si no se añadiese en la noticia que los castigos físicos son de muy dudoso gusto.

- Son los padres, que se dejan llevar por la moda del palo, -respondía don Francisco convencido-
- ¿Es que acaso no le duelen sus hijos? ¿Acaso son perros apaleados?, -preguntaba mi padre airado e incrédulo de estas cosas-
- Si Baldomero, son inconscientes y ciegos de los sacrificios a los que son sometidos sus hijos y de las consecuencias que todos los días veo yo –asentía el médico Francisco Santa Olaya que tenía que curar algún palo mal dado-
- No podemos permitir que los niños continúen, en todas partes, siendo esclavos maltratados y a quienes se toman para servir en todos los lugares, cuando tienen que estudiar y formarse. Te escribiré un artículo para *El Correo*, con un claro ¡Basta ya! –había señalado mi padre-

En aquellos años primeros del siglo de la ciencia, de la “belle époque” para unos, mi padre comenzó a sentir presiones por todas las partes. España era diferente y atrasada casi un siglo respecto a Europa. Si se inclinaba hacia la utopía republicana, le criticaban los católicos y si tendía algún puente con los católicos le criticaban los masones, republicanos y protestantes. Todos estos ataques los sufría porque entendía que la Escuela Moderna, adscrita a la escuela europea, estaba libre de toda confesionalidad religiosa y neutralidad probada. Sin embargo, unos días atrás, *El Heraldo de Alicante*, había

EL OCASO DE LA ESCUELA.

criticado duramente a mi padre y otros correligionarios. Se preguntaba el Heraldo:

- *“¿Puede el director de la Pedagogía Moderna, D. José Soria y nuestro querido compañero D. Baldomero López Arias, que dirige la bien reputada Escuela Moderna, asistir con sus alumnos a una fiesta católica cuando ambos son decididos partidarios de la escuela europea, libre en absoluto de confesiones religiosas? ¿pueden las ilustradas profesoras, doña Ana de Vargas, doña Concepción Pérez y la señora directora del colegio laico La Caridad, todas ellas anticatólicas, llevar a sus niñas siquiera a que presencién dicho acto?*

También los del otro bando, los jesuitas, tocaban cada poco alguna tecla institucional y legislativa para cerrarnos la escuela; hasta que lo lograron.

Todas estas cosas iban apartándome de la escuela, prefiriendo estar entre patrones de vestidos o cosiendo cualquier encargo. El mundo de las mujeres era menos belicoso y más amable. Sin embargo, yo había sido educada en un hogar cristiano, aunque no católico y los discrepantes no nos podíamos librar de las diarias asechanzas. En Alicante había muchas familias vinculadas al protestantismo. La Escuela Modelo, donde mi padre trabajó en Alicante, era evangélica. La Pedagogía Moderna de José Soria, era evangélica y la de mi tío Rafael también. Muchos masones

también eran protestantes y muchos republicanos simpatizaban con el protestantismo. Por eso en Alicante me resultó fácil bautizarme como cristiana bautista, cuando entendí la necesidad de encontrarme con Dios, ese infinito que desde pequeña contemplaba más allá de los cielos y que daba sentido a mi vida.

Me bautizaron en el mar, en una playa recóndita. Vestidos de túnicas blancas, nos sumergieron en el agua a cinco personas, de diferentes edades, que antes habíamos hecho profesión de fe. Mi padre sintió reparo en bautizarme él mismo y prefirió que lo hiciera su amigo y profesor Luis Hombre Ponzoa que era pastor en Alicante. Ambos habían estudiado en el Instituto Teológico de Puerto de Santa María y se conocían de siempre.

- ¡Crees en el Señor Jesucristo como tu Salvador?, -recuerdo que resonó solemne en boca de nuestro profesor y pastor Luis, antes de bautizarme -
- Si creo, -respondí con voz tomada, que apenas se oyó en la orilla donde asistía mucha gente de las iglesias protestantes y de los que venían a la playa.
- Por tu confesión de Fe, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, -dijo Luis mientras me sumergía en el agua-

Pero pronto fui perdiendo el entusiasmo primero, no tanto por la familia de mi madre que era de derechas, cuanto por los continuos desencantos de unos y de otros.

EL OCASO DE LA ESCUELA.

Cuando perdimos la escuela, no nos ayudó nadie. Tampoco los masones y republicanos. Los protestantes se portaron muy mal porque cesaron a mi padre y por lo menos podrían haberlo avisado. Por eso tengo mal recuerdo de los protestantes, me he desvinculado totalmente de ellos y no he vuelto a pisar una capilla. Es cierto que años más tarde hicimos reuniones en mi casa cuando venían misioneros protestantes. Sin embargo, me fui desvinculando de la iglesia bautista.

La escuela había ido decayendo paulatinamente por la competencia de otras escuelas y por los jesuitas. Mi padre los criticaba por su astucia y su infinita obsesión por el dinero. Sin embargo, cuando empezaron a venir a Alicante los Agustinos, que se establecieron en la calle de Moissonave, los Salesianos, Maristas y otras órdenes religiosas, la atmósfera de la escuela de mi padre se hizo asfixiante. Se llevaban los mejores alumnos diciéndoles que D. Baldomero no les podía pagar la carrera y que ellos si lo harían; contaban con medios que mi padre no poseía.

A la Escuela Moderna solo iban chicos. Yo era la única chica. Allí me encontraba como pez en el agua, iba cuando quería y hacía las trastadas que podía. Les tiraba a los niños de la borla del cuello-babero triangular que llevaban de uniforme o les metía en los bolsillos del chaleco alguna nota provocadora. No dejaba de ser una niña. Aquellos alumnos vestían muy bien, pues eran de las mejores familias de Alicante. Podías saber a qué familia pertenecían por la forma de vestir. El que venía trajeado, su padre

sería un industrial, el de marino sería hijo de algún capitán de barco, el de la pajarita ancha un pintor y el del cuello de tul calado y con festones, de alguna familia noble. A mí me habían comprado un gorro de muselina bordada y encaje parecido a las valencianas, que usaba los domingos cuando íbamos al culto. Cuando me lo ponía y recogía mis trenzas de pelo tras él, parecía otra. Hasta la cara parecía más iluminada y de perfiles más femeninos. Cuando me miraba mi madre fijamente siempre decía lo mismo:

- Hija, eres todo sonrisas y muy bonita. - lo decía porque tenía la boca grande y las cejas muy espesas que me hacían los ojos grandes-

Las cosas en las escuelas evangélicas o laicas, como la nuestra, iban de mal en peor. Un antiguo sacerdote, Joaquín González Molina, ahora evangélico y profesor en Alicante, le decía a mi padre que estaba pasando dificultades económicas.

- Los Metodistas que me apoyaban ya no pueden pagar mi sueldo y me han propuesto ir de maestro a Granada, -decía don Joaquín preocupado-
- No parece un mal sitio Granada. Yo conozco esa zona y estarás bien, -le animó mi padre-
- Yo no quiero ir, porque he sido profesor en el seminario católico de Granada y no tengo ganas de peleas.
- Es razonable que quieras evitar problemas con tus antiguos

EL OCASO DE LA ESCUELA.

correligionarios.

- Sin embargo, creo que voy a aceptar la propuesta. De algo tengo que vivir.

Los curas conversos al protestantismo fueron más perseguidos aún que los laicos protestantes. Sobre todo, los ex sacerdotes que habían sido jesuitas; estos recibieron amenazas de muerte de sus correligionarios, aunque se fueran a esconder en el rincón más apartado del mundo. La mayoría fueron pastores en Latinoamérica. Afortunadamente Joaquín González no fue muy perseguido en Granada. Al poco tiempo de llegar nos mandó una carta en la que relataba como fue recibido en un pueblo en el que él había sido sacerdote párroco. Nos contaba su pequeña victoria. Por lo menos no todo era malo. Decía la carta que conservo entre mis papeles:

“Cuando murió mi suegra en Soportujar, donde yo había sido cura, fui al entierro. Cuando llegué, después de un penoso viaje, me esperó un señor mandado por el cura actual para decirme que no entrara en el pueblo porque la gente me apedrearía, escandalizada por el hecho de que mi suegra había muerto sin recibir la extremaunción (porque mi suegra era evangélica) y la tirarían al río. Subí igual y, en vez de apedrearme, el pueblo salió a recibirme.

La casa de la difunta estaba llena y todos escucharon muy atentos la lectura de varios Salmos y un saludo. Las visitas no

pararon desde las doce de la mañana hasta las siete de la tarde que es cuando tuvo lugar el entierro “medio” civil. Se presentaron el alcalde, un alguacil, el escribano, el médico y hasta mi antiguo sacristán... Me pidieron que predicara; les dije que lo haría en el cementerio. El cura telegrafió al cardenal porque no quería permitir el entierro en el cementerio católico y no había cementerio civil. A las dos llegó un mensajero del cura diciendo que podía disponer del cementerio con tal que lo dejara participar en el entierro y tocar las campanas, porque era primo hermano de mi suegro y quería actuar según sus convicciones. No me pareció oportuno rechazar este compromiso y así lo hicimos. El cura se contentó con ir delante del ataúd, vestido con sus ornamentos, pero sin cantar; en el cementerio dijo unos responsos y se fue con los monaguillos. Leí el Salmo 23 y prediqué sobre la muerte y la vida eterna, durante media hora. Ninguno se marchó. Fue maravilloso”

Pero las cosas diariamente no eran fáciles para ninguno de nosotros. ¿Cuándo pararía la persecución constante? ¿Cuándo llegaría esa libertad que mi padre reclamaba en todos los lados? Nunca he dejado de pensar en aquel día donde los niños, bien vestidos y uniformados, habían llenado sus pupitres y se ocupaban de los deberes. Nadie sabía que una procesión iba a pasar por nuestra calle con una rogativa, pidiendo lluvia a la Virgen –decían -, y rezando algún misterio del rosario. Pero de repente, llegada la procesión a la altura de la escuela, se pararon

EL OCASO DE LA ESCUELA.

con el fin de asustar a los alumnos e insultar a los profesores. Las voces y las amenazas se añadieron a las burlas y la gente quería subir hasta la escuela para agredirnos.

- ¡Santa Madre, matadlos! ¡Padre nuestro, degolladlos! – eran los gritos enloquecidos de las rogativas-

Era imposible creer que este espectáculo de amenazas de muerte y aquella turbadora sensación de miedo hubiese penetrado en nuestra pacífica escuela ¿Quién había provocado aquella estampida de animales? Asustados los niños y los profesores desorientados por no saber cómo salir de la algarrada, confiaron en que actuaría la fuerza pública. Y claro que actuó. Nos cerraron la escuela, “preventivamente” y luego los padres temiendo nuevas procesiones y rogativas, dejaron de mandar a sus hijos a las clases.

Durante un tiempo nuestra casa-escuela fue apedreada casi diariamente. No dejaron sano un cristal que diera a la calle y todas las noches la escuela se llenaba de las piedras lanzadas por la barbarie religiosa. En medio de la oscuridad, cada pedrada sonaba destructora, llena de rabia y de muerte entre el crujir de los cristales rotos. Temblábamos como seres indefensos, encogidos de miedo y con una sensación abrumadora que hacía dudar de nuestros ideales. ¿Por qué las ideologías y la religión despiertan instintos tan bajos? ¿Por qué nuestros amigos no nos ayudaron? Era cierto que poco podían hacer ante tanta brutalidad. Nuestro mundo se desmoronaba como castillo de naipes, sin poder parar

su caída.

La escuela al final se cerró y le ofrecieron a mi padre un puesto de pastor y por eso nos vinimos aquí a Elche. Vendió la escuela a Teófilo Witman, que era el encargado de pagar a los pastores. Cuando vinimos a Elche yo tendría once años. Fuimos a vivir a la calle Puente Ortices nº 5, a la “Casa del Gallego”, que hace esquina con la Corredora. No teníamos escuela, solo una capilla que estaba donde está ahora el cine Capitolio. Llegamos a Elche en el año 1921 y mi padre abrió la primera capilla protestante. Estaba muy bien; tenía el culto los jueves y domingos y escuela dominical el domingo por la mañana.

¿Cómo había llegado mi padre a ser pastor en aquellos tiempos tan difíciles? ¿Por qué no había ejercido como pastor hasta ahora? Lo fui comprendiendo años más tarde. Hombres con vocación y firmeza en el Instituto Teológico de Puerto de Santa María le crearon un carácter especial de pionero no solo en la enseñanza sino también como pastor. Sus dos pasiones, la enseñanza y el pastorado circularon por sus venas toda la vida. El tiempo de ser pastor había llegado inesperadamente pero mi padre estaba preparado para servir en ese puesto con dignidad.

Alto, con dotes de mando y apariencia de intelectual, el joven hijo de Albricias no dudó en abrazar largamente a mi padre cuando llegó de Suiza. En aquel intenso abrazo se percibía no solo el cariño que desde la niñez profesaba a mi padre, sino la admiración de ambos por la enseñanza. Franklin Albricias era el hijo mayor de Francisco Albricias. Había estudiado magisterio en Suiza y se había imbuido de los métodos pedagógicos más modernos. Sucedería a su padre Francisco en la dirección de la evangélica “Escuela Modelo” de Alicante. Siempre había sido un niño despierto al que mi padre procuró preparar y cultivar con inquietudes nuevas.

Ahora llegaba de Suiza cargado de ideales.

- Cuéntame. Habrás aprendido mucho por Europa. –le indicó mi padre, ansioso de novedades-
- En realidad, las verdades esenciales caben en el ala de un colibrí. Resumiría todo lo aprendido en la necesidad de elevar

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

el espíritu y engrandecer la patria, -respondió Franklin con la rapidez mental de siempre-

- Eso ya te lo había enseñado yo. La trascendencia de la vida y el conocimiento del hombre y la tierra, -sonrió mi padre, esperando le refrescase con nuevos pensamientos-
- Creo que aprendí en Suiza el vivir en el goce pacífico de la libertad. Algo que en España resulta imposible. - Abrazó de nuevo a mi padre y con una señal con los dedos añadió: -pero venceremos.
- Por eso, querido Franklin, estamos obligados a enseñar y proclamar que los hombres crecen cuando aprenden algo, poseen algo y lo disfrutan en paz, - mi padre también levantó su palma, mientras elevaba sus ojos iluminados-
- Sin duda, estoy de acuerdo en que ser culto es el único modo de ser libre, como ser bueno es el único modo de ser dichoso. ¿No lo crees tú Baldomero?
- Así también lo creo yo. Sin embargo, la cruzada que hemos de emprender ahora es revelar a los hombres su propia naturaleza que no siempre se inclina hacia el bien.
- Por eso los maestros hemos de salir a los campos no solo con ciencia y reclamando libertad, sino también con las buenas nuevas Evangelio, envueltas en ternura que tanta falta y tanto bien hace a los hombres.

Aquellos dos hombres no hablaban de figuras geométricas incomprensibles, de instrumentos mecánicos extraños, ni de

vacíos términos didácticos, sino de la naturaleza del hombre. El hombre era algo más que una máquina de comer. Tenía un corazón con anhelos que veía más allá de la noche estrellada. Por eso no dejaban de repetirse Franklin y mi padre que debían ser antorchas preparadas como estaban para alumbrar. Ellos eran los sacerdotes nuevos que ministraban al pueblo para esparcir la religión de un tiempo político y religioso nuevo. El mundo estaba cambiando y las masas percibían el olor de lo nuevo. Las viejas y mohosas púrpuras, las casullas de los tiempos místicos del hombre estaban destinadas a desaparecer en el lecho de la agonía.

- Después de las últimas revoluciones, se ha podido comprobar que la religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado, - indicó mi padre de nuevo al incansable Albricias-
- Es evidente que las sociedades crecen y son más libres, aunque se observe el andar despacioso de la historia humana, -apuntó convencido Franklin-
- Creo que la marcha del hombre hacia las creencias finales tiene andada la mitad de la escala de Jacob. Sin embargo, esta época transitoria mantiene la violencia y el doloroso desbarajuste del egoísmo. ¿No lo crees así? –preguntó mi padre-
- Creo, desgraciadamente, que solamente más allá del sol, el hombre envainará su espada de batalla.

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

El joven Albricias no tendría más encuentros con mi padre. Tenía una vocación de maestro ambulante y pastor de la Iglesia Evangélica Española, que dependía de la Methodist Episcopal Church, que no le dejaba enmohecer. Pero también de gran político, llegando a ser Teniente de Alcalde en Alicante, dirigente de la Liga de Derechos del Hombre de Alicante y directivo del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Alicante. En Albacete dio clases y formó el equipo de fútbol de la ciudad. Su vida estuvo envuelta en el remolino de la vida y no paró hasta que se quedó ciego y se estableció en Suiza donde murió. En ocasiones hable con él y siempre me decía lo mismo.

- Andamos sobre las olas, rebotamos y rodamos con ellas, pero no sabemos mostrar las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra y veremos el rostro de Dios.

Franklin Albricias fue un prodigioso iluminado de su tiempo, como lo fueron mi padre y otros de sus amigos bautistas. ¡Cómo poder describir aquel fuego renovador de los librepensadores como mi padre! Él era uno de aquellos constructores de la democracia, la república y la modernidad. Siempre se había sentido hijo del libre examen y cuando por la década de los ochenta se inicia el movimiento librepensador, él era un avanzado. Sin embargo, no era un visionario, ni un utópico social puro. Se encontraba bien tanto entre empresarios y obreros como con

liberales republicanos y protestantes con ideología propia.

Las conversaciones con mi padre siempre me hacen añorar aquellos años del despertar asociativo y los grandes debates ideológicos. Las idas y venidas al Ateneo de jóvenes médicos republicanos y federales, curas liberales, idealistas muchos que soñaban con un país libre y próspero. Estos mismos jóvenes médicos ya habían inaugurado un gabinete quirúrgico que desempeñaba gratuitamente una importante labor social. También en el campo evangélico había conocido mi padre hombres recios, que no solo se ocupaban del alma de los hombres sino de todas sus necesidades.

- ¡Cuánto me enseñaron protestantes tan insólitos como Jorge Benoliel y el ex cura José Pérez Martínón! –admiraba mi padre a estos dos hombres que habían revolucionado tanto Alcoy como Alicante y Almería-
- ¿Los conozco yo, padre?
- No Margarita. Para mucha gente y para muchos protestantes son heterodoxos peligrosos. Benoliel, de origen judío, era pastor en Alcoy y José Pérez Martínón, nacido en Alicante, ha trabajado años atrás con Francisco Albricias.
- ¿Eran republicanos también?
- Sí, pero eran hombres de un pensamiento brillante y de un comportamiento evangélico ejemplar, hasta vivir en la pobreza por darlo todo a los necesitados.

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

- Entonces serían perseguidos brutalmente por los jesuitas. No soportan que gente inteligente viva pobremente, - esta era una frase de mi padre que ya repetía yo-

Entonces mi padre me describía emocionado el recorrido vital de cada uno de estos pastores, sus luchas y también sus expatriaciones a Orán. Mostraba cómo sus ideales se diluían entre los marasmos políticos de uno y otro signo, para introducir los principios religiosos y evangélicos. Este era el caso de estos tres visionarios: mi padre, el pastor Benoliel y el ex cura Martín. Tres hombres envueltos todos ellos en el remolino de la libertad y el cambio de la nación. También para mí era muy hermoso vivir entre los vendavales que descubrían la modernidad y dejaban atrás aquellas ideas anticuadas y empobrecedoras. Recuerdo haber asistido a una reunión de la Unión Cristiana de Jóvenes evangélicos donde uno de los principios de la Unión era “hacerse rico para distribuirlo entre los pobres”. Cuando hasta ahora en España la pobreza era virtud, ahora ningún joven evangélico quería ser menesteroso sino acaudalado para ayudar a los necesitados.

Era apasionante también, para una chica como yo, criada y educada entre manifiestos y actos cívicos, repartir pasquines reclamando libertad de conciencia tras una concentración al lado de mi padre y el Grupo Paz. No me importaba entonces que me insultasen y difamasen. Me había convertido en una militante obligada pero feliz de serlo por defender un mundo mejor.

Alrededor del movimiento obrero, los librepensadores como nosotros no buscábamos confrontación ni revolución, sino cambios sociales. Mi padre escribía en la prensa local, aliada con la filosofía del librepensamiento, y sus mejores ideas las volcaba en reclamar enseñanza y Evangelio.

Más activista y librepensador que mi padre era el ex cura y ahora pastor protestante José Pérez Martínón. Dirigía y editaba el periódico masónico “*El Hijo de la Viuda*” y proclamaba desde sus páginas sus pensamientos.

- El mejor templo es la Conciencia y el individuo el único sacerdote, -era el ideario de Martínón-

Martinón fue muy perseguido por la diócesis de Orihuela como reo de apostasía. Habían leído en todas las parroquias del obispado un edicto condenatorio considerándolo un heresiarca. Había cometido el error de atacar de frente la propaganda religiosa de los jesuitas en Alicante y luego en Almería, únicos lugares donde encontraron resistencia. Aquellas misiones de los jesuitas, a pesar de la influencia ultra católica en los núcleos urbanos, fue frustrada por Martínón y otros protestantes y masones. Los jesuitas que misionaban por toda España tuvieron que frenar sus prácticas en Alicante, que presumía de ciudad moderna y rechazaba las costumbres pueblerinas que quería mantener el jesuitismo. Todas sus reuniones y misiones fueron reventadas por los librepensadores y algunos masones que

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

hicieron impermeable la ciudad. Los mismos sacerdotes no querían a los jesuitas en sus iglesias que, a pesar de la ayuda del Obispo y el Gobernador, solo servían para perturbar a sus parroquianos. Menos aún querían a los jesuitas las Logias masónicas que se mostraban de uñas cada vez que aparecía un jesuita y pretendía salir con estandartes y pendones en procesión. Las batallas con los jesuitas fueron constantes y no era extraño ver a la compacta masa de pueblos vecinos entrar en Alicante con sendos garrotes y sus curas al frente.

Era evidente de que estaban siempre bien financiados los jesuitas. No solo pedían por el alma de aquellos sus creyentes, sino que seguían reclamando sus bienes para salvarlos del Purgatorio venidero. También les hacían ver la necesidad de las “misiones” para combatir a los protestantes y herejes, pues a estos les seguía mucha gente que además de aprender a leer, leían la Biblia y muchos tratados evangélicos. Entonces aparecían los donantes ricos y las viudas engañadas como doña María de la Concepción del Pobil, Viuda de Gallostra, que les regaló una espléndida finca “La Concepción” en las afueras de San Juan, cerca de Alicante. Era para que los jesuitas dieran sus misiones en San Juan y Muchamiel. Había salido la noticia de la donación en los periódicos de Alicante como un triunfo de las misiones y mi padre indignado volvió a leer la “Monita Secreta”, ese manual jesuítico para conquistar a las viudas ricas.

- ¿Cómo es posible que no se den cuenta del engaño? –me decía

furioso, desahogándose-

- Deben hacerlo por miedo al Purgatorio – le señalaba yo sin mucha convicción-
- Es que no son solo las viudas las engañadas, sino también señores como Fulgencio Suárez Tabernero que ha constituido una Fundación con 25.000 pesetas para que den misiones en la provincia de Salamanca. Estas misiones no se pudieron dar y don Fulgencio las aceptó con “muchísima humildad y rendimiento”, pero el dinero siguió en las manos de los jesuitas -recalcaba él-
- No se puede entender que todo esto se urda por el provecho propio y no por el beneficio espiritual, -deducía yo desengañada cada día más de la religión-

También los periódicos republicanos se mostraron combativos, rechazando de plano el fanatismo religioso de los misioneros jesuitas enviados por el obispo Guisasola.

- *“. A los jesuitas: La prensa unánime de esta generosa y libre ciudad, la representación más legítima de la ilustración y de la cultura de este pueblo, ha ido analizando con el escalpelo de la crítica racional vuestra propaganda impía; y ha encontrado en ella un fondo de perversidad inconcebible...”*

El apoyo de la opinión pública fue indescriptible contra los jesuitas. Se leían proclamas en las calles. Los sermones y actos religiosos de los jesuitas tenían que estar con protección policial

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

para que no hubiese disturbios. Hasta que se retiraron a su feudo de Orihuela, hubo huelgas de varios gremios de trabajadores. La repercusión nacional de estos hechos, habían convertido a Alicante en referencia del más ortodoxo sentimiento liberal de la época. Allí estaba mi padre también formando parte de esa resistencia ideológica y de la consiguiente influencia social. También estaba yo en aquel torbellino de pasiones.

Los periódicos católicos no se callarían tampoco y cada vez que los jesuitas intentaban de nuevo introducirse, atacaban a Martínón.

- *“...En cierta época -ya hace años- se presentó en esta capital un tal José Pérez Martínón y principió a publicar un periódico titulado El Hijo de la Viuda. En aquel periódico se atacaba al dogma, se hacía mofa de la religión y se lanzaban acres censuras a sus ministros. Su director, el Sr. Martínón, dio varias conferencias antirreligiosas, en el grupo de librepensadores La Paz, conferencias que le valieron el aprecio y estimación de los masones y espiritistas, incluso los individuos que pertenecen a la Liga anti-clerical.*

Intentaron los jesuitas muchas veces el asalto a Alicante. El Grupo Paz estaba alerta y yo era una de esas jóvenes militantes que me sentía bien al lado de mi padre organizando contra-actos y repartiendo octavillas. Los periódicos también nos ayudaban publicando los escritos de mi padre y los del Grupo Paz.

- *No se acuerdan, bien seguro, que tuvieron esas aves negras que abandonar nuestra ciudad ante la indignación de los hijos de Alicante [...] Ante la manifestación que se prepara que no es sino una provocación al espíritu liberal y anti-jesuítico de esta culta ciudad, nosotros los mandatarios del grupo Paz de libre-pensadores, en su nombre y en el nuestro propio, protestamos.*

También se quejaban los antagonistas, los *ultras* de *El Semanario Católico*.

- *...los libre pensadores, quienes no habiendo podido recorrer las calles de la ciudad con banderas desplegadas en pública manifestación con los alumnos de las escuelas laicas, por haberles negado la autoridad el permiso para dar ese escándalo, ahora pegan con los ignacistas y se proponen por lo visto dar algún espectáculo parecido al que dieron, con la complicidad del Sr. Somalo, gran dignatario de la Masonería, cuando las célebres misiones.*

Sin embargo, a pesar de la atracción suscitada por aquellos años de militancia en el Grupo Paz y asistencia a la iglesia protestante, añoraba la armonía. Quería que reinase la fraternidad entre todos, acallar la pasión política, matar el encono, humillar la soberbia. Era cierto que el pueblo nos seguía y era bello contemplar las armonías aplaudidas, pero eso dejaba vacío el espíritu. Por eso mi padre me decía que

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

había que llenar el alma de Dios y su Palabra, de algo trascendente que alimentase el espíritu.

- ¿Sabes lo que más me gustaba de Martínón? No pienses nada grande, -intentaba ayudarme mi padre-
- Que leía la Biblia todos los días, -le decía, sabiendo que yo la leía poco últimamente-
- Martínón indicaba que todo su poder estaba en que aprendió a ser pobre.
- ¿Acaso no era pobre, si tuvo que salirse de Roma?
- Era un hombre inteligente, humilde, sencillo, afable, comunicativo y enérgico a la vez. Había fundado un colegio privado para ganarse el sustento que llamó de *San Felipe Neri*. Escribía en el periódico republicano *El Pueblo*, con el seudónimo de Cantaclaro. Cuando se voceaban los periódicos y había un artículo de Cantaclaro, se vendían al instante. No pasaba necesidades, pero él decía que aprendía a ser pobre.
- No entiendo su pobreza, - le decía yo extrañada y le añadía una frase de mi padre-. Como que no hay nadie que haya aprendido a ser “pobre”, que no viva desahogadamente. Y sin embargo, son muchos los que pasan hambre todos los días o comen alternativamente, porque no han aprendido a ser pobres.
- Martínón se refiere a que había aprendido a contentarse en cualquier ocasión, en abundancia y en escasez.

- Pero no siempre nos acostumbramos a la pobreza. Intranquiliza mucho el tener que luchar por la comida diaria.
- Tienes mucha razón, “hija guapa”. - (me llamaba muchas veces así)- Pero en nuestra España, que vivimos de apariencias, hay gente que compra hoy en el mercado lo más caro y al día siguiente no tiene que comer.
- ¿Se refería Martínón a no gastar en lo superfluo para aprender a ser pobre?
- Esa es una buena definición. El que huye de los vicios porque le perjudican y se reconcentra en su hogar viviendo humildemente, su familia rara vez pasará hambre. Mejor es tener dos pesetas guardadas para casos de enfermedad o desgracia, que gastarlas en vicios. Algo que esta sociedad llena de corrupciones no quiere entender.
- Entonces ¿es verdad que algunos aprendiendo a ser pobres, han reunido buenos capitales?
- Los primeros grandes capitales protestantes se formaron viviendo una vida frugal, y aprendiendo a ser pobres - apostillaba mi padre-.

Martinón o Cantaclaro fue uno de esos nombres que conmovía los cimientos de la sociedad con su manera de pensar y de vivir. Cuando escribía sus artículos eran furibundamente anticlericales. A todas horas tenía a su puerta emisarios del arzobispo Guisasola unas veces con ofrecimientos y otras con amenazas. No le alagaban las ofertas, ni le hacían temblar las provocaciones.

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

- De parte de su Ilustrísima, que vaya usted al palacio arzobispal a hablar con él, -le decía un altivo emisario-
- Diga usted a su Ilustrísima, que la misma distancia hay de su palacio hasta aquí, que desde aquí a su palacio. Dígale más, que si yo soy la oveja descarriada y él es el pastor es más lógico que él busque a la oveja y no la oveja a él.

Decía mi padre que cuando Martinón llegó a Almería procedente del exilio de Orán, volvió a ser una auténtica pesadilla para el clericalismo almeriense. Vinculado al Grupo Regional Levantino de la Liga Universal de Librepensadores, fue un fuerte revulsivo para los republicanos radicales y masones. Fue famoso el mitin celebrado en el Teatro Apolo, con el aforo completo en su mayor parte de obreros, pero también de personas de posición social alta y empleados públicos. Pérez Martinón basó su mitin en el testimonio de su separación de la Iglesia Católica como sacerdote. Como creyente, ensalzó a los mártires del libre examen y terminó con un panegírico de Juan Huss, de Giordano Bruno, de Savonarola y de otros célebres heresiarcas. No tardaría en ser excomulgado por el obispo de la diócesis, José M^a Orberá y Carrión latae sententiae, comprendida en la Apostolicae Sedis reservada de speciali modo al Romano Pontífice, condenándolo con todas las penas contra apóstatas de Orden y Religión.

Estas libertades que disfrutamos durante un breve tiempo, pronto nos llevarían de nuevo a la clandestinidad, la desactivación y la ola represiva provocada por elementos subversivos. Pero eran

años iluminados por la pasión y los ideales que una chica soñadora percibía mejor que los chicos. Mis hermanos, no distinguían entre un masón o un anticlerical, quien era de temperamento revolucionario o federal fogoso, quien atacaba a los ministros de la religión y sus dogmas o quien permanecía neutral defendiendo la libertad religiosa.

El Grupo Paz, al que pertenecía mi padre, se mantuvo más o menos vivo defendiendo el librepensamiento alicantino. La mayor colaboración vendría de la militancia obrera y especialmente de Constancio Romeo Lasarte, maestro racionalista y activista libertario. En Alicante se respiraba un ambiente librepensador también entre los espiritistas. “La Caridad” era una Sociedad espiritista donde se celebraban los actos en honor a los Mártires de la Libertad. Su representante y miembro de esta sociedad era una mujer, Soledad Jover, obrera autodidacta, inclinada al socialismo que acabaría viviendo en Elche cerca de nuestra casa.

A mi padre le gustaba que le comentase las cosas de política o religión que leía en las revistas y diarios. Yo solía provocarle sospechosamente con noticias contrarias a su forma de pensar.

- Los periódicos comentan que Alicante se deja maltratar por los representantes frailesco, cuando todos saben que Alicante es republicano, -le decía yo a mi padre repitiendo de memoria lo que acababa de leer en *el Sol* de Madrid. -

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

- Algo de verdad hay, -asentía mi padre-. Mientras Castellón tiene al caciquismo encadenado y Valencia levanta gloriosa su frente republicana, Alicante está oscurecido y postrado.

Las Dominicales de aquellos días echaban fuego preguntándose:

- *“¿Dónde han ido a parar aquellos republicanos que consiguieron con su esfuerzo que se alejara de este suelo aquella comunidad denominada Escolapios, que invadió la ciudad con el pretexto de fundar un colegio? ¿Dónde están aquellos republicanos que con su intransigencia con el clero lograron la construcción de un cementerio corralón neutro? ¿Que se ha hecho de aquellos republicanos que alcanzaron, llevando a cabo la más enérgica protesta jugándose la libertad y tranquilidad de las familias, que aquella manifestación denominada Corazón de Jesús no se efectuara más en Alicante? ¿De qué ha servido aquel ejemplo de la hecatombe de la Serreta? Aquellas energías bizantinas que llegaron a constituir el bloque contra el avance de la reacción, se han troncado hoy para desgracia y vergüenza nuestra...[...] ¿Continuaremos sembrando semilla que no fructifica?”*

Algunos estaban dispuestos a ser intransigentes y reventar lo muros de contención de las logias masónicas, siempre moderadas en la acción.

Donde mayores satisfacciones tenía mi padre no eran con la política o la religión, sino con la enseñanza. Preparar hombres libres, sin orejas mentales, que se pudieran defender en la vida con honradez y lealtad a sus principios. El mismo diario «*El Luchador*» publicaría unas palabras de mi padre en una especie de carta. Uno de sus alumnos había cambiado su residencia a Madrid, con motivo de ostentar su plaza de Diputado por Alicante. En este artículo se señalaba lo siguiente:

A mi querido amigo y discípulo Jerónimo Gomariz:

- *Próximo a tomar el tren que te lleve a Madrid como diputado a Cortes me congratulo de haber sido tu maestro de primeras letras, es decir, el padre espiritual que en unión de tu padre carnal forjó tus ideas y sentimientos francamente republicanos y altruistas. Hoy que Alicante te confiere la mayor investidura que puede otorgar a uno de sus hijos, yo sé que sabrás corresponder a ese cariño con el sacrificio de tu vida si fuese preciso, para afianzar la República española, y que tu actuación en las Cortes será de eficacísima utilidad para la Patria. Te abraza y te bendice: Baldomero López Arias.*

En la Escuela Moderna se habían formado jóvenes para la vida pública y privada en un ambiente de principios laicos, aunque destacando los principios evangélicos y cierto aire republicano.

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

Eran jóvenes reconocidos, preparados, con buenos principios morales. Pero sufrió muchas presiones por ello, como las que sufrieron las demás escuelas de ideario evangélico. La Escuela fue llevada al declive no solo por los desequilibrios creados por la Primera Guerra Mundial sino por el jesuitismo y otros segmentos de la Iglesia de Roma. Aunque recibía alguna cobertura institucional de las Iglesias Bautistas de España, no recibía ningún ingreso económico, sino las cuotas de los Alumnos. También los alumnos terminarían no asistiendo y la escuela tendría que cerrar.

No sé cómo expresar los sentimientos que sentí, viendo a mi padre reprimir el dolor del cierre entre lágrimas. La persecución y la saña contra la Escuela, único medio de subsistencia de mi padre, habían cumplido con su objetivo. ¿Cómo se pueden apagar los sueños que buscan el bien común, la libertad y el amor entre los seres humanos, de una manera tan innoble? ¿Quién le había robado las alas de la vida con las que podía sentirse libre y provechoso para su generación? Ni siquiera sus amigos estaban a su lado. Los protestantes todos demandaban dinero para escuelas, capillas, orfanatos y un sin fin de cosas. No llegaba para todos. Implantar el protestantismo en España, partiendo de cero, era imposible. Así lo creían los católicos que ostentaban todo el poder religioso, económico y político, aunque no lo quisieran reconocer. Sostener a los pastores, comprar o edificar iglesias y escuelas no era gratis. Yo creo que mi padre se descuidó pensando que lo iban

a socorrer los protestantes, siempre que lo necesitase. Y no fue así, aunque mi padre era un hombre educado desde niño por los protestantes y entre ellos vivió. Yo creo que su idealismo sobre la fraternidad no le hizo preocuparse por tener a las iglesias bautistas de España a su lado para apoyarlo en estos momentos.

Después de todo los visionarios verdaderos siempre sufren. Perciben una realidad que otros no ven y luchan hasta alcanzarla. ¿Quién pocos años atrás hubiese pensado en un protestantismo asentado en España, la nación más católica del mundo? ¿Quién soñaba una República como la diseñaba mi padre? Pero los visionarios van contracorriente y esto es lo mismo que esperar que les miren mal, les critiquen, los señalen con el dedo. Bracean con poder contra el agua adversa. El aire se niega a penetrar en los pulmones, pero siguen nadando hasta llegar a la orilla, aunque mueran exhaustos. La estela de Miss. Margaret, había provocado aquellos remolinos, formando a hombres como mi padre.

A los iluminados, como a cualquier persona, también les gusta que les admiren y comprendan. Se sentía mi padre en el centro del mundo, proclamando verdades y agitando espíritus y no podía huir del compromiso, aunque quedase exhausto. Aunque le costase la vida. Aunque a veces su piel palidiera, su cuerpo temblara y perdiera todas sus fuerzas. Sin embargo, mi padre no tenía tiempo para los halagos porque perdía el sueño casi cada noche y sufría el hambre al menor contratiempo. ¿De dónde

UNOS PRODIGIOSOS ILUMINADOS.

sacaría mi padre las fuerzas para salir renovado cada mañana? Yo era una testigo de verle orar a Dios cada noche, aunque estuviese encorvado y medio muerto de cada embate ideológico, de cada persecución, viéndole resucitar cada mañana.

Dotado de una luz interior, arremetía cada amanecer con un nuevo mensaje como los profetas. Levantado de su inmovilidad se sentía ágil para escuchar el griterío de los niños y transmitirles todo su amor, su ciencia y su pensamiento. Por las tardes en el Ateneo o en sus reuniones clandestinas o secretas, tenía un discurso nuevo y explosivo difícil de parar.

- Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un Estado que vive fuera de la ley. ¿Por qué no se cumplen las leyes sobre la libertad religiosa? –proclamaba mi padre-

Eran siempre palabras que parecían venidas de un elegido, aunque las dijese un pobre maestro que sufría muchas carencias y estaba falto de futuro. Era un hombre que no regalaba palabras dulces, ni las envolvía en servilletas de celofán para ganarse la estima de los demás. Era posible que, si sufriera mudez o le cortasen la lengua, se harían más sonoros sus mensajes, porque el mensaje era ver su vida. No eran discursos vanos, no jugaba con los sentimientos ajenos, ni su oratoria olvidaba la realidad humana. Por eso digo que mi padre fue un prodigioso iluminado.

LA HIJA DEL MAESTRO.

MANUEL DE LEÓN DE LA VEGA

10

La memoria siempre pinta el cercano paisaje de Elche como uno de los peores recuerdos de mi vida. Ni la fastuosa fronda de los naranjos, ni las elegantes palmeras de las avenidas y parques que se elevaban entre macizos de arbustos y flores, pudieron romper el hechizo de Alicante. Alicante siempre será el secreto que mi recuerdo registra implacable como un ritual de desagravio. Con los años Elche sería cómodo y tranquilo para subsistir, pero no para soñar. Cuando llegamos a Elche nadie expresó alegría por nuestra llegada y hasta el mismo cielo parecía mostrar desagrado. En un carro de mulas venían todos nuestros enseres, nuestras ropas, nuestros recuerdos. Un tremendo temporal, con borrasca incluida, había perseguido al arriero durante el viaje de Alicante a Elche. Fue devastador cuando llegó a la casa aquel pobre hombre lamentándose y medio llorando por tener casi todo empapado de agua. La poca lluvia que cae en Elche parecía haberse volcado de repente sobre nuestro carruaje. Mi padre confiaba en aquel mulero porque le conocía de sus reuniones patrióticas; de no ser así hubiese pensado algo extraño. Pronto nos restablecimos del susto y mi padre dio gracias a Dios por lo poco

LA LLEGADA A ELCHE

que teníamos y le pidió que supiéramos estar confiados en los tiempos de abundancia y de escasez. Yo no contesté con el “Amen”. Sentía el desamparo de los hombres y también de Dios cuando nuestra causa era justa y todo lo hacíamos por Él.

Mi mundo se desvaneció casi de repente en la nueva ciudad. No me podía imaginar que una chica de once años como yo, hubiese echado raíces tan profundas y añorase tanto Alicante. La vieja máquina de coser, con la que había aprendido a hacer juegos de sábanas y otras labores de costura en casa de mi tía, era la única cosa que me acompañaba. En Alicante quedaban los años felices, rodeada de niños y sintiéndome una digna representante de izquierdas. Me encontraba bien asumiendo el espectáculo del pueblo llano, que vivía una realidad más cruda que la de Chaplin en *La quimera del oro* comiéndose las botas y saboreando los clavos. Nosotros empezaríamos a vivir esa dura existencia en Elche días después. Una familia con cinco hijos no tenía fácil supervivencia sin un mínimo ingreso. Al principio mi padre tenía algo de dinero que le habían pagado por la Escuela Moderna, por sus pupitres, sus mapas y su museo. También recibíamos ayuda de un Comité Bautista Sueco, del que apenas cubría para el alquiler de la escuela-capilla.

Allí nos encontrábamos en medio de una soledad casi enfermiza, hasta que mi padre, que sería el primer pastor protestante de la ciudad, comenzase a formar la iglesia dispersa y reunirla en la escuela-capilla. Era un local sencillo, situado en los bajos de lo

que sería el Cine Capitolio y de denominación bautista como lo éramos nosotros.

Elche era una ciudad muy mariana. La Virgen María estaba por todas las partes y durante todo el año tenía sus procesiones y rogativas. Una vez mi padre dijo que no había que adorar a los santos, solo a Dios y entonces casi lo matan. Allí la exaltación mariana tenía su apoteosis con el Misteri y la coronación de la Virgen. Era un fervor popular desmedido y contagioso. También el Araceli, cantado por niños, era muy bello. En Elche se coronaba la Virgen y se daban vivas a la Mare de Deu, entre cohetes y campanas. Alguna gente lloraba de emoción. También se hacía una procesión-entierro de la Virgen. Los cantores del Misteri llevaban a hombros la cama donde permanecería la Virgen yacente y cantaban In exitu Israel de Egipto. La gente ataviada con trajes de gala, vivía con pasión aquella devoción que era contraria a todo lo que mi padre enseñaba de las Escrituras.

Ahora los católicos y los protestantes están más unidos, pero la historia no se puede cambiar. Entonces no era así. Muchas veces, cuando mi padre habría la capilla se encontraba gatos muertos o excrementos o no podía abrir la puerta. Había muchos follones. Mi padre se quejó al alcalde y pusieron un guardia para vigilar. Casamientos en la iglesia evangélica no sé si hubo alguno, bautizos algunos; Elche era un hueso muy duro de roer para el protestantismo, la Virgen tiene mucho poder y va por delante de todo. Con la Dictadura de Primo de Rivera respetaron la capilla, pero siempre estabas con el miedo a flor de piel, no sabiendo qué

LA LLEGADA A ELCHE

iba a ser de ti. Al principio mi padre quiso dar unas clases a niños necesitados y sin escolarizar, pero se dedicó más a formar la iglesia y tener buenos cultos los jueves y domingos a los que yo no asistía. Me quedaba en casa con mi madre, mientras mis hermanos y mi padre acudían a la reunión.

Durante la semana casi no veíamos a mi padre, que salía temprano y volvía de noche. Visitaba algunos creyentes en Santa Pola donde había capilla y colegio, y también en Crevillente y en Aspe. Después de la República creo que cerraron las capillas en todos estos lugares, pero no me acuerdo bien cuando ocurrió. A mi padre le gustaba enseñar y predicar y a la gente les gustaba escucharle, pero aquella actividad solo producía gastos y no ingresos. Sufrimos mucho porque no sabíamos de donde sacar el dinero para subsistir, hasta que mi padre se hizo representante de varias fábricas y así fuimos sobreviviendo. Vendía de todo, alpargatas, perchas, escobas, toallas, mantelerías etc., y también biblias. Todo empresario que le diese un catálogo para vender, lo aceptaba. Mi hermano Arístides dejó de estudiar, le llevaba las cartas a los clientes y mi padre le decía, dile a éste que te conteste y cosas así, porque entonces no había teléfono y pocos tenían coche. Coche tenían Ferrández, Serrano, Sansano, Ripoll y Brufal. Los grandes industriales. Yo dejé la música muy a pesar mío; Virgilio era apoderado de dos sitios y Erasmo y Daniel iban al colegio.

Mi hermano Arístides se fue a hacer el servicio militar a

Cartagena, a la marina, porque quería conocer mundo, pero cuando vio que empezaron a embarcar a gente, se asustó y llamó a mi padre quién, a través de amistades, removi6 Roma con Santiago y lo metió en Capitanía General; allí estaban José Maciá y Carmelo Serrano, también de Elche. Decían que Maciá iba a traer unas máquinas que fabricaban trenza para las alpargatas y sacaría más del doble de producción. También Serrano se dedicó a la industria alpargatera, pero era más conocido por haber fundado en Elche, la Cruz Roja. Lo mataron en la Guerra Civil del 36.

Ahora nuestras amistades casi todas eran de derechas, de la Unión Patri6tica, y mis amigas también. Le decían a mi padre: “Don Baldomero, nosotros no creemos lo que dice, pero no somos sus enemigos y le apreciamos mucho”. A mí me invitaron a salir en las carrozas en las fiestas de agosto. Yo estaba con chicas de derechas y eso que mi padre era de izquierdas. Después de varios años de insistencia me decidí a participar en aquellas Fiestas de Agosto. Yo ya era una hermosa mujer. Una larga cabellera azabache y los grandes ojos negros, iluminaban mi rostro sonrosado. Como no salía de casa, no estaba quemada por el sol y el aire. Me había hecho un vestido de gasa estampada y me sentía la reina de la fiesta. Hacía mucho tiempo que no me sentía así de bien. Mis hermanos me decían que era la más guapa de todo el desfile y me miraban como si nunca hubiesen visto una mujer. En la carroza del barrio me habían colocado al lado de la reina. El ambiente festivo, los disfraces, las carrozas, la música y la diversión me hicieron olvidar que la vida era dura, un campo de

LA LLEGADA A ELCHE

luchas, un peregrinar sin fin impregnado de hiervas amargas que nos hacen sentir el sabor de la opresión y la persecución. Cuando se representaba la Entrada Mora y luego la Cristiana, o en la Ofrenda floral, la Nit de L'Alba, el Misteri o el concurso de Mascletás era un conjunto de colorido y ritmo que inundaba las calles de emoción. Algo que no olvidabas nunca y recordabas todo el año cada vez que nos reuníamos las amigas en El Palmeral.

Además, mi padre daba conferencias y participaba en juegos florales y actos culturales en *Blanco y Negro* y escribía en *El Sol* de Madrid, *El Liberal* de Murcia y en periódicos de la localidad. Casi siempre lo hacía por expresar su pensamiento y conformar su ideología que cambiaba también con los vaivenes subversivos. Era un hombre de paz que trabajaba para traer armonía y la insurrección era lo contrario a su pensamiento. En realidad, le repugnaba cualquier violencia de la que pocas veces se pudo librar.

No sé cómo fui perdiendo el entusiasmo y también el primer amor religioso. Creo que fue mirando a mi padre padecer ataques constantes del clero, pero también desengaños de sus correligionarios protestantes, así como los republicanos y masones. Aquellos días de pastor evangélico fueron excesivamente ajetreados. Volvía a casa cansado y enfermo, aunque siempre su rostro reflejaba un gozo sobrenatural y una paz interior muy grande. No concibo como podía pronunciar el texto de aquel salmo “*Mis ojos están siempre puestos en el Señor,*

porque Él sacará mis pies de la red". Era verdad que por unas cosas u otras estaba enredado, acorralado, cercado por sutiles hilos de los que solo Dios podía desatarlo.

Creo que por estas cosas tan persistentes y desagradables de la vida diaria yo seguía teniendo añoranza de Alicante. No podía olvidar aquellos pocos días felices como la última Navidad antes de venimos para Elche. El aula de la escuela siempre se llenaba de padres y niños. Traía mi padre un trompetista que le mandaba Albricias y cantábamos himnos evangélicos de Navidad. También hacíamos teatro con cortas escenas de "La Navidad" "Un regalo para Santa Claus" y "El verdadero significado de la Navidad". Los niños venían con pañuelos al cuello, se ponían delante para cantar y yo tocaba un viejo armónium bastante pequeño que prestaban a mi padre de una iglesia evangélica. Una de las madres le decía a mi padre:

- Cada vez que cantan ustedes los himnos con los niños, me nacen alas. -

Sin embargo, el resto del tiempo era un colegio laico. Mi padre procuraba no tocar el tema religioso con los niños y tampoco con los padres. Eso nos dejaba también a nosotros en un Limbo religioso, sin definirnos en nuestro cristianismo, aunque íbamos a la congregación bautista de Luis Hombre. Orábamos por las noches y algún domingo, cuando teníamos visita, hacíamos culto en casa. Pero la mayor parte del tiempo éramos laicos, librepensadores, con ideales de progreso, libertad de conciencia y respeto a todas las formas de religión. Esto lo defendían también

LA LLEGADA A ELCHE

los republicanos, masones, anarquistas e incluso socialistas en sus mítines y veladas literarias, pero nosotros éramos algo más, cristianos bautistas.

Yo ahora me sentía mal entre mis amigas de Elche, la mayoría católicas y dominadas por el cura en el confesionario. Sabían leer y escribir, pero sus únicas lecturas eran místicas y devotas. Su inclinación a las cosas de la iglesia era desmedida, de manera que comprometían su salud con ayunos y penitencias. Pocas mujeres nos destacábamos como librepensadoras, aunque todavía en la masonería permanecíamos excluidas. Creo que cuando en 1915 nació Encarnación, la hija de mi tío Rafael, se anunciaron actos civiles en el Registro de Alicante, acto en el que estuvo el presidente de la logia Constante Alona. Solo querían destacar que también los librepensadores y protestantes tenían otra forma de librar a sus hijos del remojón bautismal y la ceremonia religiosa, afirmando una cultura laica. Así se predicaba con el ejemplo, manteniendo en la práctica nuestras convicciones.

Cuando llegamos a Elche, me sentía una persona mayor, no solo porque era la mayor de los hermanos, sino porque el mundo era demasiado complicado para mí. Comenzaba a sentirme sola. Trataba de ser feliz pero siempre algo salía mal. Muy pronto me alcanzaban los sufrimientos, la pobreza, la soledad. Nadie tan joven debería pasar por estas situaciones tan difíciles e intolerantes que convierten a los hombres en animales asustados. ¿Cómo se detiene el hambre cuando no tienes nada que llevar a

la boca? ¿Cómo le escaseas el pan a aquellos inocentes ojos de mis hermanos que te lo piden en silencio? Aquellas situaciones de precariedad me quitaban el apetito, me removían la rabia, me indignaban, me hacían perder la fe en el ser humano. Y España no paraba de guerras y revoluciones que cada día llevaban a la indigencia a más familias.

En uno de los pueblos que visitaba mi padre, cerca de Elche, no recuerdo su nombre, Hermenegildo era el único evangélico. Había conocido el Evangelio en Buenos Aires y había regresado a su patria con dinero ganado allí. Era panadero y montó su negocio pensando en las oportunidades de hablar con la gente de las cosas de Dios. También planeó casarse por lo civil y comenzó a hacer los trámites. El juez del lugar, que era médico y entusiasta liberal, temiendo perder la clientela si los casaba, dijo que se marchaba de vacaciones. Dejó un sustituto que tampoco los quiso casar. Decidió obtener el permiso para casarse en otro pueblo, hasta que lo consiguió después de muchas vueltas y pagar varias propinas. Al poco tiempo tuvo que volver a Argentina porque había gastado su capital en unas cosas y otras. Hasta el acto más insignificante, para un protestante, suponía tanto un desgaste emocional como la pérdida del trabajo o la pérdida de tus bienes.

El Golpe de Estado de Primo de Ribera en septiembre de 1923, representó una vuelta a la represión y mayor intimidación. Le preguntaban a mi padre:

- ¿Cómo estáis en Elche bajo la dictadura militar?
- Bien, sin novedad, -le contestaba mi padre, porque la

LA LLEGADA A ELCHE

dictadura la ejercían los curas no los políticos-

Le decían que la Alianza Evangélica había vuelto a solicitar la libertad religiosa, ya que España era el único país que no tenía libertad de conciencia. En la revista “*España Evangélica*” que enviaban a mi padre desde Madrid, decía que sin libertad de expresión y de prensa, dejaban a este país en la oscuridad. Sin embargo, España siempre había sido diferente. Alguna vez a mi padre le prohibieron celebrar una Fiesta de Navidad para los niños. Tuvo que recurrir al alcalde, que traía a sus hijos a nuestra escuela y confesó que él no sabía nada del asunto. El cura había mandado al sargento para que viese que aquella Fiesta era un acto político y en contra de la Iglesia Católica. El mismo sargento se vio avergonzado al recibir órdenes del cura y no por sus superiores.

Todas estas circunstancias adversas de cada día se habían cargado sobre mis frágiles y adolescentes espaldas, que actuaban como una camisa de fuerza y forzaron el rumbo de mi vida. Yo solo quería ser escritora o pianista, una gran pianista, como decía mi profesora. Pero el tiempo que me tocó vivir trastocó mis planes. Ni siquiera pude ser una simple ama de casa, con un marido y unos hijos, como mi madre. Mi mundo, el que había conocido en Alicante, estaba lleno de gentes con grandes ideales y hubiera querido atesorarlos para siempre como la palanca para mover el mundo. Sin embargo, los planes de futuro, no pasaban de ser cercanas pretensiones para subsistir con la frente bien alta. Alicante representaba a un mundo bohemio y desprendido. Elche

fue para mí lo contrario, un mundo de frustración y soledad. Poco a poco, me fui dando cuenta que había idealizado a hombres firmes y mujeres valiosas, que al final tenían los pies de barro como los demás mortales.

Sin embargo, seguía escuchando con entusiasmo los mítines y los sermones. Me quedaba embobada con la oratoria llena de luminosas imágenes de algunos conferenciantes y predicadores. A veces los mítines estaban llenos de frases y conceptos bíblicos, como también los sermones estaban llenos de ideales políticos. Recuerdo algunas frases que siempre deambularon por mi cabeza sin una determinada definición práctica. “El obrero es hijo del trabajo de la miseria y de las lágrimas; es el portador actual de la luz y la verdad que tantos precursores han predicado antes que él vanamente. El Obrero (con mayúscula) viene al mundo a redimir a la humanidad, a la vez que vengar a esos precursores (“toma el biello y purifica la era social” aconseja siguiendo a San Juan). Es tentado por tres veces por el “rico”, pero le responde “no solo de pan vive el hombre”.

Creo que mi vida estuvo impregnada de la fusión de ideas e ideales evangélicos mezclados con los político-sociales. De mi madre sabía poco, por no decir nada, en esta materia. Nunca se metió en nada, aunque a veces defendía el catolicismo como católica que era pues no se bautizó como evangélica. Prefería vivir en su mundo hecho de hijos y obligaciones que no le dejaban pensar y mucho menos soñar.

Mi padre, sin embargo, no dejaba de fantasear y escribir sus

LA LLEGADA A ELCHE

sueños. Era uno de los forjadores de la república, un arquitecto que dibujaba un edificio de hombres libres y prósperos. A veces me decía, como pidiéndome consejo:

- Margarita ¿como ves esta frase? ¿sabes que quiere decir?
- No, padre; yo no entiendo de eso- le decía, aunque entendía más de lo necesario para una chica de mi edad-

Recuerdo que escribió un discurso para el banquete solsticial de la logia Constante Alona nº 3 de Alicante celebrado el 30 de octubre de 1919. Me explicó que habían asistido invitados de otras logias como la Aurora de Cartagena. Una parte del discurso lo encontré años después entre sus papeles y decía:

- “Pero, aunque la masonería es eminentemente democrática, no es sencillamente demagógica. Enemiga de todo cuanto significa opresión, injusticia, falsedad o ignorancia, es también la fiel contenedora de las pasiones de las muchedumbres, del desbordamiento de todas las clases de odio, de la ola que destruye por un caprichoso juego de la naturaleza, del salvaje exterminio sin más finalidad que satisfacer rencores almacenados. Y he ahí la simpática misión de nuestra Orden: ser el ariete demoledor de todas las tiranías, pero... al mismo tiempo la válvula de contención de todos los extravíos de la plebe”

Mi padre era un pacifista convencido y estaba resuelto, cuando le

golpearan, a poner la otra mejilla si fuera necesario. A la pregunta de si la masonería debería intervenir en los conflictos sociales, mi padre siempre contestaría que era necesario crear una verdadera sociedad fraternal y democrática.

Además del mundo bullicioso de las letras, los discursos y las alabanzas a Dios, crecí en un mundo más real, donde si no trabajabas no comías y no siempre comías. Por eso me acostumbré a ser práctica. Desde bien pequeña, cuando acababa de fregar las escuelas con legía, ayudando a mi madre con el estropajo, solía ir a casa de mi tía Conchita para aprender labores y recortar patrones. Allí era una aprendiz más, donde al principio solo me daban a coser unos bajos o poner botones. Después me fue naciendo el gusto por la ropa bonita, admirando a las señoras con sus vestidos largos de noche o de trajes de día lucidos en los paseos de la playa. Lo que mejor se me daba era sacar patrones. Mi tía decía que sin buen patroneo, por muy bien rematado que estuviera el vestido, no luciría la prenda. Era necesario prever la caída, montar los cuellos en su sitio y sobre todo manejar bien el corte, según la cambiante y caprichosa moda.

La situación de mi vida en Elche, como mujer en un mundo de hombres, era la de superviviente, que se preparaba mejor para ser autónoma y no depender solo de ideales nobles. Me rebelaba contra la marginación que nos hacía diferentes. Ante el rechazo constante del poder religioso, yo debía sobrevivir a su violencia buscando la manera de salir airosa. De nada servía que mi padre aparentase no darle importancia al constante sufrimiento por la

LA LLEGADA A ELCHE

discriminación religiosa y social que generaba ser protestante. A mí me dolía ser rechazada. En Alicante siempre parecía protegernos la clase alta con la que se codeaba mi padre, pero aquí éramos desconocidos. Él procuraba arreglarlo todo con la educación y valorar la cultura y la historia como medio para levantar la nación y el ser humano de su postración. Ideales que en tiempos tan revueltos no daban de comer y no entendía que nosotros siempre tuviésemos que ser ejemplo de todo.

- “En nuestra sociedad por todas partes se miente y estamos rodeados de hipocresía” –refunfuñaba a cada instante-. Hay que desterrar la mentira y la falsedad.

Era verdad que los abogados y los médicos mentían a sus clientes y pacientes; los empleados del gobierno estaban corrompidos haciendo negocios turbios con sus electores. Muchos sacerdotes mentían a sus feligreses y les enseñaban a mentir en base a que el fin justifica los medios que era el principio fundamental de la Doctrina jesuítica. Mi padre leía con frecuencia la “*Monita secreta*” sobre las estafas y mentiras de los jesuitas y que había editado el republicano, Fernando Garrido, en 1881. La Monita se había encontrado entre unos papeles del último bibliotecario de la Compañía de Jesús en París y se conservaba otro ejemplar en el palacio de Justicia de Bruselas. Este libro escrito en 1661 es un manual de hipocresía como regla de conducta para amontonar riquezas, engañando y corrompiendo a los incautos en materia religiosa. Cualquier viuda rica estaba expuesta a todo tipo de

engaños por parte de los jesuitas para hacerse con su fortuna. Por eso repetía tanto mi padre:

- Toda la sociedad necesita con urgencia una reforma, una seriedad en sus relaciones, una conciencia, una moral... - y no sé qué más cosas añadía mi padre-

Yo me di cuenta de que esto era verdad cuando establecí mi propio taller de confección y tuve un éxito que no me lo esperaba. Si me preguntaban cuando estaría confeccionada la prenda de vestir, siempre se cumplía la fecha. Nunca hice promesas que no pudiera realizar. Cuando toda mi competencia repetía el mismo estribillo: “Mañana, mañana por la tarde lo tendrás, repitiendo lo mismo el día siguiente”, yo, en su fecha, lo tenía todo rematado y envuelto en cajas de cartón que daban un tono de distinción. Así lo hacía mi tía Conchita y a mí me iba bien.

Recuerdo haber visto un tren lleno de gente pobre, apretujados como ganado y de pie, y mi padre decirme:

- Margarita, esos hombres que van de pie y amontonados van engañados sin saberlo.
- ¿Por qué lo dice, padre? ¿Quién les ha engañado? – preguntaba sorprendida por su reproche y perspicacia-
- Cerraron la taquilla de venta de billetes, diciendo que ya estaba lleno el tren y como tienen que llegar a casa, pagan el doble del billete al revisor que está compinchado con el expendedor de billetes.

LA LLEGADA A ELCHE

España aún no había superado la picaresca y la falta de honradez se daba en todas las esferas. Mi padre, el maestro y pastor, intentaba fortalecer la nación con los principios morales y espirituales del Evangelio, pero eran escasos los intentos por cambiar.

Sin embargo, ese mundo soñado, de ideales redentores y de sueños de progreso y libertad, se fue ensombreciendo con la realidad de cada día.

CAPÍTULO, 6. MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

La ceremonia o ritual de iniciación al ingresar mi padre a las Logias masónicas, le producían una cierta agitación, pero también un sentimiento de fraternidad. Ahora en Elche se unía a unos hombres que practicaban o trataban de ser mejores personas, defendían la independencia de muchas naciones y creían en la transformación de la sociedad por medio de la educación y la ciencia. Mi padre no necesitó que otro masón lo introdujese en la Logia, porque ya era masón de toda la vida en Alicante. La masonería fue para él el mejor método de enseñar a los hombres a buscar a Dios. Entendía que el método masónico a través de signos y no palabras, era muy interesante como pedagogía de lo espiritual. Las palabras limitaban al Dios de los masones que era el Gran Arquitecto del Universo. Era un método también a través de la reflexión sobre los actos de la vida.

- La escuadra, el compás invertido o la letra G, -señalaba mi padre con celo instructor- tienen un significado para revisar nuestras conductas.

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

- ¿Qué nos puede enseñar una escuadra?, -le preguntaba con prejuicio y desconocimiento-
- La escuadra es un ángulo recto. Es rectitud y nos lleva a preguntarnos si seguimos el camino recto o tenemos que cambiar.
- Y el compás ¿qué nos quiere indicar?
- El compás marca límites. Son las líneas rojas que no debemos cruzar.
- ¿Y la letra “G” en el medio?
- Alude al Gran Maestro, al Gran Arquitecto del Universo. Cada uno puede ponerle a Dios el nombre que quiera, pero para mí es el Dios, santo que hizo los Cielos y la Tierra.

Cuando venía de las reuniones con rito de iniciación solía explicarnos aquellas ceremonias que tenía cierto encanto exotérico.

- El iniciado masón llega con los ojos vendados, hace juramento de guardar secreto y se le invita a guardar ciertos valores morales, -nos revelaba esos secretos sin darle importancia-
- ¿Nada más que eso? - le preguntaba yo que había oído de una cámara de la reflexión-
- Bueno, en ocasiones se le quitan los metales profanos como los anillos, las cadenas y medallas y se le hace decir: «Todo

lo que soy lo dejo atrás, dejo afuera mis prejuicios, todo fuera del templo»

- Entonces ¿para qué es la cámara de reflexión?, -le insistía con curiosidad desmedida-
- No olvides que es un secreto y hay que guardarlo, -puntualizaba él-
- La cámara de reflexión, padre, ¿qué representa?
- No es habitual, pero en algunas logias es una especie de cueva o lugar oscuro que representa el vientre de la madre en la oscuridad para volver a salir a la luz. La iniciación supone morir como profano para nacer como masón.
- Como en San Pablo “morir nuestro viejo hombre para vivir una nueva vida”- le sugería yo-
- En la cueva hay algo más.
- ¿A qué te refieres?
- A que además en la cueva hay arena, un esqueleto de plástico, una mesa pequeña con velas, azufre, sal, agua y elementos de alquimia que el iniciado debe saber su significado.
- Resultará espeluznante entrar en aquella cueva, -le ponía ojos de miedo y pavor-
- Eso no es lo más espectacular, -me intrigaba para crear más expectación-
- ¿Acaso hay más ceremonias?
- Si. El aspirante debe vestirse completamente de mendigo, se le vendan los ojos para que no sepa el camino y se le conduce

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

a una puerta que se abre al sonido de tres toques con mucha fuerza. El maestro hará una oración a Dios y después de darle tres vueltas por la habitación del ritual se le coloca ante la puerta con los pies en ángulo recto. Se dirigirá al maestro que extiende su mano derecha hasta una mesa donde está el Evangelio abierto junto a un compás y una escuadra.

- Son demasiados simbolismos y demasiado secretismo para mí, -le confesaba llena de asombro-

Mi padre sería uno de los masones en la logia Iliice Constante nº 7 de Elche que tenía el nombre simbólico de “Diógenes”. Entre ellos parecía encontrar descanso y era el lugar de su refugio recordando los buenos tiempos de Alicante. Y es que casi todos los miembros de esta logia ilicitana pertenecían a la Numancia de Alicante, independizándose de esta en 1926. Había entre sus dirigentes, socialistas radicales como Julio María López Orozco o el eldense Ángel Vera Coronel y muchos del Círculo Republicano.

Le gustaba, a mi padre, este nombre de “Diógenes”, por haber sido este un maestro singular al que tenía por modelo. Este filósofo griego tuvo una extraña forma de vivir. Se dice que dormía en una tinaja y que caminaba de día con un farol encendido. Cuando la gente le preguntaba qué hacía con la lámpara encendida en pleno día, les decía: “Busco hombres honestos”. Sus únicas pertenencias eran un zurrón, un báculo y un cuenco, hasta que un día vio a un niño beber agua con la mano

y se desprendió del cuenco. Era un vagabundo de las calles de Atenas que convirtió la pobreza extrema en virtud. Solo la virtud es el soberano bien –predicaba-.

Sin embargo, yo creo que mi padre debía darle solo el significado de que buscaba hombres para que sus vidas de espaldas a Dios diesen la vuelta. Creo que nunca buscó la pobreza, ni la tuvo por virtud, sino que esta se hizo vecina de nuestras vidas. Entendía que todo provenía de Dios y por tanto no había que despreciar, ni ciencia, ni honores, ni riquezas ni tenerlos como falsos bienes.

Pero, sobre todo, mi padre fue pastor en Elche. El primer pastor, roturando el campo, sembrándolo y regándolo para que floreciese el Evangelio. ¿Cómo se arrancan los matorrales y se quitan las piedras de un campo desolado y oscurecido por años de ignorancia religiosa? ¿Cómo se siembra buena semilla que dé fruto si no se puede arar en profundidad? Mi padre intentó ser buen pastor evangélico en Elche, roturando en las Logias, los centros republicanos, visitando a los dispersos creyentes que llegaban de otras provincias para encontrar trabajo. Siempre tuvo el valor de predicar el Evangelio de la gracia y no el de las desgracias del Purgatorio y la condenación. Lo peor era el regar la mies. Lo que parecía más fácil para él era lo más complicado porque exigía grandes dosis de paciencia. Esperaba llenar los cuatro bancos de su iglesia que él mismo había fabricado. Se ilusionaba con llenar aquel local que estaba presidido por un simple texto de la Escritura, pero al principio le sobraban tres

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

bancos y medio. Preparaba sermones con una oratoria brillante llena de versículos con ricas enseñanzas y bendiciones para nosotros los creyentes. Sin embargo, los únicos niños éramos nosotros. El resto de la congregación eran dos hermanos mayores que habían conocido el Evangelio en Argentina. Era el matrimonio Fernández. El señor Fernández sabía transmitir muy bien su fe, pero a su esposa le costaba comunicarse. Aquellos primeros tiempos de apenas dos familias congregadas dejaron un sentimiento de soledad que nunca pude olvidar. Los infinitos ojos de burla del vecindario con arraigo en la ciudad, producían en mí un sentimiento de confusión y vergüenza. Acostumbrados a ver salir del cine Capitolio gran cantidad de gente, la impresión de ver a tan pocos protestantes no dejaba de sorprenderles.

El señor Fernández siempre entraba a la iglesia con sombrero, pero al comenzar la oración se lo quitaba y con devoción solía orar con las mismas expresiones:

- ¡Señor! Sabemos, según tu Palabra, que donde dos o tres están reunidos en tu nombre, allí estás Tú en medio de ellos. Y aunque somos pocos tu harás que esta congregación se extienda por toda la ciudad. Danos tu bendición y haz que esta grey sea prosperada para gloria tuya y el Evangelio siga vivo en esta ciudad. En tu santo nombre. Amén

La congregación creció con los años. Yo cada día tenía más disculpas para no ir a las reuniones y menos ganas aún de hacerlo.

El trabajo de mi padre era de absoluta fe en Dios porque con tantas fuerzas en contra, se esperaba el cierre y el fracaso como algo seguro. Sin embargo, la vida continuaba bajo la tímida luz de estas dos primeras lámparas de barro, alimentadas con un aceite especial. Lámparas de barro llenas del fuego de Dios para comunicar las enseñanzas propias de la Palabra de Dios y también dar calor y luz con el testimonio de su vida. Así la vida de mi padre se fue consumiendo, entre penas y alegrías, pero con un espíritu iluminado sobre aquella ciudad de Elche.

No se cómo se pueden explicar los sentimientos y las transformaciones que experimenté aquellos últimos años de la vida de mi padre. La manera de sostener mi fe y aumentar mi espiritualidad discurrían por caminos tan empedrados y rocosos que resultaba imposible mantenerse en pie. El itinerario andariego me llevaba de un lado a otro sin saber dónde apoyarme. Mi padre se entusiasmaba con cualquier idealismo o sensibilidad que tuviese entre sus ingredientes la libertad, la tolerancia, el amor a los hombres y la indagación de la verdad. Sin embargo, yo estaba hecha un ovillo en cuyo centro vibraba el desconcierto y el caos. Proclamábamos la libertad, pero estábamos atados de pies y manos por las leyes y sintiendo una desintegración interior de la razón y la pasión. Cada paso me encaminaba a la ruptura con la visión utópica de mi padre que para mí ya era una caricatura irreconocible que solo producía dolor.

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

- No podemos enfrentarnos a tanto enemigo con tan pocas fuerzas, -le confesaba a mi padre cuando llegaba casa agotado y con el rostro desencajado por tantas amenazas de muerte-
- Tienes razón. Nuestras fuerzas son pocas, pero Dios nos ayudará. Además, tenemos amigos que están de nuestra parte, -intentaba animarme con aquella voz temblorosa y ahogada de disputas que no podía transmitir serenidad-
- ¿A quién te refieres? – preguntaba. Yo sabía que los republicanos cada día estaban más politizados y con menos valores-
- Me refiero a los masones que saben trabajar en silencio y buscan a Dios de corazón, -explicaba sin convicción, pues los masones también eran perseguidos como los protestantes-
- ¿Por qué no se unen más los protestantes que cada cual está desperdigado defendiendo su pequeño territorio? -le indicaba yo, poco convencida de que las cosas de Dios se defendiesen así, uniendo fuerzas de republicanos, liberales y masones-
- Piensa que David no venció a Goliat por la fuerza de la espada, sino por la necesidad de victoria ante aquel gigante, provocador del Dios de Israel. No dudes de que habrá muchos “David” en esta España que nunca más será territorio católico romano y papista, -levantó la voz mi padre con lo de “papista”-

No deseaba quebrantar más su espíritu viendo su cuerpo desencajado, el pelo revuelto, sudoroso y hambriento. Yo seguiría

con mi desesperanza y cada día más desbordada de trabajo y responsabilidad.

Me vienen a la memoria un bello álbum de vidas que pasaron por nuestra casa, siempre solidaria de pobreza y también de afecto. De alguna manera aquellas vidas se impregnaron en las nuestras y quedaron envueltas en los pliegues de nuestra existencia de manera que la hicieron mejor. Sus acaeceres, sus muchos días teñidos de luto o alegría, su infinito dolor o gozo, todavía no ha logrado desprenderse y tampoco los hemos podido sepultar en la tierra del olvido. Pero evocar aquellos días me hace bien, aunque me duelan todavía los palos que le dieron a un colporteur que llegó a nuestra casa, medio moribundo, en una noche estrellada pero sangrienta.

- ¿Es la casa del pastor, Don Baldomero?, -preguntó un hombre con la ropa desgarrada y medio mareado, que sangraba por la nariz y se aferraba a un saco lleno de biblias-
- Si señor – le respondí yo asustada al verlo- ¿De parte de quién?
- Soy Pepe Nisbet, colporteur de la British and Foreign – respondió más aliviado, mientras seguía limpiándose la cara con un pañuelo ensangrentado-
- Pase hermano, no se quede ahí. Deje las biblias sobre el baúl y véngase a lavar, -indicó mi padre dándose cuenta de la paliza que le habían dado y habiendo escuchado desde la cocina la presentación del visitante-

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

- Gracias a Dios, por la familia de la fe que es grande y porque siempre nos manda ayuda y gracia para el oportuno socorro, -dijo el señor Pepe-
- Si hermano, después de todo está vivo y ha podido llegar hasta aquí. Ahora necesita lavarse un poco y descansar, - indicó mi padre mientras le llevaba hasta el lavabo y le daba una toalla limpia-

Pepe Nisbet salió del cuarto de baño más limpio, pero con la frente llena de moratones y doliéndose de todo el cuerpo. Le enseñaba a mi padre las rayas de los zurriagazos dados por los guardias que parecían no necesitar el hospital. Sin embargo, se habían empleado a fondo los empleados de la autoridad municipal llenándolo de garrotazos. Después de un tiempo descansando en un pequeño diván, tapado con una manta, mi padre le preguntó con curiosidad:

- ¿Quién le indicó dónde vivíamos?
- Fue una señora muy amable que conoce a su hija. Por ella sé que su hija es una modista muy reconocida, - dijo con voz atascada el señor Pepe, mientras me miraba con agradecimiento y yo se lo agradecía sin dejar de sonrojarme-

En ese momento apareció mi madre con una tisana, una especie de brebaje que contenía mandrágora y quinina. Mi madre usaba estos potingues, sacados de sus lecturas revisteras.

- ¿Esto para qué sirve? –preguntó mi padre que sospechaba que el colportor necesitaría comer algo antes que aquella pócima, pues lo habrían tenido sin comer todo el tiempo-
- Calma el dolor y remite la fiebre, -dijo mi madre angustiada pero orgullosa de sus conocimientos medicinales-

El señor Pepe Nisbet cenó muy poco y recostado sobre el viejo diván, descansó llenando el salón de silenciosa intimidad con Dios que una vez más le había librado del opresor. No le preguntamos la causa de la paliza porque era habitual que los Ayuntamientos tan marianos como el de Elche recibiera a palos a los intrépidos colportores. Al día siguiente, emprendió de nuevo su recorrido vendiendo sus biblias por los pueblos y anunciando el Evangelio de la salvación como si nada hubiese ocurrido.

El tiempo de mi padre en Elche, representa una época de senderos extraños que han quedado casi olvidados, difuminados, entre las nieblas de un mundo sellado sin querer volverlo a abrir. Ahora las saco del baúl de la memoria, de ese cajón de pedazos de vidas para entender la obra de mi padre y comprenderme a mí misma. Aquel tiempo que, como instrumento purificador, ennoblece y da perspectiva de conjunto. También en muchas ocasiones de soledad y desamparo es para mí un lugar restaurador de todos los trances amargos. Porque entonces sí que teníamos que ser rabiosamente protestantes como medio eficaz de supervivencia y de extensión del Evangelio. Los últimos años de la vida de mi padre los vivimos atacados por todas partes. Solo cuando

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

recibíamos la visita de algún hermano, en casa o en la congregación, parecía que Dios nos visitaba para fortalecernos y cobijarnos bajo sus alas con su presencia. ¡Éramos tan insignificantes! ¡Estábamos tan aislados! ¡Tan solos! Inútiles náufragos, perdidos entre la incomprensión, recibiendo golpes embate tras embate. Llenos de fe y de ideales, sí, pero inundados por un mar de problemas y confusión.

La mayoría de aquellos hombres valientes y excepcionales que conocí en aquellos días, no eran sabios ni acaudalados, sin embargo, tenían un conocimiento de la Biblia que les distinguía como expertos, sabios y maestros obedientes de los mandamientos de Dios. Muchos eran colportores o vendedores de Biblias como Nisbet. Con una cartera al hombro y una Biblia en la mano se introducían en las fiestas del pueblo, recorrían las calles llamando de puerta en puerta, entraban en los cafés y las terrazas de las tabernas ofreciendo aquella mercancía extraña para un español. Siempre dispuestos a entablar conversación y hasta disputar con el hombre más sabio; el propósito era dejar un versículo de la Biblia, que tocara el corazón del entrevistado. Estos hombres lo mismo los encontrabas en un tren de tercera, que bajando de la tartana de un arriero o cabalgando sobre un borrico hacia lugares casi desconocidos. Recorrían toda España de punta a punta, apaleados en muchas ocasiones, despreciados en todas, pero felices siempre.

Félix Vacas era uno de los colportores que pasó por nuestra casa de Elche. Con sombrero de paño negro y su barba bastante poblada parecía un hombre respetable. Venía con una maleta y un talego blanco repleto de literatura. Aunque era bizco, disimulaba bien cuando sabía que le mirabas. Había llegado en el tren. Le recuerdo contando las batallas de Dios en su vida y nosotros rodeándole sin saber que decir. ¿Qué podíamos decir ante una vida tan audaz y valerosa?

Pero Félix Vacas, sabía endulzar las historias más amargas de manera que nuestras vidas crecieran en valor ante la persecución y la barbarie. La vida nos obligaba a vivir en una clandestinidad que nos hacía invisibles, pero Félix Vacas nos elevaba sobre el candelero para ser luz y sal de la tierra. Recuerdo que comenzó a contarnos aquel ingenioso cuento, moralizante y piadoso, que se vendía a centenares. No dejaba de ser un cuento muy infantil y sentimental. Se titulaba “*El niño del bosque y su perro Piloto*” que también vendía mi padre. Yo lo leí varias veces, pero cuando lo contó Félix Vacas, era un cuento nuevo para mí. Cada poco repetía una frase del cuento:

- ¡Qué importante que los padres y las madres utilicen siempre el libro de Dios, la Biblia, para guiar a sus hijos al amor de Dios, cuando todavía son pequeños y cuando sus corazones son tiernos!

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

El cuento imitaba la historia bíblica de José vendido por sus hermanos, pero en este caso eran los hijos de un leñador que habían abandonado a su hermano Guillermo en el bosque. Sería su perrito Piloto quien lo salvaría. Aquella historia también fue la mía, solo que yo era la mayor de mis hermanos y fue la vida la que nos fue separando.

Para mis hermanos pequeños Félix Vacas era un gran contador de cuentos, pero para mí era un valiente héroe con la férrea voluntad de cambiar la suerte de la gente oprimida y pobre, llevándolos a Dios. Cuando mis hermanos se fueron a la cama nos enseñó las marcas de la paliza que le habían dado en Santa Marta en Badajoz. Fue cogido a media noche, sacado a rastras de su habitación y brutalmente maltratado por varios policías. Estos le dijeron que se marchase al siguiente pueblo que estaba a 16 kilómetros de distancia. Magullado y sangrando, tambaleándose en la noche, siguió cantando alabanzas al Señor por haberle dado el privilegio de ser digno de sufrir por amor de su Nombre. No habían andado mucho camino los guardias que, oyendo aquellos canticos, volvieron y, con mayor saña, le apalearon nuevamente. Le trasquilaron la mitad de la cabeza y de la barba, dejándole tullido y moribundo.

- Toma, -le dijeron- para que no tengas más ganas de cantar, si aún te quedan fuerzas.

Aquella noche, alrededor de una mesa camilla, con un brasero de cisco encendido, también nos contó otra experiencia más graciosa que le había sucedido en Ciudad Real.

El general Francisco Aguilera se había hecho famoso en las guerras de África en tiempos de Alfonso XIII. A la puerta del Cuartel en Ciudad Real, estaba tratando de vender ejemplares de las Sagradas Escrituras a los soldados que tomaban el sol en el periodo de descanso. De repente se oyó la voz de “a formar”. Se quedó sin auditorio y se puso a recoger su literatura. A los pocos instantes llegó el General Aguilera. Bajó de su lujoso coche, observó a la tropa y a un caballero vestido de paisano que recogía su mercancía apresuradamente. Ni siquiera le miró el Sr. Vacas, ni hizo ademán de ponerse firme, por lo que Aguilera se acercó enojado. Todos los soldados, firmes en sus puestos, barruntaban algo desagradable. El mismo Sr. Vacas murmuraba unas excusas como para salvar al sargento que le había permitido estar allí. El General le gritó:

- ¡Míreme a la cara, hombre, y póngase firme! ¿No sabe usted con quién está hablando?

- No, señor, respondió el aludido.

- Con el general Aguilera.

- Perdone usted, general, no le había reconocido vestido así de paisano.

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

De repente, le acudió al colportor una de esas ideas chispeantes, propias de su carácter andaluz y de valor cristiano. Levantando la cabeza y estirándose sobre la punta de los pies, exclamó:

- Y usted, mi general, ¿sabe con quién está hablando?

Los ojos de los oficiales chispeaban de enojo y los de la tropa de hilarante curiosidad, cuando oyeron al pobre buhonero decir:

- Con el hijo de un Rey, señor general, con un hijo de Dios. Vea cómo lo dice aquí.

Abriendo rápidamente un Nuevo Testamento le mostró Juan 1:12, iniciando una plática para evangelizarle. El General escuchó benévolutamente por unos momentos al valiente vendedor de biblias, y sonriendo entró en el cuartel.

Contaba historias Félix Vacas con tanto arte y tanto conocimiento que te hacían reír y pensar a la vez. Se grababan en nuestras mentes juveniles como medio eficaz de supervivencia. Nos hacían más sagaces, prevenidos, armados para una realidad más amplia y compleja. Este vendedor de Biblias se presentaba siempre de la misma manera ya fuera en los mercados o también, como en este caso, en los corrillos donde se hablaba de la última corrida de toros y nadie quería saber de más cosas:

- Miren señores, aquí les presento la Biblia. Es la Palabra de Dios, que tiene un mensaje para ustedes.

A la mayoría de gente no les interesaba nada de lo que dijera y menos comprar un libro religioso. Pero él insistía, hasta que uno de ellos, queriendo deshacerse de él le dijo:

- Mire, buen hombre, a mi tráigame libros que hablen de toros y verá cómo se los compro.
- Con el gracejo de siempre y basado en el conocimiento que tenía de la Biblia le leyó 2ª Timoteo 2:5 *“Y aún también el que “lidia”, no es coronado si no lidiare legítimamente”*
- Eso, eso es lo que a mí me gusta –dijo el aficionado a la “lidia” de toros-

Todos le compraron alguna porción de las Escrituras o literatura que llevaba.

Otro de los personajes singulares de los que tengo recuerdo, también de paso por nuestra casa, era un misionero escocés Roberto Simpson. Espigado, rostro rojizo y pelirrojo, recorría medio Levante a lomos de un asno. Asistía a los creyentes dispersos y hacía reuniones en sus casas. Solía viajar con un gitano, apuesto y espigado como él, pero de rostro cobrizo y pelo negro alborotado. Se llamaba Antonio Utrera que se había convertido al protestantismo en 1917. También le acompañaba su última mujer, Lina Simpson que en este día habían llegado en tren. Las otras dos mujeres de Roberto Simpson habían muerto de peste.

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

Lina era una mujer de contextura fuerte, pero de rostro angelical, que se interesaba por muchas cosas, entre ellas las escuelas para niños pobres. Había utilizado a dos mujeres, madre e hija, llamadas Francisca y Catalina para sus escuelas. La madre enseñaba a coser y las labores del hogar y Catalina iniciaba a los niños en las primeras letras. Usaba el lancasterismo como método. Los muchachos alfabetizados eran utilizados para enseñar a otros, pero siempre, a lo largo de la semana se cantaban himnos y se leían fragmentos de la Biblia.

Los Simpson fueron una bendición para medio Levante. Trabajaron en las zonas mineras atendiendo enfermos y hambrientos hasta gastarse su pequeña fortuna personal. Lucharon porque los mineros tuviesen mejores condiciones salariales y su vida mejorara. Repartieron biblias que siempre fueron un tesoro para quienes las recibieron y nunca se olvidaron de nadie. Mi padre decía que habían hecho mucho bien estos misioneros y estaban muy compenetrados.

Doña Lina nos contó lo que hacía normalmente. Realizaba curas y ponía inyecciones en su propia casa, teniendo habilitada parte de la cocina como dispensario. Asistía a los partos y conocía ciertas enfermedades, especialmente las cutáneas. Aunque tuvo dificultades con los médicos por esta actividad, no era una intrusa ya que había estudiado en La Source, Lausana, siendo practicante y comadrona titulada y solo se interesaba por los pobres, por lo que la dejaron en paz, estableciendo relaciones cordiales. El

dispensario resultó insuficiente. Curaba de día y de noche y donde quiera hubiese un enfermo necesitado de cuidados, allí estaba ella consolando. Era inconfundible con su sombrero, paso rápido y maletín en la mano, sonriente siempre y afable con todo el mundo, en especial con los ancianos y niños.

- ¿Dónde va tan apurada, doña Lina? -le preguntaban los vecinos y conocidos-
- No tengo prisa, aunque lo parezca –sonreía con malicia doña Lina levantando el dedo, parándose en seco y explicando su premura- Voy corriendo porque si alguien se muere sin conocer a Dios, debo ir rápida para curarlo y así lo busque y lo halle. Dios siempre está a la puerta y llama.

No perdía nunca la oportunidad doña Lina de llamar a los hombres al encuentro con Dios. Siempre tenía la respuesta adecuada que advirtiese a los hombres del viaje eterno.

Para ayudar a las necesidades urgentes, pagaba facturas de los enfermos o dejaba el dinero debajo de la almohada. En algún momento envió a Suiza a un muchacho enfermo de pulmón, siendo cuidado hasta su muerte. Era el panadero de doña Lina.

Como comadrona traería muchos niños al mundo, como practicante haría curas milagrosas, amortajando a los pobres con sus propias ropas, cuidando a los tísicos y con fiebres, velando día y noche en las casas de los humildes. Le ayudaba la sirvienta

MISIONEROS, PASTORES Y COLPORTORES

Estébana, persona mayor, a la que los Simpson cuidaron toda su familia y empleaban en labores filantrópicas. Cuando murió Estébana, ocuparía su lugar una joven, natural de Cuevas de Vera, llamada Paula Higuera, convertida a la fe bautista en 1919. Pescadores, jornaleros, gitanos, mendigos, delincuentes comunes, mujeres perdidas en la prostitución que siendo viejas convertían aquel lugar en lo más inmundo, para Lina eran mujeres santas. Todas las enfermedades anidaban allí y el tracoma hacía estragos. Lina Simpson los cuidaba con profunda ternura.

Lina Pasche Simpson había contactado con asociaciones británicas y suizas consiguiendo socorros. Alquiló una de las cuevas más espaciales y la habilitó como escuela y dispensario. Al principio la apedrearon y le arrojaron barro, pero pronto se abría paso con su ayuda contra el tracoma. Venidos de todas partes a cien kilómetros a la redonda, desde Murcia a Almería, hacía curas sorprendentes incluso a los desahuciados. Todo el mundo echaba mano de la mujer del pastor, sin que ella tuviera un gesto de contrariedad o desánimo. Jamás aceptó pago por sus servicios, pues ella decía que “todo lo hago por amor a Jesús” o “más gozo tiene el que da que el que recibe”. Lloraba con los que lloraban y reía con los que reían. Sin hipocresías. Siempre de corazón. Así era Lina Simpson. Yo me enteré por los periódicos de que había muerto en enero de 1929.

A veces los ángeles bajan de la fiesta del cielo sin que su resplandor desprenda un lacerante brillo. Pasan por nuestro lado,

revoloteando por nuestras cabezas y nos comunican mensajes impenetrables. A veces estos ángeles son personas reales como Lina Simpson que transitan por nuestras vidas, nos previenen e impulsan con su ejemplo. A veces, como Lina, son portadores de poder o nos enseñan el lado incomprensible de Dios. Pero siempre pasa algo, siempre estos ángeles llegan en el momento de angustia o de soledad para elevarnos del lodo de la tierra y entonces nos damos cuenta de su recado. Son mensajes de aliento para que nuestros esfuerzos cargados de rabia obtengan el reparador descanso.

CAPÍTULO, 7. DESENGAÑADO REPUBLICANO Y FIEL PASTOR.

12

A las tres de la mañana alguien golpeaba la puerta de nuestra casa haciendo un ruido estrepitoso.

- ¡Ya va! ¿Qué sucede para llamar a estas horas? –preguntaba mi padre desde su habitación despertando a todos nosotros que percibíamos la ansiedad y la angustia en la cara-
- ¡Abra! Somos la Guardia Civil.
- ¿Ha sucedido algo? –quiso sonsacar algo antes de abrir la puerta-
- ¡Abra de una vez y se lo diremos!, - contestó una voz atiplada pero imperiosa-
- ¡Buenas noches! ¡Díganme!
- Queda usted detenido.
- ¿Puedo saber de qué se me acusa?
- No pregunte nada porque no se lo diremos. Solo cumplimos órdenes, -era el repertorio de siempre que nos dejaba en la más absoluta intranquilidad-

DESENGAÑADO REPUBLICANO Y FIEL PASTOR.

El 15 de diciembre de 1930 fue encarcelado mi padre en el castillo de Altamira junto a otros once dirigentes republicanos y socialistas ilicitanos (entre ellos Julio María López Orozco, Manuel Rodríguez Martínez y Juan Hernández Rizo). Estuvo preso tres meses, hasta el 26 de marzo de 1931. Era evidente que entró en la cárcel no por ser protestante sino por republicano y masón. Las circunstancias habían agravado el clima social, que, junto a los sucesos de Jaca y la sublevación de militares republicanos, querían llevar al país a una huelga general. Tres días antes el Gobierno había detenido a los dirigentes más destacados. Sin embargo, se sabía que Alicante estaba ya paralizado. Ni taxis, ni tranvías, ni un solo carro circuló por aquellas calles. Los obreros de la construcción, de las cerámicas, los dependientes del comercio, las cigarreras de la fábrica de tabacos, los portuarios. Todos, en fin, se sumaron a la huelga. A los pocos días y por decisión del general gobernador se practicaron arrestos: dirigentes obreros y republicanos ingresaron en la prisión provincial, entre ellos mi padre. Sin embargo, en Aspe fue proclamada la República; en Callosa de Segura, Elche, Elda y Monóvar se cortaron las comunicaciones telefónicas, y en Novelda, la vía férrea. El proceso era ya irreversible. La República quedaba a tiro de piedra.

Mi padre no había perdido la dignidad por haber ido a parar tras las rejas. Mucho menos había reducido el ánimo y la esperanza. Cuando lo fuimos a ver en febrero de 1931, en el aniversario de

la República, que permitían visitas familiares, mi padre era un venerado republicano. Uno de los periódicos de la localidad escribía sorprendido: “Estos beneméritos de nuestra civilidad han dado a la estancia carcelaria el raro optimismo de una mansión agradable. Todo allí es amable; lo hacen amable los republicanos reclusos”.

“*El Luchador*”, por su parte, escribía sobre mi padre y otros correligionarios:

“Los visitantes republicanos, radicales, socialistas, rivalizan en atenciones. La cara venerable de don Baldomero López Arias, cuyo único dolor consiste en el olvido que lo tiene la Asociación de la Prensa de la que es miembro fundador (...) El rostro sereno de don Julio López Orozco sólo nos habla para estimularnos en nuestros deberes cívicos (...) Pepe Morales y González Ramos, los obreros cultos y entusiastas de toda idea generosa y libre, nos cuentan de esperanza e ilusión (...) Esplá, Alted, Alenda, García, tantos hermanos en ideales, se apretujan en el recinto del locutorio y tienen para nosotros unas frases de agradecimiento, unas palabras animosas (...) Abandonamos la cárcel, el hoy palacio de la dignidad ciudadana y tarda mucho en desaparecer el eco de aquellas voces (...)».

A mi padre le detuvieron por ser corresponsal de *El Liberal* y acudir a una manifestación como tal. La verdad es que fue una cárcel muy benigna porque, además de que el director le conocía,

DESEÑAÑO REPUBLICANO Y FIEL PASTOR.

la II República estaba próxima y pensaban que ellos eran los que iban a mandar. La comida era buena y abundante, de una casa de comidas que había al lado de la cárcel les llevaban de todo. Como se les podía visitar todos los días, teníamos a nuestra disposición el coche de Ripoll, el de Sansano y el de Brufal y fuimos varias veces a Alicante. Él sufrió mucho porque quería estar en su casa, con su familia. Se definía como hombre de hogar. En la cárcel estaba también Manuel Rodríguez Martínez, Juan Hernández Rizo, Caparrós..., gente de todas las edades, unos con cultura y otros no. A mi padre le llamaban Baldomero a secas y un día les dijo que todos tenían las mismas ideas, pero que él era “Don” Baldomero y también el “don” lo tenía allí, igual que en la calle. Mi padre no era tan arrogante y no sé por qué entonces le importó que le trataran de “Don”. Quizás por encontrarse entre gentes de pocas y malas ideas, que sabía traicionarían a la República. Nunca lo supe, pero siempre he creído que aquellos hombres, republicanos de nombre, eran unos analfabetos que se hacían pasar por anarquistas y comunistas sin saber de política.

Económicamente no lo pasamos mal durante esos tres meses porque mis hermanos trabajaban. Cuando salió de la cárcel hubo una gran alegría por parte de todos. Cuando vino la República le dieron los cargos a cuatro chiquilicuatres que no habían sufrido nada ni habían luchado por ella. Quizás esto lo vio venir mi padre y reclamó su “Don” Baldomero.

Gracias a Dios, todo tocaba a su fin. Poco a poco, saldrían de sus

celdas, hasta los últimos, los de Aspe. La monarquía se iba a pique, sin remedio. Las elecciones del doce de abril de aquel mismo año, le darían la puntilla y mi padre, ya en casa, siguió con el pastoreo de su pequeña congregación. Sin embargo, el contacto en la cárcel con algunos revolucionarios, republicanos, socialistas, masones y tanta ideología descabezada, le habían hecho un desengañado republicano.

En los tres años de vida que le quedaban no le volvimos a ver metido en ninguna reflexión política, ni siquiera para revisarla o criticarla. Fue de silencio absoluto. Como si el desencanto interior le hubiese inhabilitado para la política y el gobierno. La herencia del pasado y sus triunfos los dejaba para otros que supieran defender mejor el ideario republicano. Él había sido un pensador y constructor de la república y su fidelidad solo le obligaba ahora a mantener el pesimismo y la desilusión de tantos que le habían abandonado. Por otra parte, el abanico ideológico republicano oscilaba de un extremo a otro. Desde un anarquismo violento, casi terrorismo, como había sido la opresión y violencia al clero, hasta encontrarte con posiciones espiritualistas y pacifistas. Pero nadie tenía claro el destino del país como pueblo y habían abandonado la educación como bandera política y espiritual. ¿Cómo se iba a salvar del hambre un pueblo sin educación, sin formación y sin aprendizaje de la técnica? Había una falta de curiosidad y de auténtica cultura, que solo las clases adineradas priorizaban y los pobres despreciaban para su desgracia.

DESENGAÑADO REPUBLICANO Y FIEL PASTOR.

Cuando volví de la cárcel recuerdo haberle oído decir que el republicanismo era un triste espejismo, oasis sugestivo que se veía en la lejanía, pero que no era más que una estéril duna. Mi padre volvía desilusionado y rendido de aquellos parajes utópicos y que se parecían tanto al Evangelio. Solo que el Evangelio era algo más que ideología. Los españoles inclinados a la chabacanería, no podían sacar de la incompetencia sabiduría, ni de la confusión engendrar el orden, ni de la tristeza arrancar la alegría. Cuando hacía mi padre sus balances como republicano de primera fila observaba que faltaban muchos quilates. Seguía habiendo mentes flojas, albedrío sin tensión y mucha, mucha tristeza y acritud. Daba dolor verle desilusionado de tantas cosas y solo me tenía a mí para curarlas. Mis hermanos y mi madre andaban a lo suyo, pasando la vida desapercibidos, ignorados y con el único agobio de subsistir.

En 1932 publicó mi padre, en Alcoy, en la imprenta de Teobaldo Jordá, *El Clarín de la Justicia*. En el libro explicaba las tensiones producidas en su Escuela Moderna, tanto por la Guerra Mundial como por lo que llamaba “jesuitismo”. Hacía ya veinte años que publicó sus “*Pedazos de mi corazón: Cuentos, artículos literarios y ...*” Murió, mi padre, en Elche en agosto de 1933, desengañado con la república por la que había luchado, pero más unido al protestantismo del que había sido pastor durante los últimos trece años. En sus años como pastor escribió un diario sobre su trabajo cotidiano que conservo como un tesoro.

En sus notas vi reflejada la vocación de pastor que también tenía mi padre. El que busca la oveja perdida en medio de la noche, en la soledad del desierto, de la indiferencia, entre los riscos y entre los zarzales. Era un observador de la realidad, pero también protagonista y narrador de su tiempo. Destilaban aquellas páginas de su Diario un calor entrañable, una manifiesta ternura que yo nunca había percibido. Como si él quisiera dejar claras sus raíces hundidas en la Biblia y el amor a un Dios en el que esperaba y confiaba. Como si quisiera dejarnos el sentido último de nuestra presencia evangélica en un país lleno de idolatría, empecinado en conservar las tradiciones religiosas. Éramos una minoría en Elche. Enfrentados a una población hostil y agresiva que se dejaba seducir por una jerarquía y unos poderes dominantes que les prometían el Paraíso si se sometían, pero una vez reducidos solo encontraban jaulas de fuertes rejas.

Mi padre había intentado, como pastor, buscar su congregación entre la sociedad de su tiempo, introduciéndose en las ideologías y políticas más afines al Evangelio, equilibrando y pacificando la modernidad. Se hizo respetar entre los republicanos y masones. Predicó sus sermones en las páginas de todos los diarios y semanarios a su alcance. Mantuvo su pensamiento en los debates de sus tertulias. No fue solo un pastor de capilla y culto, sino de calle y disputa apologética.

En Elche, mi padre fue el corresponsal de “*El Liberal*” de Murcia por lo menos veinte años. También escribía en “*El Illicitano*” cuyo

DESENGAÑADO REPUBLICANO Y FIEL PASTOR.

director era Francisco Espinosa Gómez. Don Francisco era un ferviente católico y patrono del Misteri. Su semanario, que era el órgano de difusión de la Sociedad Artística Orfeón, salía los domingos y estaba especializado en literatura y música. Como también estaba abierto a todo tipo de artículos, aceptaba los artículos de mi padre que escribía con intenciones más evangelizadoras que culturales.

Creo que el más amigo de mi padre en Elche fue don Julio López Orozco. Allí conoció a este médico y masón que entraba en mi casa como si fuera la suya. A las ocho de la mañana levantaba a mi padre de la cama y se ponían a hablar de sus cosas. Cuando llegó la República, D. Julio era Republicano Radical Socialista y mi padre era seguidor de Lerroux. Don Julio fundó el Partido Republicano Radical con Joaquín Santo, que luego fue el presidente. Era médico, pero lo dejó cuando la epidemia de gripe, porque su mujer se asustó y le pidió que dejara la medicina. Le criticaron mucho por ello. Mi padre fundó también la Asociación de Prensa Illicitana y fue su presidente. Dejó la presidencia por una afonía y le sustituyó Francisco Espinosa Gómez.

Mi padre terminó también desilusionado con Lerroux. Acusaban a este de corrupción. Me decía que la culpa era del estraperlo.

- ¿Eso qué quiere decir?, -le pregunté intrigada a mi padre-
- El Straperlo es una ruleta eléctrica creada por **Strauss**, **Perel** y **Lowann**,(Stra-Per-Lo, iniciales de los tres autores). Son

- apellidos de judíos holandeses, quienes han promovido un negocio ilícito, -explicaba mi padre escondiendo una sonrisa-
- ¿Y qué tiene que ver la ruleta Straperlo si el juego es lícito?, -decía yo que algo ya sospechaba-
 - Pues que manipulaban las ruletas y estas producían pingües beneficios.
 - ¿Y por qué han involucrado a don Alejandro Lerroux?
 - Por intereses de los empresarios que han donado grandes cantidades de dinero a miembros del Gobierno a modo de sobornos y ahora han sido descubiertos en el escándalo del estraperlo.

Mi padre ahora me decía las cosas claras. Me veía el pilar de la casa y muy parecida a él. Creía que yo era una mujer diferente, porque además de ingenio tenía perseverancia para conseguir lo que quisiera. Por eso me decía:

- Margarita, Lerroux es un gran político, pero no solo hay que serlo, sino parecerlo. Ser corrupto es la peor imagen que se puede dar.

No habían pasado muchos días de esta conversación y durante la comida, vino a casa el conserje del Petit Club, que se hallaba dónde luego estuvo la Falange, diciendo que querían tomar café con él. Mi padre aceptó y después de comer se fue para allá. Le dijeron que necesitaban a un hombre de su valía, pero que tenía que cambiar la chaqueta y enterrar todas sus creencias y hacerse

DESENGAÑADO REPUBLICANO Y FIEL PASTOR.

de los suyos, a cambio, le daban un cheque en blanco en el que no había límite. Mi padre les dijo que no, que él no cambiaba sus ideales, que no se vendía por dinero ni por honores. La corrupción se había instalado rápidamente en la República, aunque hubiese muchos hombres íntegros que no doblarían la rodilla al dios dinero. Pero estos hombres del Petit Club no ocultaron que eran amigos buscando ser capitalistas en las obras públicas, el juego, el transporte, la prensa y hasta la banca. Creo que a mi padre lo necesitaban para controlar la prensa.

- Sin dinero no se puede hacer política. Queremos construir un poder económico propio y así no depender de otros empresarios españoles y extranjeros, - se justificaban ante mi padre al que querían usar como pantalla de bondad y rectitud-
- Eso suena a excusa para poder justificar actos de corrupción y convertirse en una antesala de poder, - le dijo mi padre sin miramientos-

¡Cuánto sufrí aquellos tres últimos años de la vida de mi padre, viéndole tan decepcionado de las personas a las que quería y confiaba! Era una decepción profunda y rabia hacia los hombres en general, que le dejaba heridas que nunca cicatrizaban. Era un daño difícil de restaurar especialmente entre sus amigos con intereses políticos. Había perdido su confianza porque siempre veía apoyos de grupos de altura que se movían entre las sombras. Pero volvió a creer más en su congregación, en el poder del espíritu y de la fe. Aquella sencilla “casa de Dios”, el local donde

las humildes alabanzas y peticiones de los congregados sentían a un Dios misericordioso, producía una rápida armonía cuando mi padre entraba por la puerta.

- “El que habita al abrigo de Dios morará a la sombra del Omnipotente. Diré yo al Señor: Refugio mío y fortaleza mía, mi Dios, en quien confío”, -solía citar constantemente este salmo 91 anhelando el abrigo de Dios, cansado que venía de bregar con los hombres. –

CAPÍTULO, 8. MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

13

El tórrido sol de agosto de 1933, había agotado las últimas fuerzas de mi padre enfermo y como un candidato a la muerte, su vida se dejó dormir en los brazos abiertos del Dios a quien servía. ¿Por qué me dejaba a mí, tan pronto, con todos los problemas de nuestro continuo penoso vivir? Estaba harta de vivir con miedo, con el corazón en un puño y ahora los problemas llenaban aquella casa donde yo era la mayor responsable. No se podía contar con mi madre y muy poco con mis hermanos que vivían despreocupados, ajenos e indiferentes a los problemas que nos acuciaban. Arístides era un gran apoyo, pero estaba en Cartagena, en el ejército, por lo que era más una carga que un sostén.

No tardé en olvidar a mi padre, porque me puse a coser y tuve fortuna con el taller. No guardé ningún luto porque lo primero era vivir y después llorar. En realidad, sentía la pérdida de mi padre como un valor espiritual más que afectivo y paternal. Aun siendo la niña de sus ojos, a la que malcriaba y consentía todos los caprichos posibles, mi padre vivía en su mundo de superhéroe,

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

cabecilla fuerte y guerrero. Nosotros habíamos crecido protegidos de algunos pormenores crueles de la persecución política y religiosa pero alejados también de sus ternuras y su cariño. No, no me sentía con ganas de llorar, aunque sintiese dolor. La vida me obligaba a ganarme el pan de cada día y enfrentarme a los problemas que se avistaban cercanos. Mis hermanos no tardarían en marcharse y yo tendría que cuidar de mi madre cada día más desequilibrada y del hermano pequeño, como así sucedió.

Antes de la muerte de mi padre, cosía bastante para el vecindario, pero no profesionalmente. Se fue corriendo la voz entre las amistades de Elche y pronto creció mi taller. Además de mi vieja máquina, teníamos en el taller una máquina de coser Singer y pronto compré una Gardini, con el tablero más ancho para los vestidos de novia. Si me pedían el corpiño bordado para el traje de novia, se lo encargaba a mi tía Conchita. Si el vestido era de seda con dibujos de inspiración india e incrustaciones metálicas o de pedrería yo le mandaba, por correo o tren, el diseño y la tela cortada para que mi tía lo rematase. Ella siempre hacía unos trabajos primorosos. Creo recordar que he hecho las principales bodas, los principales juegos florales, las principales puestas de largo. Está feo que lo diga, pero soy muy conocida. A mis veintidós años ya tenía chicas cosiendo para mí, viajantes de telas, de maquinaria, de instrumental... un ir y venir de gentes que me admiraban por mi juventud. A Josefina, una de mis costureras, le gustaba un viajante que luego se casaría con él.

- Mira, Josefina, que este no deja de hacerte ojitos y yo no quiero perderte; que cosas muy bien, -le provocaba yo para ver que decía y sonreíamos todos-
- Es guapo, pero yo soy muy joven para casarme, -sonreía acalorada de rubor-
- Pues ten cuidado, porque el amor no tiene edad y puede sorprenderte, -le decía Lucía, la pantalonera que sabía bien el sentido de las miradas del amor-

No tardó mucho tiempo en casarse, porque quedó embarazada. Yo le mandaba a casa algunas prendas para rematar y planchar, pero cuando nació Rafaelín no se sintió con ganas de seguir. Éramos como una familia, una empresa que solo quería sacar el negocio adelante. Mujeres de diversas edades y con vivencias desiguales que habíamos creado un ambiente ilusionado y agradable en nuestro taller. Todo lo que tengo me lo he ganado yo, mi padre sólo me ha dejado un buen nombre y con el nombre no se come.

Ni siquiera yo entiendo la rapidez con la que se conoció mi taller de corte y confección que rotulé “Margaret Confecciones”. Me había dado a conocer en ambientes republicanos y también a mis amigas de la Unión Patriótica, pero recibí encargos de todos los lados. Había aprendido de mi tía Conchita el saber cobrar los trabajos bien hechos y eso me dio prestigio y poder elegir una clientela selecta. En dos meses de abierto el taller, tuve que buscar dos costureras más, porque me llené de encargos. Ganaba dinero

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

para que mis hermanos no tuvieran que estar preocupados por la venta y las representaciones de varias casas comerciales que les había dejado mi padre. El dinero lo guardaba mi madre en un doble fondo del armario porque le daba tranquilidad y no deliraba tanto. A mis hermanos ya no le pedía el sueldo. Decía que ahorrasen para casarse y formar un hogar. Mi madre parecía estar mejor de salud cada día, como si sus miedos hubiesen desaparecido. Sin embargo, yo sentía una pesada soledad en medio de tanta gente.

- Doctor, recéteme algo contra la soledad, -le indicaba con cara seria a Pepito Pomares cuando pasaba a ver a mi madre-
- Tú lo que necesitas es un novio, como yo, que te de hijos y mucho cariño, - me descubría la maldad-
- ¿Para qué quiero yo un novio, Pepito, con el panorama que tengo en casa? ¿Para cuidarle a él también?
- No sé si lo sabes, pero los humanos necesitamos pertenecer a algo o a alguien. Somos un colectivo social y no se vive mejor siendo una gran personalidad aislada, sino que lo importante es pertenecer. No dejamos de ser una manada, una masa, una sociedad, -intentaba convencerme-
- Yo tengo muchos amigos y amistades, pero a veces me gustaría tomar una pastilla contra la soledad; -insistía yo con mi amigo el doctor, en esos momentos en que aparece la depresión y la ansiedad-
- Veo mucha gente como tu diariamente, que lo tienen todo,

pero les falta algo. Sus relaciones sociales no le satisfacen porque no pertenecen ni se identifican con ninguno. ¡Estas malditas guerras y revoluciones nos hacen meternos en los refugios del alma y nos dejan aislados, sin poder avanzar social y espiritualmente!

Después de aquella conversación con Pepito Pomares, me acostumbré a alternar los domingos con nuevas amistades y las de siempre, pero de quienes apenas sabía su vida. Me consideraban una institución y me contaban cosas íntimas que yo nunca me hubiese imaginado. No sabía entonces nada sobre las enfermedades venéreas. Me confesaban que mujeres y hombres las transmitían al tener relaciones sexuales. No sospechaba del asco que sentían algunas mujeres al hacer el amor con sus esposos. Me contaban de sus sufrimientos cuando abortaban a causa de infecciones o por trabajos brutales en una casa llena de hijos. Me hablaban de amantes y venganzas. Algunas por simple curiosidad y deseo de experimentar cosas nuevas, estaban llenas de rondadores pretendientes. Otras buscaban oportunidad para una venganza que le hiciese olvidar la infidelidad del marido. No sospechaba que se desgastaban matrimonios estables, ni que se pudiera sucumbir al encanto de un nuevo amor, con unos hijos tras de ti. Creo que desde entonces me acostumbré a vivir despreocupada del amor y vivir entre el olor de tela planchada, los hilos, las tizas y las tijeras. ¿Era tan atroz y extraño el amor? No volvería a pedir pastillas para la soledad a Pepito Pomares.

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

Si, puedo decir que los años anteriores a la Guerra Civil, fueron muy buenos para mi profesionalmente. De simple modistilla me había convertido en la dueña de un dinámico taller. Estaba instalado en la planta baja de mi casa, con un amplio escaparate donde lucía los vestidos de novia y los coloridos diseños de las puestas de largo. Había domesticado y pulido mis ideales de izquierdas y me codeaba con las derechas. En pocos meses logré enfrentarme a las tormentas de la vida y saber esperar el sol de la mañana siguiente, aunque fuese en soledad. La presencia de mi padre se echaba en falta, pero también añoraba muchas cosas. Una de ellas era el piano, del que me había separado la necesidad. Resonaban frescas aquellas primeras interpretaciones de la “Para Elisa” de Beethoven o los “Preludios” de Chopin. No tardaría en comprar un piano que desde entonces me hizo mucha compañía.

Era paradójico que, habiendo dejado de ser una humilde costurera para convertirme en casi una institución de la moda, no sintiera que aquello era mi pasión y mi sueño. En el fondo no era capaz de ser varias mujeres a la vez y distintas entre sí. No dejaba de ser una librepensadora, republicana y protestante, algo decepcionada y desencantada. Otras mujeres si podían cambiar. Eran supervivientes de todos los enredos y escenarios. Amas de casa por la mañana, del Circulo de Caridad por la tarde y por la noche felices amantes. Paralelamente se convertían en mujeres distintas en cada momento, unas veces “santas” y otras “fáciles”, “bobas” y “vírgenes”, “normales”, “arpías”, “listas” “interesadas” ...

¿Dónde encajaba yo? Me faltó tiempo para saberlo.

Mis hermanos, al poco tiempo de la muerte de mi padre, se fueron a Cartagena con mi hermano Arístides que estaba en el Ejército. Un misionero que trabajaba como capellán de la Compañía Minera inglesa los metió en sus escuelas y al mayor le ofreció trabajo para poder vivir sin pasar hambre cuando acabara en el Ejército. Yo me quedé al cuidado de mi madre y mi hermano Daniel. El trabajo no faltó y tampoco el dinero. Sin darme cuenta era una persona, sofisticada, elegante y respetada, aunque esa no fuese yo totalmente. Otra parte de mí, tendría que descubrirla más tarde, porque las preocupaciones no tardaron en llamar a la puerta. Franco había comenzado la Guerra Civil y todos estaban movilizados, inquietos y temerosos. Si triunfaba Franco los de izquierdas teníamos las cosas mal, porque desde el primer día ya se hablaba de detenciones, linchamientos, paredones y paseos nocturnos. El rugir de los aviones durante la noche, llenaba de terror el silencio de nuestra casa y poco a poco enloquecía mi madre.

La guerra Civil franquista la pasamos en Elche y cada año fue peor. El último año fue fatal pues faltaba de todo y el dinero no valía. Solo podíamos hacer trueques. Tú me llenas la aceitera y yo te hago un vestido y cosas parecidas. Mi madre estaba enferma de los nervios y la visitaba un médico especialista de Alicante, pero entonces los trenes dejaron de funcionar. Sólo eran usados por los del ejército, así que a Alicante no se podía ir en tren y los

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

constantemente bombardeos inmovilizaban la ciudad. Nos dijeron que el médico también había huido, así que se quedó sin médico y sin medicamentos. Los médicos de Elche no entendían aquella enfermedad de mi madre. Por eso mis hermanos que estaban en Cartagena me convencieron de que ellos conseguirían los medicamentos y que yo me fuera a Cartagena a retirarlos. Arístides me indicó que me camuflaría y no correría peligro, porque Cartagena era todavía republicana. Fue esta ciudad la que primero frenó el avance franquista, estuvo pendiente de los envíos de tropas a los frentes y de los avatares de la Flota.

La escasez de alimentos no pilló desprevenida a Cartagena, que desde el principio se procuró víveres dispuesta a resistir. Eran habituales las largas colas, excursiones a los campos y a los depósitos de los acaparadores, que eran buscados y perseguidos. Cartagena estaba dispuesta a resistir, pero el clima social cada día se enrarecía más. Aparecían delatores y comenzaron a registrar las casas. Los tribunales populares instruían procesos rápidos y luego venían las represalias, las venganzas, los “paseos” donde terminabas muerto en una zanja. La ciudad estaba conmocionada, con los asaltos a los templos, los linchamientos de los sublevados en los barcos y los encerrados en “la grillera” del arsenal.

Mi hermano Arístides nos mandaba noticias de todo y entre ellas que habían matado a “El Chipé”, un delincuente famoso en Cartagena. Todos decían que era un hombre sin escrúpulos y con un largo historial delictivo. Decían que había sido traidor a la

República y le pegaron un tiro en la cabeza para que el pueblo no lo linchase.

Nos contaba también de los castigos que sufrió la ciudad con los bombardeos, convirtiendo la ciudad en un inmenso campo de ruinas. Algunos huyeron a los campos y construyeron refugios en las faldas de los montes y en el subsuelo. No sé por qué me dejé convencer por mi hermano Arístides para que fuese a Cartagena por las medicinas de mi madre. Quizás porque estaban allí mis tres hermanos y tenía muchas ganas de verlos.

Mi madre se quedó con mi hermano Daniel de diez años y la ayuda de la portera. Así lo hice y cuando llegué a Cartagena empezaron de nuevo los bombardeos porque Franco quería tomar la ciudad. Aquel horror duró tres días. Estuve en un refugio con una mujer que mi hermano protegía porque habían matado a su marido que era guardia civil. Como no tocaban las sirenas cuando bombardeaban, no sabíamos si las bombas eran de Franco o de Negrín. A los cuatro días me llevaron a mi casa de Elche unos hombres que no hablaron en todo el camino. Cuando me vio la portera me dijo que había ocurrido un pequeño accidente.

- ¿Qué me quieres decir?,- pregunté asustada-
- Espero que no te sobresaltes, pero pudo haber sido grave.
- No me tengas en ascuas, dímelo y ya veré yo si me tengo que preocupar o no.
- Se trata de tu madre.

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

- Lo suponía. ¿Qué hizo esta vez?
- Cuando vio pasar los carros de combate y los cañones que iban a tomar Cartagena se volvió loca.
- Pero ¿por qué? Yo le había dicho que estaríamos protegidos por Arístides.
- Ella pensó que iba a perder a sus tres hijos incorporados a filas en Cartagena y a ti también.
- Dímelo todo de una vez, no te angusties que sabré entenderlo.
- Se bebió una botella de alcohol y se prendió fuego con una cerilla. Llamamos a Pepito Pomares, que sabíamos era amigo de la familia y le dio unos calmantes.

Ese era el cuadro que me encontré en Elche después de los bombardeos en Cartagena. Mi madre superó el bache, pero la cabeza fue de mal en peor. Intentó quitarse la vida dos veces, pero como yo estaba consagrada a ella, no lo consiguió. Para ello tuve que dejar de trabajar e incluso, dormía con ella, teniendo que escuchar sus constantes desvaríos.

¿Quién puede entender lo sacrificado que fue ese tiempo para mí? Dejé mi trabajo en manos de las costureras y cada día la Guerra de Franco nos fue dejando sin clientas. La habitación de mi madre daba a un patio interior, sin luz del sol y llena de ruidos de carros y perros ladrando. Por aquel patio maloliente y lleno de mugre, se oía también el respingar de sus sucias tuberías desencajadas, pero terminé cogiéndole cariño. Cerraba la ventana para no oír

voces, ni el menor ruido, aunque fuese la caída de una pinza de madera, ni siquiera el murmullo de los desagües, para que no molestase a mi madre. La noche siempre era una sorpresa porque podía ser tranquila o llena de gritos de angustia y miradas de desesperación. Cuando la aurora nacía más allá del cristal de la carcomida ventana, volvían otras sombras, otros perfiles de seres infrecuentes que como telas de araña se pegaban al rostro de mi madre que los sacudía hasta que huían. Cada día podía ver en mi madre que sus huesos y su carne maltratada aflojaban sus fuerzas y agotada descansaba más profundamente. Noches enteras hablé con ella hasta que amanecía, contando nuestras aventuras de las mil y una desgracias, sintiéndola cerca, palpando sus manos y aquel cuerpo cada día tan ligero y enjuto. Nadie puede imaginar, la soledad y el vacío de la alcoba, cuando aquel cuerpo y aquel ser que había tenido alma y espíritu parecía sin él. Era como un nardo sin olor, sal sin sabor, cáscara sin fruto.

Durante quince años cuidé a mi madre. En medio de su locura, de las distorsiones de su pensamiento, fui descubriendo lo que sentía mi madre. Siempre pensé que solo era ama de casa y que su personalidad siempre había sido rebajada por la de mi padre. Sin embargo, comprendí que amaba a mi padre y más aún a sus hijos. El deterioro de su mente no nublaba los nombres y el sentimiento por cada uno de los suyos. Podía tener ideas delirantes y extravagantes, pero nunca alteraba la percepción de su familia. La familia seguía siendo su refugio en medio de los delirios.

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

No solo los bombardeos le alteraban, también cualquier ruido le hacía sentirse controlada por fuerzas extrañas. Oía fragancias extrañas de almendra o aceituna cuando freía pescado. Escuchaba voces y hablaba con ellas como si fuesen reales. Veía entrar y salir a mi padre como si no hubiese muerto y entonces descansaba un buen rato. Cuando le faltaron los medicamentos, resultaba peligrosa por su agresividad, aislándose cada día más y obligándome a estar más pendiente de ella.

Mi madre, Trinidad, terminó siendo la loca del barrio, viviendo prisionera entre sombras apocalípticas, viendo escribir en la pared letras extrañas, deambulando de un pensamiento a otro, naufragando en el insomnio de las noches de luna.

- Mira Margarita, estoy trastornada por amor. Siempre amé a tu padre y no sé por qué no viene a casa, -decía torpemente mi madre cuando estaba más calmada-
- ¿Qué me quieres decir madre?, -le preguntaba al principio para entablar conversación-
- Estoy harta del partido conservador, ¡Viva Lerroux! ¿Cómo estás gatito? – se distraía con el gato y ya no volvía a la misma conversación-
- ¿Vas a entrar en política? –intentaba reconducirla al primer pensamiento-
- Como salga el ratón, lo comerá el gato, -me miraba con aquellos fríos ojos sin pestañear-

Era estremecedora aquella mirada que parecía traspasar las paredes y viajar a lugares remotos. Sentías un escalofrío cuando aquellos ojos distorsionados quedaban fijos durante horas en un lugar de la habitación. Durante el día le tocaba algunas melodías que sabía eran de su gusto, pero ella decía que salían de la caja de música que le había regalado mi padre.

Decía que su hermana Conchita estaba en casa para pegarle como cuando eran pequeñas, pero otras veces con un suave tono de voz le decía:

- Conchita, eres mi mejor hermana. Me vienes a ver y tengo que regalarte el gato. Es muy bueno y ronronea todo el día, – parecía, la tía y el gato su única compañía-

Aquellos pensamientos dispersos y aquellos ojos que nunca dormían, dejaron de preocuparme, porque ya no podía ni sabía centrarlos. Las lágrimas que derramé durante un tiempo se fueron secando y los disparates y los gritos de angustia que a veces emitía se hicieron familiares. Aquellos quince años de locura de mi madre se hicieron interminables y perversos. Ver aquel sufrimiento, aquel infierno llameante de delirios, aquella mente anestesiada unas veces y perseguida otras, no parecía la persona que había querido tanto. ¿Qué sentiría su alma, su espíritu, cuando su mente estaba tan desorientada y su cuerpo tan inmovilizado? ¿Qué relación podía tener mi madre con Dios? ¿Le había abandonado? ¿Acaso todos los problemas eran el choque de dos

MI TALLER DE COSTURA, LA GUERRA CIVIL Y MI MADRE LOCA

espiritualidades la católica y la protestante? ¿Habría edificado una barrera que les separase y ya no podía derribarla? ¿Se habría quedado aislada y sin luz interior? ¿Era una enfermedad del alma? Yo no era siquiatra, pero mi padre hablaba mucho de Paul Tournier, un doctor de Ginebra que decía que toda la persona, lo material y lo espiritual, formaban un todo. Si te duele algo es posible que tu alma sufra. Quita el dolor del alma y no tendrás enfermedad en el cuerpo.

Día tras día fui viendo a mi madre convertirse en una mujer enjuta y agitada. Su rostro redondo y mofletudo, era más estrecho y triangular con fuertes prominencias óseas. Sus manos atormentadas y huesudas se alargaban y temblaban más cada día. Los sicólogos que escribían en las revistas decían que eran conflictos a nivel inconsciente que no supo resolver en su vida. Mi madre había vivido entre dos mundos, con exigencias sociales distintas y eso parecía haberle trastornado. ¿Quién podría sacar a la luz el interior de aquella alma angustiada? Yo dejé para siempre de luchar con aquella mente. Solo cuando se va cargando el muerto, se sabe lo que pesa y durante quince años pude apreciar que era una enfermedad cruel. Con el paso de los años me he dado cuenta que hice bien en no ingresar a mi madre en un manicomio, como los médicos me aconsejaban. Aunque mis hermanos no se preocuparon de ella, al menos cada día me tenía a mí para darle cariño y ternura.

CAPÍTULO, 9. EL EXILIO EN ORÁN Y EL BARCO STANBROOK

A mi hermano Arístides le halló el fin de la Guerra en nuestra casa de Elche. Los bombardeos habían destruido Cartagena y se había venido para casa. Estaba desorientado, agitado, irritable y dormía todo el día entre sobresaltos de angustia y espanto. Cuando Franco dio por la radio el parte de fin de la Guerra, levanté a mi hermano de la cama para decírselo. Era un parte muy corto que salió en todos los diarios del día siguiente.

- "En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. BURGOS, 1º de abril de 1939, Año de la Victoria. El Generalísimo, FRANCO".

Enseguida Arístides se fue a hablar con don Julio López Orozco y este le dijo que él no tenía de qué preocuparse ya que no había hecho nada. Sin embargo, estaba seguro que todos los que olieran

EL EXILIO EN ORÁN Y EL BARCO STANBROOK

a izquierdas, los llamados “víctimas del marxismo”, como mínimo irían a la cárcel. Arístides decidió quitarse de en medio. Le preparé una maletita y se fue a Alicante. Sin billete y sin documentación válida, pudo subir a un barco en el último momento y, gracias a un cable que le tiraron, embarcó para Argelia.

Arístides López Pérez era uno de los 2200 pasajeros exiliados, amontonados como ganado, que el vapor Stanbrook transportaba al Norte de África. Era el pasajero 1403. Con 26 años y de profesión “Contable”, el exilio sería tan terrible como la cárcel y las torturas franquistas. Cuando llegaron a Orán les metieron en un campo de concentración y allí estuvo dos o tres años; los franceses se portaron muy mal. Me decía que allí había médicos y catedráticos empujando carretillas de piedra para hacerle las carreteras a los franceses. Los que tenían familia, los sacaban de allí. El franquismo había nacido en la guerra y había crecido en la victoria y mi hermano decía: “Nosotros, los vencidos, nacimos con la esperanza de la República, crecimos en la guerra y maduramos en el exilio”.

El exilio hizo algo más que madurar la vida de mi hermano. Representó la desgracia y la esclavitud durante la estancia de tres años en los Campos de Trabajo. Aunque aquello fue algo generalizado entonces en el mundo entero, mi hermano escribía que “en diferentes facetas y con mayor o menor gravedad, nos han hecho descender, a quienes lo sufrimos, a una “animalidad

antigua” que ya los hombres habían casi olvidado. “Privados no sólo de libertad, -escribía- sino también escarbando en las fibras más íntimas, para resucitar, entre nosotros, instintos de la época de las cavernas. Cuando fuimos liberados, tardamos mucho en salir del bache, hasta que llegué a América. Recobrado mi estado anímico de persona civilizada, me vino la idea de ponerme a “contar para alguien, algún desconocido”, esa aventura, pensando merecía la pena que pudiese conocerse con un cierto detalle, antes que los forzados protagonistas desapareciésemos”.

Arístides, tenía la vena de escritor de mi padre y decidió narrar algunas de las cosas allí vividas, especialmente en Orán. No quería borrar la memoria con el tiempo y el olvido. Quería que aquello parecido a una vida, cuando estuvo aislado, sin afectos, lejos del mundo civilizado, sin sostén que transmitiese aliento a su existencia, pudiese quedar sin una reflexión. Una reflexión, que, llevando la derrota a cuestras por amar a España, de otra manera dejase algún rayo de esperanza, aunque fuese lejana.

Contaba mi hermano que los prisioneros comunes, tenían días y horas de visita. A nosotros –decía- solo nos quedaba la contemplación desde los marabouts, a través de las alambradas, de esa naturaleza desértica, típica del Norte de África. Las dunas despeinadas por el viento y el feroz sol, aplastándote, eran el único atractivo de aquel desolado paraje.

Cuando leí por primera vez sus cartas, cada palabra destilaba el

EL EXILIO EN ORÁN Y EL BARCO STANBROOK

dolor desolador de unas personas que sobrevivieron milagrosamente. Se notaba la vital necesidad de relatar, de exteriorizar y de desahogarse de unos hombres que pagaron con su juventud, con su salud y otros más con sus propias vidas, los caprichos de un cruel destino.

Mi hermano creía que la Guerra fratricida había sido un escenario trágico por luchar con ideologías fanatizadas, pero el exilio rebajó a puro instinto animal las creencias de los hombres. Cuando contempló la avalancha humana de refugiados en el puerto de Alicante, con el Stranbrook atestado hasta la bandera de hombres heridos y maltratados por la guerra, invadidos por el miedo y la desesperanza, creyó ver un infierno de condenados. Aquello era un hormiguero humano de republicanos idealistas desavenidos que bajaban a un mundo extraño de desheredados y repudiados.

El Stranbrook, fue el primer refugio para estos españoles e inicio de su largo y amargo exilio. Y es que el exilio o mejor el exiliado es un huésped indeseable en todas partes. El “sin patria” tiene que buscar perdones y hacerse perdonar bajando la cabeza y exhibiendo su servidumbre en cada esquina. A bordo del Stambrook se mezclaban la alegría de haber podido escapar a tiempo y la agonía de ver a los suyos atrapados en el puerto. El Strabrook era un buque carguero construido en 1909 bajo pabellón inglés. Formaba parte de los tres vapores destinados a la evacuación organizada por la Federación Provisional Socialista. Conseguir un sitio a bordo no era tarea fácil porque los refugiados

tenían que cumplir algunas condiciones.

En el puerto de Alicante para poder embarcar cada persona tenía que estar en posesión de un pasaporte y dos duros como si fuera un recorrido turístico y no una evacuación. Mi hermano iría sin pasaporte. El Stanbrook tenía capacidad de transportar a unas cincuenta personas y se hizo a la mar con más de dos mil seiscientas personas. Su capitán no pudo dar la orden de partida dejando atrás a los miles de civiles abandonados a su suerte en el puerto. Las condiciones de higiene eran deplorables con solo un retrete para toda la masa evacuada. En tales circunstancias algunos defecaban sobre el puente y otros por encima de la borda, amarrándose a las barandillas. También el Stanbrook transportaba 398 mujeres y 200 niños para quienes el trayecto fue un calvario.

Escribía mi hermano en una carta que releí cientos de veces: “Amanecemos en el puerto de Orán, y atracamos en el muelle de Ravin Blanc. Un poco más allá había dos barcos también llenos de españoles, uno era el Africain Trader y otro cuyo nombre no recuerdo. Y empezó el exilio. No teníamos ni comida, ni agua, ni posibilidades de salir. Los gendarmes guardaban las escalas; otros barcos con gendarmes o policías patrullaban alrededor del barco por mar. Allí recibí mi primera lección de francés vivido con el clásico “allez, allez...y merde alors”.

A lo largo del Boulevard Front de Mer, una avalancha humana, como hormigas en hilera, contemplaba el barco fantasma que

EL EXILIO EN ORÁN Y EL BARCO STANBROOK

visto desde tierra también semejaba un horrible buque de juguete sumergido bajo oleadas de hormigas.

En el barco los pasajeros comenzaban a componerse un poco para el desembarco en la tierra Prometida, sin saber del amargo tránsito del desierto que les esperaba. Llegaban a Argelia en el momento que Franco celebraba la victoria. Tampoco Francia estaba preparada para acoger tantos refugiados y por eso los mantuvieron a bordo de sus barcos por mucho tiempo. En unas condiciones sanitarias infrahumanas, la falta de recursos justificó los terribles barracones y los malos tratos que recibieron. Nada tenía que ver con la riqueza o pobreza del país, era su forma de mirarnos -decía mi hermano-.

- “Se nos mira como indeseables incluso para la iglesia católica, para quien éramos unos rojos españoles, incendiarios de templos y violadores de monjas”.

A bordo había mujeres, niños, ancianos y heridos. No tenían la menor idea del chantaje y negociaciones entre franceses y franquistas. Franco les reclamaba y Francia estaba negociando el asunto sin tomar en consideración la situación de las víctimas que escaparon de la venganza franquista para vivir una muerte lenta en sus territorios. Gracias a los telegramas del capitán recibieron una orden de desembarque de las mujeres, niños y enfermos y a dar comida a los que se quedaban a bordo.

Escribía mi hermano Aristides: “El sentido de lo limpio o de lo

sucio desapareció entre nosotros, volvíamos a la más pura animalidad...pasaban los días y no nos lavábamos, ni podíamos hacerlo, la barba larga y grasosa, estábamos desconocidos hasta para los amigos...Éramos bandidos, fieras, asesinos, despiadados criminales al margen de toda la sociedad...A las mujeres las humillaban el primer día desnudándolas frente a hombres, a nosotros nos imponían la presencia de mujeres porque, además del sargento, otras enfermeras iban y venían sin ocuparse de nuestra desnudez. Después nos entregaban toallas pantalones y calzoncillos”

El Stanbrook fue torpedeado por el submarino alemán U57 el 19 de noviembre de 1939 entre Amberes e Inglaterra. Cuando los detenidos y refugiados en los distintos campos de concentración se enteraron de la noticia de su hundimiento, observaron un minuto de silencio. Era opinión de todos que ese barco se lo merecía. Reflejaba su hundimiento la tragedia de una historia hundida con él y que pocos han sabido contar.

Las autoridades en Orán, donde llegaban la mayoría de estas embarcaciones, no facilitaron la acogida de los españoles. Incluso la prensa colonialista organizó una campaña contra “los criminales rojos”. Un peligro antifascista que podría influir en la población argelina sobre todo en Orán donde la mayoría de los habitantes era de origen español. Numerosas medidas fueron aplicadas por el gobierno galo con el fin de alejar el gran número posible de refugiados de sus territorios tal como la repatriación.

EL EXILIO EN ORÁN Y EL BARCO STANBROOK

Más de medio millón de hombres, mujeres y niños, llegaban a las puertas del mundo a pedir asilo para salvar su vida y su libertad. Ante la insoportable presión sobre los refugiados, muchos se dejaron llevar por la “generosidad fascista”, pero en seguida sufrieron peor destino que los que optaron por el amargo exilio. En junio de 1941 en un documento “Tres Urgent” , el Admiral Darlan, informaba a su Ministerio del Interior.

- El embajador de España, en nombre de su Gobierno consiente en evacuar a los refugiados españoles no culpables de delitos comunes, -dijo Darlan que entonces dirigía el Gobierno francés-
- Parece una buena medida para Francia que se verá libre de algunas bocas que alimentar, -indicó sin entusiasmo el ministro del Interior-
- No dejará de ser la solución a tantas conversaciones tenidas con el Gobierno de Madrid sobre el problema de los refugiados –aclaró Darlan-
- Francia no tendrá problemas en mandar los que sean necesarios ya que no los reconoció como exiliados sino como asilados políticos, -añadió el astuto ministro-
- Sin embargo, aunque no tengamos tanto desorden causado en el país por los refugiados españoles, se notará el trabajo a precios bajos en las carreteras y obras en la nación que ellos nos proporcionaban, - sopesó Darlan que sabía del trabajo que realizaban los exiliados en las canteras-

Me podía imaginar la confusión de los refugiados ante la gran contradicción de las medidas francesas que fomentaban por un lado la repatriación y por otro facilitaban su integración en la sociedad laboral. Una situación que daba a entender que los supervivientes de la tragedia española se perdieron en los meandros de la legislación e intereses franceses.

A pesar del éxito alcanzado con la estrategia de “los repatriados voluntarios” resultaba insuficiente para liberarse de tal avalancha humana. El prefecto de los Pirineos Orientales intentó organizar la situación de los refugiados. Así los indocumentados fueron trasladados a Argelés y los militares a Bacaes. Las mismas normas eran vigentes en Argelia donde los refugiados fueron clasificados por sexo, por edad y por nivel de instrucción. La decepción de los vencidos era indescriptible, pues pensaban que se les recibiría como héroes por haber afrontado valientemente al fascismo. La realidad es que fueron clasificados según los criterios policiales en espera de su repatriación o internamiento, como vulgares delincuentes.

Además, el asunto de los refugiados fue encargado al ministro de Interior, Albert Sarrut, para quien los españoles eran “una manada de bandidos y criminales y como tales debían ser tratados. Escribía mi hermano:

- “Al llegar sin poder salir, estábamos sometidos a unas renunciaciones

EL EXILIO EN ORÁN Y EL BARCO STANBROOK

alimenticias e inhumanas humillaciones impuestas por un país que se llamaba democrático. Nos daban un kilo de pan para más de una docena de refugiados y un solo retrete para los 3000 pasajeros. Eso era esperar la muerte.”

Hasta el auxilio fue prohibido por las autoridades francesas dejando a más de dos mil quinientas personas que se encontraban en el Stanbrook sin alimentos, sin agua potable y sin asistencia médica durante cuarenta días. “Las autoridades francesas, pese a los emblemas de la República, -escribía mi hermano- no se portaron bien con nosotros. A parte de privarnos de alimentos impedían por la fuerza que nos los ofrecieran los muchos oraneses y oranesas que en barquichuelas intentaban acercarse a la barriga de los barcos para lanzarnos bolsas solidarias de comida, fruta o tabaco”. Los herederos históricos de la gran revolución francesa no iban ciertamente a facilitar el que los republicanos españoles engordáramos unos kilillos”. Toda aquella política de hambre, miseria y tortura –decía mi hermano- “no tenía otra finalidad que inducirnos a regresar, una tentación que llevó a muchos a la Legión Francesa o a la repatriación”. Las medidas aplicadas con los refugiados no eran nada más que un círculo vicioso cuyo objetivo fue, conseguir el internamiento o repatriación de los españoles.

Allí en Orán se encontró, mi hermano Arístides, con un alumno de mi padre que lo quería mucho y lo pudo sacar; se puso a trabajar, pero su ilusión era irse a Méjico. Pidieron informes a la

policía de aquí y dijeron que era republicano, pero que no estaba manchado de sangre ni había participado en ninguna revuelta, así que le hicieron el pasaporte y se fue a Méjico. Allí se casó con otra exiliada y ha tenido dos hijos. Unas lumbreras. Han salido a nosotros.

CAPÍTULO, 10 LA MUERTE DE MI MADRE

15

Cuando murió mi madre, Trinidad, que era católica a su manera, avisamos al cura para hacer su entierro. No tuvo inconveniente este sacerdote en hacer un funeral digno, aunque sabía que estaba casada por lo civil. Le rezó un responso y fue cantando hasta el cementerio un “dies irae” desganado pero muy profesional. Yo conocía el réquiem de Mozart, donde el dies irae “el día de la ira” hablaba de aquel momento en que los siglos se reducían a cenizas y la trompeta, esparciendo un sonido admirable por los sepulcros de todos los reinos, reunirá a todos ante el trono de Dios. Era estremecedora la tristeza de aquel canto gregoriano que semejaba a un llanto profundo y doloroso.

La familia de mi madre, socialmente siempre de derechas, tampoco era muy practicante. Iban a misa de Pascuas a Ramos esperando que les viesen. Asistían también a algún entierro de mucho compromiso. Al sepelio de mi madre vinieron algunos familiares de Alicante y mi tía Conchita también. Este cura, era

LA MUERTE DE MI MADRE

un buen hombre. No mandó fusilar a nadie después de la Guerra Civil y todos tenían cabida en su iglesia, aunque fuesen de izquierdas. Quería recristianizar la zona de manera voluntaria, sin forzar a nadie. Por nuestras conversaciones pude deducir que tenía una creencia evangélica y misericordiosa, buscando el bien de todo el ser humano. Parecía haberse impregnado de la esencia cristiana del amor a los demás, buscando el progreso social y el desarrollo del pensamiento. El aire de pistoleros de muchos sacerdotes tras los primeros días de la postguerra, era ajeno a su persona, que, según decían algunos, había ayudado a mucha gente.

Me pareció una persona en quien confiar y cuando un día me preguntó si tenía partida de bautismo, pude decirle sin miedo que estaba bautizada como evangélica bautista o si prefería simplemente creyente protestante. Creo que él ya sabía esto, porque yo no había pisado nunca su iglesia. Se sorprendió exageradamente, pero reaccionó con comprensión o disimuló ante la situación que adivinaba compleja.

- Sabes que estás en peligro ante algunos cretinos y matones, si no tienes partida de bautismo de la iglesia ¿verdad?, - declaraba don Estanislao, con cierto sonrojo ante el chantaje emocional que sabía me estaba haciendo-
- Sé que ha habido muchas venganzas y muchos han muerto por ser republicanos o masones, -le comentaba yo saliendo del paso del problema-

- ¿Tus hermanos están bautizados?, -no tardó en preguntarme el cura-
- Fuimos bautizados todos como bautistas. Mi padre era pastor bautista y murió hace unos años, -me adelanté a sus sospechas-
- Pues tenemos que solucionar esto lo más discretamente posible, -dijo preocupado don Estanislao-

No parecía que aquel cura quisiera hacer un auto de Fe inquisitorial delante del pueblo como suponían los casos de abjuración del protestantismo. En los actos de abjuración se desdecía uno, solemnemente, de los errores protestantes para ingresar en la sacrosanta religión católica, la antigua y respetable verdad. Don Estanislao, que así se llamaba este buen hombre, consultó con su obispo, este con el arzobispo y todos convinieron que, en una zona tan republicana y revolucionaria, la mejor forma de atajar el protestantismo era ignorarlo. ¿Qué valor y utilidad tendría la proclamación de estas abjuraciones hechas bajo presión y amenaza de muerte?

- Si los jesuitas establecen aquí alguna misión, no los volveríamos a echar ni con agua hirviendo y revolucionarían toda la parroquia, -bromeaba don Estanislao que tampoco parecía tener mucha simpatía a los jesuitas-

Cuando en sus “misiones” predicaban o hacían novenarios los de Loyola, siempre había un acto de desagravio a la religión católica

LA MUERTE DE MI MADRE

romana y tras él, las fuerzas contrarias, durante la noche, llenaban las calles de octavillas denunciando la lucha secreta del jesuitismo. Era mayor el escándalo y los resultados contrarios a la iglesia de Roma, que la publicidad de una abjuración protestante.

Don Estanislao en pocos días reunió a mis hermanos y a mí y nos bautizó una tarde que había corrida de toros. Leyó su liturgia y solo nosotros teníamos que decir: ¡Bendito seas Señor!

- Bendito seas Dios, Espíritu Santo, que ungiste a Cristo al ser bautizado en las aguas del Jordán, para que todos fuéramos bautizados en ti.
- Bendito seas, Señor.

Nos echó un poco de agua en la cabeza, nos secamos con un paño que olía a húmedo y después pasamos a la sacristía. No había por tanto curiosos espectadores, ni rancias beatas que comprometiesen al respetable cura y nos pudieran avergonzar. Nos extendió una partida de bautismo a cada uno y nos inscribió en el registro de la iglesia con una caligrafía barroca y excesiva. Arístides no se bautizaría por Franco porque estaba exiliado en Méjico. Aquella familia de protestantes, republicanos y masones entraba a formar parte de una estructura endogámica, de familias que se reproducen de generación a generación como grupo social y no admiten que a su lado haya herejes, miembros ajenos a su grupo social. No sé si hicimos bien bautizándonos, porque de

alguna manera renegábamos de nuestra fe que en mi caso era más pequeña que un grano de mostaza.

Era consciente de la falta de libertad para ser diferente, y menos para ser disidente y hereje. ¿Cuándo este país podrá sentirse libre de las garras de una religión que controla toda tu vida?,-me preguntaba descorazonada y agotada- ¿Cuándo dejaríamos de estar vigilados por un sistema interno de religiosos iluminados espiando hasta nuestros sentimientos? Un país donde se denuncian unos a otros a través de la confesión de los pecados al cura y este, como Dios absoluto, te perdonaba si le contabas con peros y señales todas las intimidades más sagradas. Para ello se habían inventado una teología misteriosa y sobrenatural donde la persona del sacerdote representaba el encuentro con Dios y el perdón de todos tus pecados. Indiscutiblemente Dios sabía todas nuestras cosas y no teníamos que contárselas, pero al cura había que detallarlas. Fue horrible la primera vez y la última que me confesé con otro cura que no era don Estanislao. Era natural de Elche y conocía a todos personalmente y de manera especial sus secretos e intimidades. Supe después que por algún tiempo lo habían apartado del confesionario y lo habían destinado a un apartado pueblo de la montaña y por Pascua volvía a Elche.

- Sabiendo que esta es una confesión general de muchos años, te pido paciencia y sinceridad, - dijo el cura que ya esperaba mi visita al tenebroso confesionario-
- De acuerdo señor cura, intentaré serlo, -contesté entrecortada-

LA MUERTE DE MI MADRE

- Debes de confesar, -hija mía-, todos tus pecados presentes y pasados tanto de pensamiento, palabra, obra y omisión.
- No sé por dónde empezar, -me atreví a decir a ese cura, escondido tras la celosía y que solo venía a ayudar en el confesionario al párroco, en estos días de Pascua florida-
- Te ayudaré yo, si prefieres. ¿Eres soltera o casada?
- Soy soltera.
- ¿Nunca has tenido novio?
- Me he carteadado con uno de Ciudad Real, que me ha venido a ver unas cuantas veces.
- ¿Hacíais algún acto impuro?
- Solo nos besábamos.
- ¿Solamente?
- Algunas veces me acarició las piernas y me tocó.
- ¿Te tocó algo más?

Me dio una vergüenza enorme, pero como estaba en la presencia de Dios, según decía el cura, volví a recobrar la serenidad.

- ¿Se lo consentiste? – insistió más benevolente el confesor-
- No lo sé, me sentía excitada y le amaba, -me atreví a decirle para ver si aquel interrogatorio se detenía-
- ¿Cuánto tiempo duraban los tocamientos? – el cura parecía moverse extrañamente mientras preguntaba sin pudor-
- Por lo menos media hora, -contesté algo asustada pensando que mi pecado fuese enorme e imperdonable-

- ¿Te acariciaba los pechos? –volvió a insistir el cura sin pedir paso a mi intimidad-
- Me los rozaba... con disimulo... y yo no le daba importancia, -contesté sin saber cómo salir de aquella situación-
- ¿Y qué sentías?

No supe explicarle más, porque le sentí con la respiración acelerada, echándome un aliento nauseabundo. Se dio cuenta de que me incomodaba y volvió con los pecados de omisión y de pensamiento. ¿Quién no tenía remordimiento por el recuerdo de la oportunidad perdida de hacer el bien? Visitar a los enfermos, vestir al desnudo, dar de comer al hambriento y tantas cosas que por ignorancia o pereza habíamos dejado de hacer. Pero el tema del confesonario no pasaba de las relaciones sexuales. Esto era lo más normal de aquella confesión con aquel miserable cura si querías recibir la comunión. Siguió preguntando sin excesiva sutileza, por mis amistades y lo que hacíamos. Todo, -según me decía el cura- para saber los pecados de pensamiento y de obra. Utilizaba con precisión el bisturí del soborno y el sexo para controlar mis amistades, mi posición social, mi experiencia espiritual. Usaba técnicas para expiar a todo el barrio desde la confesión de inocentes como yo, con el fin de probarme y conocer mis debilidades. Días después, me di cuenta de las sutilezas inquisitoriales y me sentía afrentada desde entonces porque no supe pararle los pies. Era la primera vez que me confesaba y

LA MUERTE DE MI MADRE

pensaba que este cura era como don Estanislao y que todo lo hacía por mi bien.

- Cuando las amigas vais de paseo por el Palmeral ¿no habláis de chicos?
- Eso es normal, pero también hablamos de los maridos y los niños.
- Sin embargo, solo hay casada una amiga tuya que tiene una niña de nueve o diez años, -precisó el cura, que, como buen inquisidor, sabía y quería saber más (por caridad cristiana – decía-) sobre la vida de mi amiga.
- Sí, se llama la niña, María del Pilar.
- Sé que en el Colegio es buena estudiante.
- Dice su madre que antes estudiaba muy bien, pero ahora los profesores están encontrando serias deficiencias.
- ¿Crees que está pasando algo en casa?
- La niña no suelta prenda.
- Debe ser porque su padre no vive con la madre.
- Algo nos ha contado.
- Según dicen, la niña ha pillado en la cama a su madre con el vecino, pasándose bien.

No podía entender que me contase aquello el cura para que yo se lo confirmara, cuando era un problema tan grave. Posiblemente la niña se hubiese traumatizado de verlos desnudos y tener peregrinos pensamientos.

- Esas cosas la madre no las cuenta, -le respondí y quise terminar aquella confesión, aunque no me diese la absolución-.

Nunca más volvería a confesarme. No salí descansada al dejar el fardo de mis “pecados” perdonados por aquel mezquino sacerdote. Por el contrario, salí enfurecida y odiando a la religión que permitía en su seno semejantes inquisidores y violadores. Cuando todo acabó, -no sé de qué manera- me acordé de lo que pensaba mi padre de la confesión y de los grandes problemas que esta trajo a la iglesia de Roma.

- La confesión la tienes que hacer tu y solamente a Dios que está en los cielos. En tu habitación, con sinceridad. - ¡Cómo entendía a mi padre ahora! -
- ¿Y qué le digo a Dios?, -preguntaba yo-
- Habla con Dios como a un padre; háblale con el corazón y Él te responderá.
- ¿Cómo puedo saber que Dios me ha escuchado?, -insistía yo-
- Por la paz en tu corazón. Dios no ha venido a fundar una religión, ni a que estés sujeta a enseñanzas de hombres, sino que debes nutrirte de la Palabra de Dios y encontrar su consejo en ella. Nada más.

Aquella tarde de primavera en Elche, con aromas de campos floridos, estaba teñida de nubarrones que dejaron caer unas gotas que resbalaron por mi cara mientras volvía a casa. Cada gota que

LA MUERTE DE MI MADRE

resbalaba por mi nariz y llegaba hasta el suelo, **DEJABA CAER** su carga de hastío hacia los violadores de conciencias y refrescaba mi alma atormentada. Creo que nunca había sentido que el agua de lluvia sirviera para lavar y curar la indignación de un corazón arrancado de su bóveda secreta. Pero aquella lluvia sacó mi dolor y sufrimiento de mi pecho y volví a recordar a mi padre y llorar a mi madre.

No sé cuántos años habían pasado después del final de la Guerra y todavía sentía las sirenas de la policía, el rugir de los aviones, las bombas reventando mi estómago y mis tímpanos. Detrás del estruendo demoledor de aquellos artefactos asesinos, se oía el silencio y después de nuevo el gemido de las sirenas de las ambulancias que sacaban apresuradamente sus camillas, llevando a gentes despanzurradas y niños que ya no eran más que un revoltijo de sangre y trapos. Alrededor del lugar donde había estallado la bomba destructora, una muchedumbre de curiosos estremecida por el horror lloraba angustiada y sobresaltada. A veces yo también salía a ver las desgracias, a ver las gentes arremolinadas en oleadas impresionantes que no sabían cómo combatir el fascismo. Veía llenarse los trenes de milicianos republicanos que salían orgullosamente equipados desde Alicante para defender España. Pero extrañamente las vanguardias fascistas, más fervorosas y disciplinadas, ganaban la guerra. Las columnas de milicianos quedaban aniquiladas tan pronto como entraban en combate. El pueblo no sabía qué hacer y los más

MI NOVIO

valientes morían estérilmente.

Mis hermanos pudieron colaborar en la ayuda humanitaria con los cuáqueros y menonitas, protestantes pacifistas y especializados en la ayuda social. Los cuáqueros ya habían colaborado en la Primera Guerra Mundial con un éxito de organización y desprendimiento loado por todos. Arístides conocía la entrada de los barcos fletados por esta sociedad de Amigos que entraban en el puerto de Cartagena cargados de alimentos enlatados: carnes, azúcar, arroz, leches especiales para cada caso, en cajas-cubo, todas iguales por sus seis lados, de hojalata interior y madera exterior. También habían recibido para su reparto, una flota de furgones marca “Ford”, -creo recordarlos- de color azul, y distribuían todos los días para que comieran especialmente las mujeres en gestación y niños hasta seis u ocho años.

Siguieron llegando constantemente barcos con miles de cajas que repartían por toda España, pero especialmente por la zona republicana. Cuando entraron las tropas de Franco se incautaron de la flota de furgones y del contenido que estaba en las naves y los depósitos repletos hasta el techo. Los pastores protestantes Miguel Aguilera y Sebastián Villar, que estaban encargados de estos almacenes tuvieron que retirarse. Estos habían sido encomendados para pastorear sus iglesias a pesar de la guerra y quitar el hambre a mujeres y niños que había desde el inicio de la Guerra. Los cuáqueros de Estados Unidos los contrataron para estas dos misiones: ser pastores de varias congregaciones y

administrar y dirigir los almacenes de esta obra humanitaria en Cartagena. Cuáqueros y menonitas con su asociación *Save the children* supieron alimentar a la mayoría de los niños y mujeres embarazadas de este país durante y después de la Guerra. ¡Casi nadie se acuerda de esto! Sin embargo, fue una de las obras humanitarias de más envergadura que recibió el reconocimiento del premio Nobel.

En otros lugares como Archena (Murcia) el misionero suizo Juan Aerni y su esposa Betty, con la ayuda de otros creyentes evangélicos, prestaron una gran ayuda. Unas veces colaboraron con la Ayuda Suiza y otras con los cuáqueros. Decían mis hermanos, que todos ellos, con delantal blanco, llevaban bordadas las letras en negro y haciendo un círculo, la inscripción: *Servicios Internacionales: Amigos Cuáqueros*. Así uniformados, batían la leche en polvo con agua, en sus justas medidas, con la harina hacían pan, etc., e iban a los colegios, y a los niños, según su peso y edad, les daban leche, pan y chocolate... Hicieron este reparto con tan exagerada pulcritud y honradez, que ni a sus propios hijos se le dio una porción mayor.

- Don Juan es usted demasiado bueno- le indicaba mi hermano cuando lo conoció en Archena-
- Hermano Arístides, como tu padre te ha enseñado, no solo hay que ser honrado sino también parecerlo.
- Honrados sí, pero en España las palabras honrado y tonto son sinónimos, -insistía mi hermano-

MI NOVIO

- Tenemos que ser justos y, nosotros los primeros, no podemos despilfarrar cuando tanta gente pasa hambre, -
- Lo digo don Juan porque usted se ha hecho muy popular entre el pueblo y especialmente entre la gente pobre.
- ¿Tú crees? En la guerra todos somos necesitados.
- No olvide que cuanto más prestigio gana un protestante, más odio se acumula en aquellas personas que no ven con buenos ojos el avance del Evangelio.
- Sé que me quieres prevenir. Sin embargo, yo intentaré servir como cristiano a quien lo necesite y nosotros serenos los últimos en recibir la ayuda humanitaria, -insistió don Juan, mientras abrazaba a mi hermano en señal de afecto-

Todos mis hermanos recuerdan con cariño a aquella familia.

Desde luego la guerra, que enfrentó hermanos con hermanos, demostró el nivel religioso y moral del pueblo español. Si las campañas contra la iglesia católica habían sido promovidas por ateos y contra la idea de Dios, la actividad de la literatura ateísta agrandaba esta merma irreparable de la fe especialmente entre las clases humildes. Los protestantes, aunque humildes, siempre dejaron notas de dignidad y de servicio. Era verdad que las congregaciones de las ciudades como Elche casi habían desaparecido, pero no fue por el bajo nivel moral o falta de fe, sino por buscar refugio y subsistencia en los pueblos, en el campo y con la familia. Muy pocos escondieron sus biblias y sus himnarios. La mayoría siguió con las reuniones en las casas. Los

tiempos de la República, donde se podía predicar el Evangelio públicamente habían pasado, pero ahora en la postguerra y tras diversas pruebas, los creyentes más débiles se habían fortalecido.

Mi novio de siempre apareció un día por sorpresa, ruborizándome por lo inesperado de su osadía. Me pareció verlo desde el escaparate de mi taller y tuve dudas de que fuera mi Pablo Ramírez. Casi no le conocía. Lo recordaba con otro aire más gallardo y sonriente. La guerra nos había cambiado a todos. Ambos habíamos sido transformados y era difícil olvidarse del terror vivido durante aquellos años. Todo el espanto se asomaba en nuestros ojos hambrientos de amor.

Pablo era un buen muchacho de Ciudad Real. Fue una relación larga y hermosa pero no fructificó en matrimonio. Durante los quince años que tuve que cuidar a mi madre nos estuvimos escribiendo. Nos queríamos mucho, pero por escrito. Intercambiamos largas cartas de amor que perfumaba con una gota de lavanda sobre el papel maché y la metía en un sobre adornado en las esquinas. Entre guerras y revoluciones que nos tocó vivir, el amor pasaba rápido por nuestra puerta y tenías que estar preparada para no dejarlo escapar. En mi caso el amor estuvo rondando durante quince años y no tuve tiempo de asomarme a la ventana para saludarlo. Sin embargo, aquellos días fueron los únicos en que experimenté un estado generalizado de felicidad, o si se quiere llamar enamoramiento y emoción.

MI NOVIO

Advertía en él también unos sentimientos que nos acercaban y pudieran terminar en apasionado romance. Cuando en ocasiones me vino a ver desde Ciudad Real, no pasamos de unos besos extraños que nada tenían que ver con lo que habíamos soñado los dos. Se añadía también mi recelo de no comprometerme en exceso, pues estaba dedicada a mi madre.

Pablo Ramírez, mi novio, había sido maestro de escuela en Torrevieja. La Guerra europea, le había obligado a dejar la enseñanza y se puso a ayudar a su padre en un comercio de ferretería y también de venta de alpargatas. Mi hermano Arístides lo conocía de Cartagena, por haber hecho allí el servicio militar. Siempre me decía lo mismo sobre él:

- ¿Qué mejor partido puedes encontrar que este chico?, - decía entusiasmado y yo retorció el morro, siempre temerosa de cualquier relación-.

Era cierto que era una persona excelente, un hombre honrado y preparado. De familia venida a menos, pero con posibles que se ganaba el pan con su esfuerzo. Su padre era un hombre culto y correcto, graduado en Leyes y educado en un “College” de Londres. Su abuelo se había especializado en Mineralogía y Contabilidad y había construido el ferrocarril que va desde Medina del Campo a Salamanca. Explotaba minas como las de la Unión en Murcia y tenía propiedades en España y Argelia. No se sabe cómo unos y otros se fueron empobreciendo y perdiendo

prestigio, pero esa era la realidad que describía mi novio. Vivían bien por su trabajo y esfuerzo, no por sus rentas y cuentas bancarias.

Pablo Ramírez, era un chico educado, simpático, bien parecido y buen deportista. ¿Qué más podía pedir yo? Con el tiempo, sin embargo, pude apreciar que algo le inquietaba. Le molestaba la mediocridad, la deslealtad, la frialdad religiosa y cultural de su alrededor y en una de sus últimas cartas me preguntó si yo era creyente practicante. En un principio le dije que leía la Biblia con frecuencia. También me preguntó por mi postura política y le comuniqué que era republicana del estilo de mi padre. Quería decir que correspondía con aquellos intelectuales por la Republica que veían en este sistema político una salida a la decadencia de España. Que no era anticlerical y que me había acomodado a la religión oficial, sin que la conciencia me acusara de ninguna apostasía. Aquello le calmó por un tiempo. Ser intelectual de izquierdas, moderada y religiosa, parecía llenar sus aspiraciones. Evidentemente no le confesé que me había bautizado por Franco, porque ese bautismo no significaba para mí una abjuración, ni una conversión al catolicismo. Solamente callé ese detalle del que no me sentía orgullosa.

Mi novio tenía el deseo de volverse a Cartagena o Murcia, pues pensaba que tendría más oportunidades y podría despegarse de sus padres. Pensaba montar un negocio, como el de Ciudad Real, que le dejase libertad y tiempo para desarrollar sus ideas políticas

MI NOVIO

y espirituales. Su republicanismo era moderado, de corte liberal y con preocupaciones por los obreros. Era innegable que su espiritualidad no estaba anclada en el supersticioso y politizado catolicismo español. Se había nutrido de ideas nuevas, experiencias que su abuelo había aprendido en el anglicanismo y de contactos con protestantes en Cartagena. Pero el conflicto religioso interior le preocupaba porque no sabía tomar una decisión y seguía arrastrándolo hasta vivir angustiado. No era lo mismo tener una religión, que vivir una fe y una espiritualidad.

En nuestras cartas de amor, entre las torcidas líneas y los borrones constantes que aquellas plumas de escribir vertían, se paseaba inconsciente la encrucijada en la que se encontraba Pablo. Se percibía tras sus confesiones, silentes gritos de auxilio. ¿Cómo le podía ayudar yo, si estaba también en crisis espiritual y social? ¿Cómo podía olvidarme del sufrimiento de mi hermano Arístides en aquél exilio argelino? ¿Cómo le decía que yo me había bautizado por Franco, cuando yo era protestante bautista? Mi padre conocido como pastor protestante e intelectual de izquierdas, comprometía nuestra situación al terminar la Guerra de Franco, por lo que me había tenido que bautizar para tener una partida de bautismo. ¿Cómo no iba a estar desorientada y partida en dos? Desde el punto de vista religioso no era practicante, pero sentía respeto a mi padre y a sus enseñanzas. Alguna vez, cuando venía algún pastor o misionero, hacíamos culto en casa y cantábamos algunos himnos. Pero los tiempos no estaban para

grandes declaraciones y si para obrar con sutileza y prudencia. Además, siempre tenía la disculpa de mi madre enferma para no ir a misa ni a ningún acto religioso.

Políticamente, mi novio y yo, éramos almas gemelas pero extraños en religión. Él se daba cuenta que la religión católica, culturalmente aceptada en España, tenía paradójicas tradiciones, alejadas de los principios evangélicos. Tampoco estaba de acuerdo con la persecución religiosa de unos y de otros. Al principio de la guerra se recrudeció el anticlericalismo y se mataban curas y monjas como conejos saliendo de la madriguera. Las iglesias incendiadas parecían un anuncio del infierno. Al final de la guerra las cosas cambiaron y morían fusilados aquellos que eran delatados por los curas. Fue una venganza en toda regla del clero y la religión exceptuando algunos casos. La gente sorteaba todo tipo de peligros, exiliándose o escondiéndose en sótanos y cuevas. Los que quedábamos en la misma ciudad estábamos obligados a rehuir de comentarios hirientes, de gestos de desprecio, de cualquier alusión a tu familia que te pudiera comprometer. Nunca sabías donde estaba la traición y la posible denuncia. Lo mejor era callar cuando no podías alabar los hechos, humillarte y nunca tener rencor a nadie. Era un tiempo para el amor como unguento para curar y ablandar lo ánimos exaltados.

Mi novio por los años cuarenta comenzó a tener problemas por causa de la política. Se había encontrado en Ciudad Real con una señora que conoció en Torreveja. Ella ahora llevaba símbolos de

MI NOVIO

“derechas”. Sin embargo, en Torrevieja su marido y ella enviaban sus hijos a la escuela republicana. Mi novio nunca había tenido discrepancias con nadie, pero la señora tenía ganas de matar “rojos” e “incendarios de iglesias”. Le había mirado con expresión de disgusto y aquel encuentro inesperado resultaba tenebroso. Se había enterado mi novio que esta familia lo había perdido todo en Torrevieja, siendo requisados sus bienes por el ejército republicano, acusados de acaparadores y contrabandistas. ¿Qué culpa tenía mi novio de todo esto? Nada. Era un simple maestro de sus hijos. Pero creyó que se había enriquecido con sus bienes y se había establecido en Ciudad Real para ocultar su procedencia republicana.

Un amigo teniente que tenía mi novio en uno de los cuarteles de la ciudad, que buscaba disidentes exaltados para meterlos en prisión, le dijo que huyera porque había sido denunciado gravemente.

- ¿Una denuncia?, -preguntaba incrédulo mi novio- Yo no entiendo nada.
- Es una denuncia de una señora afecta al régimen, con varias acusaciones, -le explicaba el amigo teniente con un rictus de disgusto-
- ¿Por qué me iba a denunciar esa señora, que apenas la conozco de Torrevieja? –insistía, dudoso, mi novio-
- Te acusa de masón y comunista.
- Nada de eso he sido ni soy. He vivido con la República en

Cartagena y fui maestro republicano, nada más.

- Dice que habías hecho muchos estragos en Cartagena persiguiendo y matando a mucha gente de “derechas”, -seguía leyendo el teniente la denuncia-
- Siempre he enseñado lo contrario y nadie tiene derecho a matar a nadie. La vida es de Dios y a Él pertenece.
- Te denuncia por haber repartido propaganda comunista en las elecciones de febrero del 36 en las que triunfó el Frente Popular.
- Nunca he defendido mis ideas con revoluciones ni violencias, sino con la enseñanza diaria y educando en valores nacionales, -insistía mi novio que ya no encontraba más defensas-
- El peor cargo es el último, porque te acusa de espía. Dice que pasaste a la zona nacional para expiar el Ejército de Franco.

Era evidente que aquello era una venganza extraña, venida de una justiciera capaz de morir odiando. En tiempos de guerra estas acusaciones eran sumamente graves porque primeramente te condenaban a muerte y después preguntaban. ¿Quién podía demostrar que no había sido espía? ¿Cómo se podían desentrañar aquellas falsedades? Como mucho podía demostrar que ya llevaba mucho tiempo en Ciudad Real alejado de la republicana Torrevieja y Cartagena. Lo que afectaba a Torrevieja pocas personas podrían testificar porque no era conocido y se limitaba a dar sus clases. Por eso decidió hacerse el contradizo y hablar con aquella señora con el deseo de que quitara la denuncia, por

MI NOVIO

error o por lo que quisiera.

- Buena señora. No entiendo por qué me ha denunciado y quiere hacerme daño –protestó entrecortado mi novio-
- Te he denunciado por rojo, por masón, por ladrón y aprovechado, -gritó atacada de los nervios la señora-
- Nada de lo que dice es verdad. Nunca he militado en ningún partido y nunca me he aprovechado de nadie, -levantó el tomo mi novio-
- No es justo que yo viva en la indigencia y tu tengas un negocio floreciente. No tengo nada más que decir, - añadió la señora con ademanes de irse y no atender a otras razones-
- ¿Qué me quiere decir?,¿que necesita dinero? – bajó el tono de voz e intentó y deseó mi novio que este fuese su propósito-
- Yo lo que quiero es que te detengan y castiguen, como hacían las checas en la zona roja. No quiero tu dinero, -siguió una retahíla de insultos mientras huía de aquel encuentro-

Los ruegos y las explicaciones no le hacían mella ante su rencor inmisericorde.

- Tienes que pagar lo que hiciste, -insistía a lo largo de la calle enloquecida por el resentimiento-

La muerte repentina de aquella mujer alivió momentáneamente a mi novio que se fue a Andorra por un tiempo, según el consejo del amigo teniente. Estuvimos bastante tiempo sin escribirnos,

por si acaso retenían la correspondencia. Cuando retomamos la comunicación nos dimos cuenta de que ya no éramos los mismos. El desencanto de la vida había tocado las fibras de la pasión, de los sueños, de la seducción. Dejamos de escribirnos y nunca más lo volví a ver. Quince años en los que no supimos comprometernos o no pudimos, pero que dejaban un poso amargo de tiempo perdido.

No acertábamos a entender que la vida fuese un maravilloso regalo recibido de la ternura de Dios -como decía mi padre-. El corazón seco y frío de tantas desgracias y tantas muertes, solo dejaba lugar a la desesperanza y no soportar el peso de la vida. Buscaba por todas partes refugio, adiestraba la mirada para ver lo bueno de la vida, buscaba un pozo en el desierto y quería levantar un hogar en medio del naufragio de tanta violencia, pero no lo conseguía. A veces resonaban en la cabeza textos y melodías de los himnos evangélicos que parecían animarme. *“Aunque en esta vida no tenga riquezas, sé que allá en la gloria tengo mi mansión... Más allá del sol, más allá del sol, yo tengo un hogar, hogar, bello hogar, más allá del sol.”*

La pérdida de mi novio, no representó ninguna tragedia emocional en ninguno de los dos, pero me hizo ahondar más aun en la abismal profundidad del alma humana. Cuanto más oscuras parecían las noches, cuando las violencias de las negras aguas presagiaban la catástrofe final, siempre aparecía en el confín del

MI NOVIO

horizonte un leve trazo de luz salvadora. Me aferraba inconscientemente a aquel hilillo invisible que me llevaba hacia las mansiones celestiales, segura de estar perdida en un mar revuelto pero mágico.

Me sentía probada como Job desde el torbellino de su desgracia, colocada en el matraz de la crisis, agitada para probar las infinitas posibilidades del alma. Me sentía perpleja, esperando que algo nuevo empezase a aflorar y me estabilizase. Necesitaba una armonización creciente en mi vida que quitase mis contradicciones y nunca más permitiese violentas sacudidas. Necesitaba salir del capullo de crisálida y echar alas de colores. Como la oruga, esperaba el milagro de convertirme en mariposa para volar por encima de tantas desdichas. Quería conocer las alturas y ascender para sentir la felicidad. Con una naturaleza nueva, con un nuevo poder y una alta muralla que me separase de los malos recuerdos asociados a mi vida anterior. Matar la vieja personalidad que me había atado a una vida insípida y solitaria. Necesitaba una nueva primavera que trajese un raudal de cosas bellas, de besos que iluminasen mi mundo, emprender el vuelo con nueva ilusión y transformar mi vida para siempre.

CAPÍTULO, 12 LA CONVERSIÓN DE DAVID

17

David fue un buen amigo desde que le conocí. No solo me ayudó a componer mi biografía, pasarla a máquina y maquetarla, sino que fue mi salvador en muchos sentidos. La soledad y la locura eran amistades cercanas y peligrosas en mi vida y él me cambió el destino. Había llegado a Elche años atrás acompañado de su hermano y trabajaba en la fábrica de calzado, Ripoll. También escribía para “*El Ilicitano*” como corresponsal. En Ripoll ganaba ocho pesetas al día y le parecía suficiente para mantener una familia. En la fábrica, las aparadoras de calzado eran unas bellas mujeres, de gran fortaleza y ánimo. David se enamoró de una de ellas y se casó. No había pasado un año cuando su rubia mujer se enamoró de otro y al poco tiempo lo abandonó. Su mujer no se fue de casa inmediatamente, disimulando estar enamorada de otro joven con más posibles que él. Siguió físicamente en casa, pero ya no estaba emocional ni sexualmente con él. Eso era más

LA CONVERSIÓN DE DAVID

doloroso aún. Vivían en la misma casa, dormían en la misma estancia, entre las mismas sábanas, pero como si no estuviera. Día a día, David sentía una sensación de abandono que le llevó a una profunda depresión y casi desesperación. No era fácil entender aquel rechazo tan repentino. Cuando por fin su esposa decidió marcharse, no se volverían a ver, pero David entró en una espiral de desesperación y reclusión que casi le lleva a la tumba.

En esa época los jóvenes treintañeros tenían que ir a las conferencias de Falange, que era el partido radical de derechas del gobierno de Franco. Resultaba una obligación si no querías que te sacaran del sueldo dos pesetas. Dos pesetas era la diferencia entre pasar hambre o poder vivir sin tener que comerte los codos. Una vez pagada la pensión, las dos pesetas suponían el suplemento alimenticio que necesitabas y no te daban en la fonda. Si no recibías unos chorizos del pueblo o no podías comprar medio kilo de tocino, las ganas de comer te atormentaban.

Si te apuntabas a la Falange las cosas cambiaban un poco. Te daban camisas y botas y de vez en cuando también alimentos. David se apuntó a Falange entre otras cosas porque quería olvidar. Durante cinco años deambuló por las calles de Elche como un muerto en vida, destrozadas sus creencias más nobles y en un estado de conciencia vegetativo y desolador. No podía soportar aquella separación que había comenzado al poco tiempo de casado y había truncado su vida como una enfermedad terminal.

Cuando años más tarde nos conocimos se agarró a mi como si su vida dependiera de nuestra amistad. Comenzó a tener conciencia de sí mismo, de su valía y de la necesidad de cambiar su vida. Nada de afectos personales, solo amistad y empatía. No necesitaba más. Como un perro apaleado guardaba las distancias, pero daba vueltas alrededor de mi como esperando el trozo de pan que le quitase el hambre. Poco a poco comenzó a apreciar las cosas admirables de la vida, comenzó a estudiar unos cursos por correspondencia y fue encontrando apoyos que le elevasen el espíritu. Comenzó a ser un hombre diferente y extraño por dentro y por fuera.

Me comentó, tiempo después, que, a pesar de haber vuelto a la vida normal, no se sentía totalmente bien. El mundo y sus circunstancias no le solucionaban las cosas que él demandaba. Seguía teniendo momentos de frustración y sufrimiento y necesitaba algo más poderoso que calmase su sed interior. Entonces me relató ese recorrido invisible que lo salvó.

Todo sucedió en el año 1949. David había ido a ver la película *“El hundimiento del Titanic”* y salió conmovido. Aquel barco de viajeros, el más grande y lujoso del mundo, que en 1912 se había hundido en menos de tres horas, le hizo revivir la catástrofe de su vida. Las mil quinientas doce personas que perecieron ahogadas, eran la mayor catástrofe marítima en tiempos de paz. En menos de tres horas el Titanic se había hundido, como su matrimonio. Su separación y divorcio era algo inesperado porque su amor era

LA CONVERSIÓN DE DAVID

eterno hacia a aquella mujer rubia de ojos azules, que sonreía a todos y brillaba como una estrella.

En ese naufragio sintió estar él escuchando la música de “*Más cerca oh Dios de Ti, más cerca, si*”. Los que se iban a ahogar cantaban dándole gracias a Dios y eso le había conmovido.

- No entiendo que no tuvieran miedo a la muerte, cuando yo, cristiano de siempre, estaba lleno de dudas y casi atormentado interiormente por el juicio de Dios, -me confesaba con su alma abierta hasta las entrañas-

Desde que vio la película del “Titanic” hasta que volvió de nuevo a la iglesia pasaron cuatro meses.

- Ese tiempo fue el más duro para mí, -me confesaba David al que escuchaba casi con devoción-
- ¿Por qué lo dices? No estás obligado a contarme nada de tu vida. Cada uno tiene sus propios secretos, -yo temía tener que contarle después otras intimidades mías, aunque las sabía casi todas por mi libro de memorias-
- Cuando estaba en las charlas y tertulias de la Falange, había sido muy duro con los protestantes, -me dijo quedando pensativo bastantes segundos-
- ¿Qué tienen que ver los protestantes con tu vida? –pregunté instintivamente como si me molestase aquel descubrimiento-

- Déjame que te explique. - Me calmó con un gesto de paz y me dijo: - Entonces yo iba a misa cada domingo hasta que me harté. Me salí de la iglesia católica tan decepcionado que no quería volver a ver un cura.
- Pero debiste desengañarte por algo. No me lo digas si no quieres, -le apremiaba y le insistía porque yo temía explicar mi propia experiencia religiosa-
- Simplemente aquello me resultaba una hipocresía, pues estaba enfadado con Dios y con la vida. Vivía en un laberíntico túnel del tiempo donde todas las horas estaban llenas de perplejidad.

Recordar aquellos tiempos transformaban a David de tal manera que parecía haber entrado en trance, temblando como un iluminado. No podía disimular que había sido traspasado por las flechas de una desesperación tal, que la vida era una carga insoportable. Me llegó a confesar que quiso quitarse la vida, pero no había tenido la suficiente valentía. Sus palabras me daban a entender que había reflexionado y había tomado una determinación trascendental. Ahora comenzaba a interesarme en otro David y en aquel proceso interior donde parecíamos hermanos, aunque con resultados diferentes. Yo protestante ahora católica y él católico ahora protestante, según se desprendía de sus palabras.

Me fue relatando que se había encontrado con uno de los hijos de la dueña de la pensión donde ahora vivía. Era su amigo y no dudó

LA CONVERSIÓN DE DAVID

en preguntarle si había alguna iglesia protestante en Elche. Aunque temía a la Falange que prohibía tener contacto con comunistas, republicanos, masones y protestantes, David estaba decidido a tener aquel encuentro en una iglesia diferente. Uno de los domingos se encontró con otro amigo del trabajo y su propio hermano que paseaban por la Corredera, cerca de la Glorieta y se unió a ellos.

- ¿Por qué te miran así los de Falange?, -preguntó su hermano preocupado por aquellas amenazas en su cara-
- No creo haber hecho nada malo, -susurró David pensativo-
- Ándate con cuidado con esta gente tan soberbia, que hoy son amigos y mañana te venden por menos de treinta monedas, - añadió su hermano-

David comenzó a preguntarse cuál sería su delito. Aquellos gestos y aquellas miradas de los falangistas no presagiaban nada bueno. No continuó con el paseo porque tenía que madrugar al día siguiente. A la vuelta se volvería a encontrar con los de Falange, que descaradamente le preguntaron quién era el acompañante que iba con él.

- Es un compañero de trabajo que se fue a Barcelona y acaba de volver.
- Pues tienes que saber que es un protestante.

- ¡Que sinvergüenza! Nunca me ha dicho nada, -disimuló lo que pudo David ante una noticia que contrariamente a lo que decía parecía una respuesta de Dios a sus pensamientos-
- Si te invita a ir a la iglesia, lo mejor que puedes hacer es fijarte en lo que hacen y en lo que dicen y después nos lo cuentas.

David no podía entender que sus deseos de visitar esa iglesia protestante se cumplieran con el consentimiento de la misma Falange. Era una situación que no aparecía en ninguno de sus mejores sueños. Se despidió de los amigos de Falange y se dirigió a la Plaza del Ayuntamiento, sabiendo que ese joven tenía que pasar por el puente nuevo. Lo esperó con ansiedad todo el tiempo. No sabía cómo preguntarle si era protestante. En el trabajo era una persona normal, trabajador y educado. Ni una palabra más alta que otra, sin blasfemar, ayudando a los que le solicitaban algunos favores. No sabía nada más de él. Cuando lo vio no dudó en preguntarle sin reparos.

- Creo que eres protestante, -le dijo David-
- Simplemente cristiano evangélico, -contestó con gracia el compañero de trabajo-
- Me gustaría que me dijeseis donde tenéis la iglesia, pues tengo deseos de visitaros.
- Serás muy bienvenido.

LA CONVERSIÓN DE DAVID

- Dime la dirección y no dudes de que iré.
- Es la última casa de la calle prolongación de Mariano Luiña. Te puedo ir a buscar y vamos juntos.
- Nos vemos entonces en este mismo lugar, -precisó David-
- Los cultos son a las seis y conviene estar un poco antes.

A las cinco de la tarde del domingo siguiente David estaba esperando en la Plaza del Ayuntamiento. Emocionado, medio histérico, esperaba ver asomar al compañero de trabajo. Le sosegaba que entraría acompañado a la reunión y le explicarían los ritos del culto. Al acercarse a la última casa de la calle, vio mucha gente entrar y salir. En la puerta de la iglesia varios jóvenes atendían con amabilidad. Le presentaron a los más destacados, a un tal Vázquez y Andrés Pérez. Ese día era el día de la madre y todos parecían bien vestidos.

- Durante la reunión me di cuenta de que solo hablaban de Dios y no de política como los curas y la Falange, -me explicaba David como si hubiese encontrado un tesoro-
- ¿Pero en concreto que decían, que predicaban?, -insistí yo curioseando deslealmente-
- Tenían al Señor Jesús como centro de sus oraciones y sus predicaciones. Hablaban con mucha seguridad de la salvación. Que Cristo muriendo en la cruz ganó para nosotros una herencia en los cielos.

- Eso también lo predica la iglesia católica, -le corté en su exposición-
- Noté que no rezaban las mismas oraciones repetitivas como en la iglesia católica, sino que cada uno oraba de lo que salía de su corazón. Era un ambiente diferente al católico y parecía sincero y fraternal. Me gustó.

Lo decía como si detrás de las palabras, hubiese vidas tocadas por unos principios y una fe diferente. Como si un sentimiento de verdad y de armonía invadiese aquel digno local en el que se buscaba un encuentro con el rostro de Dios. No volvió a la Falange hasta cinco o seis meses después del último encuentro. No tardaría tampoco en dar testimonio de su fe en Cristo como su Señor y Salvador. El día 22 de junio de 1950 quedó grabado su nombre en el Libro de la vida y en agosto de ese mismo año fue bautizado por inmersión por el entonces pastor en Alicante, Vicente Francés.

Aquellos bautismos presididos por Vicente francés, tuvieron la colaboración de sus tres hijas. Enseñaron, estas, varios coros a la congregación, plancharon las túnicas para los bautismos y se ocuparon de los niños de la escuela dominical enseñándoles con cuadros, objetos e imágenes pegados en la **FRANELA**. Estas jóvenes habían tenido que estudiar con profesores evangélicos porque en las escuelas públicas eran discriminadas por ser protestantes, pero estaban bien formadas. Habían aprendido inglés y piano en las exigentes clases particulares de la Srta.

LA CONVERSIÓN DE DAVID

Catalina, cuarta hija del matrimonio de misioneros suecos Haglund. Catalina era una mujer muy disciplinada, de vasta cultura, con una incesante curiosidad por la vida en general y leía todo cuanto caía en sus manos. Era una apasionada de la política internacional, con conocimiento de las monarquías europeas y una mente abierta sobre la vida en general. Eran hijas de la enseñanza de Haglund aquellas tres mujeres, vástagos de Vicente Francés, en las que se podía percibir unas personas de mentalidad moderna y avanzada para su tiempo. También uno de los alumnos destacados de la Sta. Catalina sería el famoso pianista de fama internacional, Perfecto García Chornet, de Carlet.

David no entraba en las conversaciones, pero escuchaba admirado la fecundidad y el prestigio de aquellas personas. Parecían insignificantes pero llenas de sabiduría. Comentaban que también habían estudiado con el prestigioso misionero y profesor Enrique Lund. Era un buen hermano y amigo de los Haglund. Era un prestigioso maestro de estudios bíblicos a nivel mundial en lengua castellana. Le conocían a Lund por su erudición y el valor de sus libros. El mismo Menéndez Pelayo en su historia sobre los “Heterodoxos españoles” calificaba a Lund de filólogo, dominador de las lenguas de la Biblia y siete lenguas europeas. Comentaban las hijas de Vicente Francés que Lund se había ido de misionero a Filipinas y había traducido la Biblia al panayano y el Nuevo Testamento a los dialectos Cebí y Samar. La obra literaria de Enrique Lund era sorprendente. Decían que tenía

publicados 171 libros en total; 22 en sueco, 114 en español, 8 en inglés, 5 en francés, 3 en catalán, 19 en lengua filipina panayán. En una España ignorante de casi todo, estos hombres y mujeres, representaban un pozo de sabiduría, un oasis de ciencia en un país que desconocía la existencia de la misma Biblia.

Los pocos días que David pudo vivir al lado de estos hermanos, le hicieron ver otros horizontes. Un mundo diferente pero real se abría a sus pies casi por sorpresa y donde aquella gente extraordinaria parecía deambular con sus creencias en secreto y llenos de prudencia. Vio que el éxito no consistía en las riquezas, en el prestigio o la aprobación de los demás. Que aquellas personas viviendo en escasez tenían una vida ordenada, llena y con proyectos, aunque estuviesen perseguidos y discriminados. Observó que los sufrimientos y las penas también llegaban a sus vidas, pero estaban gozosos, no se lamentaban de su situación.

Los días de paz y descanso de David acabaron pronto. Alguien llamó a la puerta de su habitación, como si quisiera derribarla.

- El Jefe de Falange quiere que pases por secretaria, - dijo un pobre hombre, rudo y grandullón, que servía de recadero-
- ¿Qué es lo que sucede?, -preguntó David algo asustado-
- Solo me dijeron que pases sin falta por la Falange.
- Diles que mañana cuando salga de trabajar pasaré por allí, ¿Ha sucedido algo?, -volvió a preguntar David por si soltaba la lengua el tosco mensajero que conocía de vista-

LA CONVERSIÓN DE DAVID

- Entonces ¡hasta mañana! - fue su respuesta-

David se presentó en Falange con un presentimiento turbador. La tarde era calurosa e insoportable. El sudor más que refrigerar el cuerpo te hacía más pesado de mente y ligero de carnes. Al llegar, el silencio impuesto con su presencia y las punzantes miradas hicieron realidad sus sospechas. Algo grave tenían contra él. En el salón de actos se habían reunido bastantes mandos presididos por un tal Valentín, que David conocía como paisano suyo de Torrevieja.

- Eres un traidor a la Falange, habiendo visitado a los protestantes. Nunca pensábamos que nos harías esto, -dijo Valentín dando solemnidad a sus palabras delante de aquella tropa de vencedores-
- Fuisteis vosotros los que me mandasteis, -se excusó David, sin mucho convencimiento-
- Eso es verdad, pero no te mandamos que te hicieses protestante, -levantó la voz Valentín-
- Yo solo creo en Cristo como mi Salvador. Soy un simple cristiano, acertó a decir David-
- Desde hoy quedas expulsado de la Falange y debes atenerte a las consecuencias.

Valentín se levantó de la silla airado y bajando del estrado, se marchó echando pestes de los protestantes, deseando que no quedara ninguno. Veinticinco años después de este juicio se

volvieron a encontrar Valentín y David. Valentín le explicó que se había convertido y también era protestante, miembro de la iglesia en Torrevieja. Me decía David:

- Dios tiene extraños caminos, para llevarnos a Él.

La Falange y el nacional catolicismo no habían dejado de incordiar a David en todo el tiempo. Hasta le habían acusado de robar un establecimiento de comestibles, solo porque vivía en una pensión y era protestante. Estuvo en la cárcel dos días. Sin embargo, las rejas de la cárcel no fueron instrumentos de tortura y sus verdugos no dejaron de ser ángeles custodios. Cárcel y cadena no podían profanar aquel nuevo corazón y aquella nueva vida.

Publicar mi libro no resultó fácil por la escasez de papel. Tenía amigos de mi padre que estaban dispuestos a publicar mis escritos, pero siempre ponían la excusa del papel de imprenta. Entendí que no era una sagaz argucia para quitarme de encima, sino que el papel a disposición de la industria editorial escaseaba después de la Guerra. La imprenta de Marcial Torres le publicaba casi todo a José Picó, gran amigo mío, siempre que la omnipresente censura lo autorizase. En Elche mi padre había sido representante de la prensa y todavía sonaba su nombre, aunque fuese para desprestigiarlo por republicano.

Otra de las causas de la tardanza en publicarse mis memorias fue que el libro no fomentaba el espíritu nacional, sino que podía ser un canto a la disidencia y las libertades. Hubiese sido imperdonable para la censura nacional-católica permitir tales libertades. Tuve que hacer unos cambios que pareciesen destacar las sanas y muy católicas costumbres españolas. Cambié el título “La hija del maestro” por el de “Mi taller de Confección” de manera que pareciese más popular y subrayase el valor de las modistas, algo que gustaba a la Sección Femenina de la Falange

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

española. Una ley hacía obligatorio el examen de “labores del hogar” para aquellas muchachas que necesitasen obtener el título universitario, permiso de conducir o pasaporte y este libro mío sobre costura y confección parecía oportuno. Eso nos abrió el camino para la publicación del libro.

Extrañamente no fue necesario aparentar religión y buenas costumbres, porque en Elche ya nos conocíamos todos y pude pasar desapercibida. Después de todo me había bautizado por Franco y no me había metido en política como mi padre. Tenía mucha amistad con mujeres de policías y Guardia Civil a las que atendía convenientemente y favorecía. El libro se publicó y fueron muchas personalidades invitadas. En realidad, solo eran personajes de Falange que habían escalado puestos por causa de la Guerra. Muchos de ellos apenas tenían estudios, pero se creían algo con saber firmar y hablar del Caudillo y la Santa Cruzada. El único que tenía cierto valor para mí era don Estanislao el cura de la parroquia que no nos abandonó y nos salvó de morir fusilados. Fueron días de agitación y nerviosismo porque no había muchos actos culturales donde no interviniesen la Falange española y de las J.O.N.S, con la Sección Femenina. El mismo barrio de Carrus, el barrio obrero, tenía llenas sus calles de los nombres de caídos en el bando nacional y cada día había algún acto de exaltación, aunque no tuviesen más mérito que haber muerto durante la contienda. El nuestro era un acto que solo tenía el permiso de la autoridad, pero sin sindicatos ni políticos.

David hizo la presentación ajustándose a los clichés y frases típicas, pero exaltando mi persona y el taller de confección como el único lugar donde las mujeres dejaron de pensar en las guerras y se pusieron bellas para mostrar un país que resurgía de entre sus cenizas. Todo convencional y medido para no llamar la atención desde el principio. Esta imagen del ave fénix resurgiendo de la muerte, también la aplicó a mi taller, que había nacido de la necesidad, aunque yo ya estaba bien formada y volvió a resurgir tras varios años en que tuve que cuidar a mi madre enferma. David conocía bien aquellos ambientes y supo hacer la publicidad suficiente para que se comprara el libro. Después de aquel acto distanciamos nuestros encuentros ya que el trabajo en mi taller aumentó y a David lo solicitaron para una determinada sección de varios periódicos.

Este David de ahora era un hombre distinto al que conocí en la marcha por el cierre de Ripoll. Había olvidado su traumática separación, -eso pensaba yo- era un buen corresponsal de prensa y se había afianzado en sus convicciones. Sin embargo, tardó bastante tiempo en contarme las secretas aflicciones de su vida, porque ambos manteníamos a distancia nuestros sentimientos y soledades. Se había convertido en una persona dura para sí mismo donde las abundantes lágrimas habían convertido su corazón en una tenebrosa cueva de afiladas y pétreas estalactitas. Entre nosotros se interponía un muro impenetrable que no permitía dejar al descubierto nuestras heridas.

Yo también era una mujer diferente, ahora con menos miedos y

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

más liberada de obligaciones. Habían pasado varios años de la muerte de mi madre y me encontraba con el taller activo, aunque llena aún de aislamiento consentido. Sin embargo, ahora, desde que conocí a David, la soledad ya no era una excelente compañía como lo había sido siempre. Tampoco David se sentía a gusto en su estado, en una pensión de mala muerte, añorando una familia, caminando por interiores desiertos vacíos y llenándolos de trabajo y más trabajo para no recordar el pasado.

Uno de los días que nos fuimos de excursión al Parque de El Hondo, quisimos hablar de nuestra forma de vivir tan extraña y triste que añoraba ternura y felicidad. Recostados sobre el césped, había extendido un mantel de cuadros azules y blancos donde puse un recipiente de arroz con piñones y de postre unos dátiles con almendra que yo misma había preparado. Así nació aquella conversación que llevaba tanto tiempo pendiente y que de nuevo nos sumergió en un mar de dudas.

- He podido comprobar en carne propia que la peor forma de soledad es el matrimonio, -confesó con la cabeza baja, como si no hablase conmigo y estuviese en contra del casamiento-
- Si se aman, no entiendo que puedan sentirse solos, -le contesté solo por cortesía porque no sabía lo que me quería indicar-
- Me refiero a esos matrimonios a los que se llega huyendo de uno mismo o uno de los dos deja de amar. Entonces la soledad del casado es insoportable, -pretendía generalizar para que no me diese cuenta que hablaba de él mismo-

- ¿A qué te refieres concretamente? -le urgí a que hablase con sinceridad; yo era su amiga-
- Cuando viví en compañía de mi esposa fueron mis peores momentos. La felicidad dio paso, en pocos días, a un silencio ensordecedor. Esperaba que me hiciese el favor de llegar a casa y dirigirme la palabra cuando no estuviese muy ocupada con sus ocultos asuntos amorosos. Su silencio no ocultaba el desprecio, el remordimiento por tantas mentiras, la hipocresía que paralizaba sus labios.
- Lo dices entonces por tu fracaso matrimonial, -me atreví a responder-
- Sí, Margarita, cuando has malogrado un matrimonio, uno no quiere repetir la experiencia y caer de bruces nuevamente.
- Pero la perspectiva de quedarse uno solo el resto de la vida tampoco es muy atractiva, -le confesaba sin demasiada convicción, pues yo cojeaba de la misma pata-
- Qué cosa tan complicada, ¿no? Sin embargo, yo sé que a ti te tendré siempre, -me confesó sin esperarlo-
- Por supuesto que yo seré siempre tu amiga y a quien puedes acudir en todo momento –le manifesté dándole una palmada en el brazo en señal de afecto-
- Sí, es verdad Margarita. Tú has sido la primera ilusión en mis días de soledad,... la serenidad en mis momentos de duda,... la certeza en mis instantes de fe...-David se había emocionado y yo no sabía que decir-

No seguimos hablando. Era una conversación que para nosotros

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

dos no tenía soluciones, aunque nunca supe las razones últimas. ¿Me estaba ocultando algo? De vez en cuando aparecía David en los pensamientos y las preocupaciones mías con las mismas preguntas y sin ninguna respuesta.

- ¿Por qué nunca me hablaba de su matrimonio? ¿Qué le ocurriría para no querer rehacer su vida? ¿No querrá estar conmigo? ¿Entonces por qué no se separa de mí y toma distancia? ¿Se habría enamorado de mí sin saberlo? –terminé pensando-

Pero lo que parecía innegable era que David seguía esperando la vuelta de su mujer después de tantos años. Si la viese entrar por la puerta la recibiría con los brazos abiertos. Había dulcificado tantas veces aquella escena, que sus ojos húmedos y amorosos sacaban a la luz la ternura y el perdón sin darse cuenta. Pero su mujer nunca dio señales de vida. ¿Por qué seguir luchando? ¿Por qué aquel amor incondicional por una esposa infiel que nunca volvería? ¿Acaso no se acordaba de su vida en ruinas a punto de desplomarse? ¿Se atrevería –si la volviese a ver- después de todo, a darle un beso; llegar de nuevo a ella, acariciarla, inhalar su perfume...? Yo no lo quería saber, pero era seguro que volvería con ella.

Era fácil entender las dudas de David frente a su esposa, teniendo el corazón siempre abierto a lo que pudiera surgir. Después de todo, en tan poco tiempo de matrimonio, él no era el equivocado,

ni el culpable, ni el que debía cambiar... No habían sido tampoco fanáticos de la pelea, de la discusión, de querer ganar y salir victoriosos. Nada de eso. Por su parte no había abandono de obligaciones, ni actitudes, ni gestos, ni siquiera pensamientos que ella tuviera que perdonar. El herido era él y él solo tenía la obligación de perdonarla. Después ya vendría el tiempo de sanar sus llagas hechas de desesperación y angustia para poder comenzar un nuevo camino con ella, si regresase... Pero no dejaban de ser conjeturas irreales, fantasías, sueños imposibles que te revolvían por dentro pero solo eran espejismos en el desierto de la soledad.

Con la publicación del libro en marcha, quería que David estuviese presente y fuese parte de él, resultase un éxito de ventas o no. Después de todo él había sido el corrector de estilo y de las muchas ideas de composición. No sabía la razón oculta de mis intenciones, pero quería estar a su lado. ¿Sería yo la que me había enamorado sin darme cuenta? Estaba segura de que David era el que mejor comprendía a una mujer liberal y republicana como yo y nunca me había afeado el bautizarme por Franco. Esto hacía que mi corazón no fuese indiferente hacia él. Lo que más me preocupaba en estos momentos era el cruce de ideales. Me había convertido en una persona sin convicción religiosa, aunque mi fe personal estaba por encima de lo religioso. Ser católica por solo el hecho de tener una partida de bautismo me había dejado en la indiferencia, sin embargo, para David, el ser protestante ahora, le había dado una nueva perspectiva a su vida.

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

Mi protestantismo se había formado entre la represión sistemática y la violencia que cada día practicaba el catolicismo con las pedradas en los cristales de la Escuela Moderna y los gatos muertos delante de la iglesia evangélica. Me había convertido una de las veces que asistí a los cultos en Alicante. El pastor de la iglesia bautista era nuestro amigo Luis Hombre Ponzoa. De rostro enjuto y aparentemente enfermizo, destacaban sus ojos profundos y limpios y unas prominentes entradas en su ralo cabello. Vestía siempre de traje oscuro, blanca camisa almidonada y corbata negra que daban una aire refinado y culto. Predicaba aquel día sobre Naamán el sirio. Explicaba que Naamán era el Jefe del Ejército, muy querido por el rey porque le había dado grandes victorias, pero estaba leproso. La lepra y el pecado significaban la muerte. Una joven esclava hebrea le habló del profeta Eliseo y este le mandó que se lavase siete veces en el río Jordán, si quería ser limpio de su lepra. Naamán pensó que aquello era demasiado sencillo y parecía una tomadura de pelo por lo que se niega a hacerlo. Él era un General victorioso y Eliseo un hombre especial pero que no pasaba de ser un agricultor y un pastor. Convencido al fin, se zambulló siete veces en el Jordán y fue sanado.

Era una historia hermosa de salvación, de una nueva vida sin lepra que a mí me llevó a aceptar aquella salvación por medio de la obra de Cristo. A los pocos meses fui bautizada por el pastor Luis Hombre que había estudiado con mi padre en el Instituto Teológico de Puerto de Santa María y ambos habían sacado el

título de Maestros Nacionales en Alicante. Luis llegó a ser Vicepresidente de la Unión Evangélica Bautista, pero sus mayores logros los cosechó en la enseñanza en las Escuelas Evangélicas, en la literatura con sus artículos y cuentos, además de ser un gran inventor. Cuando nos leía en la clase aquel cuento de *“El violín de Roque”* todos quedábamos admirados de aquellas palabras que tenían vida propia. Cuando se marchó a Ronda y Jerez por causa de su mala salud, todos sintieron su marcha y los niños oramos por él. Muchos de los alumnos recordaban aquel coro que les había enseñado don Luis: *“La nave evangelista boga, boga hacia Canaán”* ¡Que hermoso era aquel primer amor religioso de la mano de hombres tan cultos y de un fuego evangelizador que no dejaba a ningún corazón indiferente!

También aquellos años estaban ensombrecidos por la constante lucha contra la superstición católica. Eso hacía que nuestra experiencia religiosa y la formación bíblica fuese escasa. Pero había aprendido en la práctica a defender mi posición de cristiana bautista y en ocasiones había sentido que Dios me amaba. Después de todo, como hija del pastor y del maestro, también me sentía obligada a ayudar a todos. Con los años, aquel espíritu fraternal del protestantismo lo fui perdiendo también y terminé alejada de cualquier práctica religiosa.

No tuve más remedio que confesarle a David que, en mi interior, había un jardín nada grato al Eterno, que se había nutrido de fuentes secas y ahora estaba yermo, baldío, sin cultivar. Ni republicanos, ni masones, ni educadores, ni pastores, que en otro

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

tiempo entraban y salían de mi casa, podían ayudarme porque aquel maldito régimen de Franco los había silenciado. Yo era una extraña para mí misma, sin alas para volar, herida y desorientada. De nada serviría abrir mi corazón y mostrarlo, si no había nada digno. Aquellos días después de la Guerra y de la muerte de mi madre, los rencores y odios invernales seguían nublando mi entendimiento y no aparecían las flores de primavera. Solo pedía a Dios que me cuidase como yo había cuidado a mi madre, hasta que llegase mi muerte. Intenté meterme bajo mi piel y confesar a David, desde el corazón, lo estéril que era explicar los sentimientos, la fe, lo que se espera de la vida, algo que no fuesen solo palabras y se aproximase a un “te quiero”. Pero no era fácil expresar la indiferencia religiosa mía y tampoco mi antipatía a los conductores religiosos y políticos que nos habían llevado a aquel desastre. Menos aún podía hablarle de mis amores, siempre fugaces y condicionados.

Mi confesión no estaba llena de amargura, pero tampoco de halos de santidad ni destellos de luz. Mi fe siempre aparecía entre la nebulosa y daba pocas explicaciones al misterio de Dios. ¿Que sabía yo de Dios? Apenas unos versículos de la Biblia que solo reclamaban fe y esperanza. La senda del espíritu no rebosaba de señales y experiencias religiosas, sino por la simple confianza en Dios y servicio a los demás. Cuidar de mi padre, de mis hermanos, de mi madre y trabajar con todas mis fuerzas en mi taller para poder comer mi familia, me había hecho servicial y práctica a la

vez. Sin embargo, con Dios tenía un trato distante. Eso era mi vida y toda mi espiritualidad. Solo esperaba que Dios me dijese en el día del juicio “En verdad te digo que, cuando lo hiciste con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, a Mi me lo hiciste”.

De niña me había sentido librepensadora, republicana y protestante y estas eran mis señas de identidad. Pero ahora mi vida se había embrutecido por el duro trabajo y no tenía apenas incienso como ofrenda a los dioses, ni plegarias para suplicar misericordia. Solo quedaba en el recuerdo el manojito de vidas de misioneros, colportores y pastores que pasaron por nuestra casa, por nuestra iglesia y dieron ejemplo a mi pequeño corazón evangélico para que como Josué fuese esforzada y valiente. Resonaban todavía en mi pecho protestante el texto de Josué: *“no te dejaré ni te abandonaré. Sé fuerte y valiente, porque tú darás a este pueblo posesión de la tierra que juré a sus padres que les daría. Solamente sé fuerte y muy valiente”*.

Sin embargo, yo no sentía como ellos, a quienes veía iluminados, con ese olor a santidad y verdaderos arcángeles que nos visitaban para fortalecernos en medio de las duras pruebas. Les veía como ángeles mensajeros, revoloteando sobre nuestras vidas, soltando pétalos de versículos de la Biblia, agitando guirnaldas, tocando enormes cuernos dorados anunciadores del día de salvación. No podían ser simplemente hombres que disimulasen sus bajas pasiones, sino que me parecía que sus almas no podían acumular suficiente iniquidad para pecar y tenían suficiente gracia de Dios

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

como para rechazar la lujuria, la violencia, la deshonestidad y falta de fe.

Desde entonces, desde mi extraña y mística confesión, David pareció estar más cerca de mí. Pareció aceptar mi confusión y el laberinto de creencias en mi vida. Era como si le hubiese quitado la empalizada que defendía el pórtico de mi intimidad y hubiese visto la penumbra nada acogedora del alma. Mis recuerdos y comprensión de Dios la mayoría de las veces me dolían por dentro y destilaban veneno al llegar el crepúsculo anunciador de la noche. Sabía que Dios no podía estar manifiestamente cómodo conmigo por haber vivido tantos años resentida, alejada, echándole las culpas de todo. Fue David nuevamente un buen amigo. Con un gesto inusual que parecía un abrazo, se atrevió a apretarme contra él cuando nos despedimos. Testigo de aquel hecho sorprendente para los dos fue el resplandor de la luz del gran farol de la plaza del Raval.

- No digas nada más. Comprendo muy bien lo que dices, porque yo he vivido lo mismo, -me susurró al oído mientras me apretaba contra él. -
- Solo quería que supieses lo que siento- le dije también en voz baja, mientras también le abrazaba por primera vez-
- ¡Calla, calla! –mandó guardar silencio poniendo un dedo en mis labios y puso los suyos sobre mi frente como dejando un beso-

Estuvimos así un largo tiempo, como dos enamorados pero que solo éramos amigos con un largo historial de desgracias y de sueños incumplidos. Bajamos hasta mi casa cogidos del brazo, pero al llegar al portal desapareció toda la magia y el encanto de dos almas que habían soñado con besarse y amarse.

- ¡Hasta mañana! Que descanses, -se dio la vuelta y expresó un adiós con la mano, mientras sus ojos tristes volvían a señalar distancia y yo no tuve el valor de decirle que le quería-

Nos unió de manera distinta la publicación del libro *“Mi taller de confección”* después de meses esperando a que llegara el cupo del papel de imprenta. El libro era como nuestro hijo y además nos daba prestigio profesional. Suponía hacer una de las tres cosas que el mensajero del islam había profetizado: Escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. Para mí, tener un hijo, era ya imposible por naturaleza y los árboles ya los había plantado con mi padre en Alicante cuando salíamos de excursión con los niños de la Escuela Moderna. El libro en su contenido plantaba la semilla que a su vez mi padre había plantado en mí. Me gustaba su oratoria florida y los escritos llenos de imágenes. Sin embargo, el libro no podía ocultar el ser un alegato por la vida y la supervivencia. ¿Quién no se vuelve loco si vives con una perturbada como mi madre durante quince años? ¿Cómo se sobrevive si no tienes ingresos de ninguna clase, como cuando nos vinimos para vivir en Elche? A estas y otras preguntas respondía mi libro.

Para David el libro suponía otra forma de hacer literatura con el

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

claro propósito de ser beneficioso y provechoso para la gente, pero también era como el hijo que siempre deseó. David había plantado viñas y naranjales y había escrito sobre muchos temas en los periódicos, pero siempre había deseado inconscientemente un hijo rubio de ojos azules con la mujer que lo abandonó. Ahora este libro le hacía feliz porque tenía buena literatura, se podía leer de un tirón –decía él- y transmitía ideales y espiritualidad. Sin embargo, el libro llegó a ser un problema porque nos unió más de lo pensado, acercó nuestros sentimientos adormecidos y nos obligó a tomar decisiones que no queríamos o no sabíamos resolver. Una de estas decisiones tenía que ver con los cultos del domingo en la iglesia evangélica de Elche. ¿Por qué no acompañaba yo a David a las reuniones? ¿Acaso no era yo una evangélica, hija de un pastor y maestro evangélico?

Formaban la congregación cuatro familias que se reunían en un local, propiedad de uno de los creyentes, que lo había puesto al servicio de la congregación. David asistía con regularidad y no quería perder esos momentos de quietud delante de Dios. Además, los himnos y la alegría de aquellos coros le hacían sentir gratitud y adoración. Yo ya me había acostumbrado a no tener demasiadas preocupaciones religiosas y los domingos eran de descanso absoluto o tocando mi piano. Esto nos fue distanciando tanto que, terminadas las presentaciones del libro, apenas nos veíamos. David no cedió nunca a mis pretensiones, ni tampoco me dijo que me quería lo suficiente para ser más que amigos. La soledad

volvía a mi vida, pero yo no la aceptaba, ni quería aceptar tampoco a la primera persona que me diera un abrazo. Ahora la soledad sentida me obligaba a no derramar una sola lágrima, ni tener la necesidad de que alguien me escuchase. Había aprendido a dialogar conmigo misma, sin sentirme desarraigada.

Un dilema que debía resolver parecía inclinarse más hacia el amor que a la soledad. Sí, este tiempo tardío parecía el tiempo del amor, mezclado con el tiempo de Alicante, el de la Guerra, el de la locura de mi madre, pero más parecía el momento del amor.

Cierto que había días, tristes, nostálgicos y hasta atormentados, pero otros me encontraban canturreando sin saber por qué, mientras miraba por la ventana donde se veían las montañas blanquecinas, altas y afiladas, llenas de ágaves y chumberas. A fin de cuentas, David y yo no habíamos tenido ningún tórrido amor que nos hiciera estar confusos y asustados, solo distanciados. Por otra parte ¿Quién pensaba casarse entonces? ¿Para limpiar, coser, sudar en la cocina y después aguantar en la cama por la noche a un casi desconocido? Sabía que una vez dado el paso era difícil volverse atrás, por eso era preciso pensarlo bien. A estas edades se piensan mucho las cosas. ¿Le ocurriría lo mismo a David? A simple vista el salto era fácil, aunque con los años la lozanía exterior no es la misma que la interior. Yo me sentía aún de veinte años, pero mirándome al espejo siempre me preguntaba ¿quién sería esa señora tan arrugada? ¿Me vería así David, como yo me veía en el espejo? Me lo tendría que decir él con el corazón en la mano. Por otra parte, yo me veía trajinando, sudando desde

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

bien temprano, mientras las mujeres solteras dormían bien, se levantaban tarde y, pintadas y aseadas, daban sus primeros paseos tomando un café en las terrazas.

Uno de los domingos me atreví a ir al culto de la congregación donde se reunía David. Caía la tarde, aun soleada y ardiente. Un espectáculo de luces y colores rojizos me pareció el cielo, como si fuera mi primer atardecer. Me sentía llena de fuerzas y valor. En realidad, no sé si fue atrevimiento y valor porque fue algo inconsciente, reflejo, instintivo. Fue una sorpresa hasta para mí, que, sin pretenderlo, aunque lo deseara, había llegado hasta el local de cultos y entré. Nada más verme David se iluminó su cara con una sonrisa exultante y me presentó a algunos hermanos que eran nuevos para mí. Nos sentamos juntos y en las lecturas David me aproximaba la Biblia.

- No esperaba verte. Estás preciosa con ese vestido, -me habló con voz tenue y algo ruborizado-
- No se puede hablar en el culto, - le dije alagada por verme bonita, más que un reproche por hablarme al oído-
- Quiero decir que te veo diferente – pretendía disimular lo que sus ojos y sonrisa proclamaban-
- Tú también estás muy elegante y hasta vienes con corbata – le dije con una sonrisa-
- Me he alegrado tanto al verte que no puedo dejar de mirarte – me explicaba mientras se cantaba un himno que para mí era nuevo-

- Vamos a callar, porque la gente nos mira- le dije mientras ponía cara de formal-

Me sentía bien en aquel ambiente de congregación y recordaba los tiempos en que asistía a los cultos con un gorro de muselina bordada, llena de inocencia y devoción. Ahora yo me presentaba ante Dios con las manos vacías, pero en mi intención estaba reconciliarme con el Dios al que durante tantos años había olvidado. Quería sentir su presencia, humillarme y pedirle perdón. Aquel lugar no era el Tabernáculo, ni el Templo de Salomón, ni tenía símbolos o tipología ceremonial como mantenían los católicos y anglicanos, pero se percibía el mismo espíritu de reconciliación y renovación. Se adoraba con Salmos y canticos escogidos en donde el centro principal era la alabanza al supremo creador, dando gracias a Dios en todo, porque esa era su voluntad. Había compostura, religiosidad y reverencia. Así lo recordaba yo.

Cuando salimos del culto y nos despedimos unos de otros, David me acompañó a casa. La noche estrellada no pudo ocultar nuestros sentimientos y durante el camino ocurrió algo inesperado para mí que volvía a cambiar el curso de mi vida. David ya no era el mismo que me había visto preciosa al entrar en el local de cultos. Aquel que abría su boca para dibujar una enorme sonrisa y dirigía una mirada brillante de admiración. De repente, se paró y me dio un beso en la mano con una tristeza sobrecogedora que se percibía entre las sombras.

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

- ¡Margarita! Me muero, - soltó como una tajadura de bisturí aparentemente indolora, pero de la que saltaban borbotones de tristeza-
- ¿Qué me quieres decir? – pregunté serena, acostumbrada a los rodeos verbales de David-
- Estoy muy enfermo y me dan poco tiempo de vida, -confesó David sin contemplaciones y sin piedad hacia mí que poco a poco me había enamorado de él sin saberlo-
- ¿Cuándo lo has sabido? –le pregunté emocionada y desorientada-
- Hace muy pocos días. Me hicieron un chequeo médico general para entrar en Facasa y han encontrado en mis pulmones carcinomas, -me confesó con ojos asustados y llorosos-

No quise preguntarle más cosas. Solo le apreté contra mí como nunca lo había hecho. No sabía qué decir ni hacer en momentos así, cuando se despiden de ti tan dolorosamente. Jamás pude entender por qué el amor fue tan escaso en mi vida. Siempre que el afecto y la ternura asomaban a mi puerta, escapaban con tanta rapidez que las breves sonrisas se convertían en máscaras de dolor. ¿Qué pecados imperdonables había en mí para no poder sentir la pasión y el goce del amor? ¿Qué culpas podía tener David para estar sentado a las puertas de la Muerte cuando era feliz a mi lado? La vida era un frágil hilo invisible donde pendíamos inseguros trezando las redes de lo real, pero hilos que no dejaban de ser

sutiles e inconsistentes. ¿Cuándo llegaría el momento en que floreciese la paz y la felicidad perpetuamente?

En aquel largo paseo nocturno desde la iglesia evangélica hasta mi casa, no fue el viento fuerte el que hizo alborotar mi largo pelo y enredarse en la cara de David para acariciarla, era mi amor desilusionado que se derramaba por última vez. ¿Qué puede suceder cuando un hombre y una mujer se acercan así, piel con piel y se despiden hasta la otra vida sintiendo el aliento? Nos besamos y nos abrazamos sintiendo el latir de nuestros corazones. Como almas gemelas, sentíamos lo mismo, aunque enamorarnos en estos momentos parecía una locura incomprensible. Sin embargo, nos sentíamos bien acurrucados el uno sobre el otro, donde nuestras lágrimas limpiaban el dolor de nuestras almas.

Solo visité a David dos veces en el Hospital, porque murió. El ángel de la muerte le visitó nada más saber su enfermedad. Sin agonía, en un momento de duda dejó de respirar. Sin gemir sus pulmones, sin desgarradas toses, sin poder inspirar grandes bocanadas de aire que le abriesen los bronquios. El médico no pudo hacer nada para salvarlo, aunque lo puso boca abajo y le golpeó enérgicamente la espalda intentando quitar la obstrucción pulmonar. A su entierro vinieron muchos creyentes evangélicos de Alicante. Mucha gente le tenía aprecio y respeto, elogiando su vida, su entrega y sus capacidades. El dolor por su pérdida no he podido despegarlo de mi vida, pero no he derramado lágrimas. Tampoco he dejado de sentir sus últimos abrazos y sus lágrimas de despedida rodando por mis mejillas. Cuando comenzaba a

LA PUBLICACIÓN DEL LIBRO

hilvanarse nuestro amor, cuando nuestros secretos habían salido a la luz, la vida me guardaba otra sorpresa más, bajo su ropaje de infortunio.

CAPÍTULO 14. VUELTA A LA IGLESIA

Los recuerdos y las emociones a veces revelan zonas refrescantes del espíritu del hombre donde el demonio no ha podido entrar y donde renacen esperanzas para recuperar la realidad. La magna Verdad tiene facetas que solo nos es dado ver en momentos de angustia o desde el pozo de la desesperación. Pero siempre nuestras convicciones se resuelven mucho más allá de nuestra percepción, en el Infinito del Ser Supremo. Yo amaba más a Dios que a la minúscula verdad de las religiones que me habían atrapado entre sus tentáculos dogmáticos e institucionales. Los cultos o actos litúrgicos se habían convertido en una gimnasia de la piedad y muchos de sus ministros suponían una obstrucción a la pureza de la fe.

Sin embargo, mis raíces y creencias habían penetrado en buena tierra y ahora el hogar solitario, lleno de despedidas, se tornaba benévolo y sin tempestades. El traer a la memoria a mi padre y toda mi familia, comenzaba a hacerme bien. Lo mismo sucedía con el recuerdo de David Fuster, esa alma gemela que me había

VUELTA A LA IGLESIA

hecho sentir el amor tardío y salir de otros mundos borrascosos de soledad y desencanto. En el fondo la vida, el devenir humano, es algo más que sobrevivir. Está hecha de ideales y esperanzas y no solo de hiervas amargas que son el sabor impregnado en la vida de los oprimidos y maltratados. Comenzaba a darme cuenta de lo importante de las creencias, de los ideales, de la convicción y aquellos hombres y mujeres cercanos a mí; los sentía como resplandores de Dios. Ellos fueron sostenidos por la mano del Altísimo para que ofreciesen su ejemplar vida y no modificasen sus creencias. A mi padre muchas veces le habían ofrecido la vida fácil, una especie de elixir del apego a la vida, a cambio de modificar su fe y aceptar el soborno. Pero no lo consintió porque la vida era algo más que sobrevivir y sostenerse en pie como un árbol seco y sin frutos.

Pocos días más tarde de la muerte de mi amigo, David Fuster, al que amaba secretamente, me visitó el pastor de Elche y Alicante.

- ¿Qué tal estás Margarita? Te vi en el entierro de David, pero no te puede saludar entre tanta gente, -me señaló disculpándose-
- Si, don Vicente a mí me ocurrió lo mismo, -le contesté mientras le saludaba con un beso-
- Ha sido todo muy doloroso. La muerte de David también ha trastocado mis planes, pues había hecho muchos progresos en el conocimiento de las Escrituras y le veía un futuro pastor, -me confesó con emotivo sufrimiento-

- Para mí ha sido otra sorpresa más en mi vida, -le confesé sin esperar a más rodeos- ¡Pero, pase! No se quede ahí en la puerta.

Don Vicente Francés no dudó en pasar, llegando hasta un pequeño salón en el fondo del pasillo. Al quitarse el sombrero de paño, descubrió su pronunciada calvicie que le hacía más benevolente. Se pasó la mano por su calva como si quisiera colocar el inexistente pelo y fue el primero en romper esos instantes cargados de tensión, ya que ni él ni yo nos conocíamos lo suficiente.

- Esta calvicie es lo único que gané en Argentina. Estuve casi tres años allí y no pude abrirme camino. Me vine con lo puesto y con menos pelo. –Sonreía con prudencia don Vicente-
- ¿Qué tal sus hijas? Las conocí en los bautismos de David, -le pregunté más relajada y curiosa de saber de sus prometedoras vidas-
- ¡Muy bien! Sirviendo al Señor. Las dos primeras, Juanita y Raquel colaboran en las iglesias de Sumacárcer y Alicante. La menor, Esther, está enamorada de un ex cura convertido al Evangelio llamado José Borrás y creo que están también pensando en trabajar en la Obra como profesores.
- Pero siéntese don Vicente. ¿Quiere que le sirva una horchata?
- No, Margarita. ¡Muchas gracias! En realidad, solo quería saber cómo te encuentras. Creo que David era un buen amigo tuyo, -disimuló saber que David y yo nos atraíamos-
- ¡Es cierto, don Vicente!! Cuando las cosas parecían haberse

VUELTA A LA IGLESIA

aclarado entre nosotros y estábamos más unidos, él me dice que se está muriendo. - No pude ocultar un leve suspiro de emoción por la partida de David, pero disimulé lo mejor que pude-

- ¡Entiendo! Ha sido un duro golpe para ti, que llevas muchos años sufriendo con tu madre, después de haber perdido a tu padre. –Don Vicente desplegaba empatía ante mi orfandad-
- Y en cierto modo siento también la soledad por la ausencia de mis hermanos. Ayer precisamente me escribió mi hermano Arístides desde su exilio en Méjico, -le manifesté con cierto orgullo por mi hermano-
- Si me permites, quiero orar contigo. Sé que somos hermanos en la historia y en la fe. – Resultó brusco don Vicente, aunque no me resultó extraña ni impropia su petición, pero al mirarle sentí una urgente necesidad de hablar con Dios-
- Pues donde dos o tres están reunidos para pedir al Padre, en el nombre de Jesús, allí está él en medio de ellos. - Era el recurrido versículo en estas ocasiones-
- Por eso: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”, como dice Hebreos. -Era otro versículo preparatorio que nos hacía sentirnos en la presencia del Dios Santo-

Extrañamente, aquel hombre sencillo que llevaba media vida entregado a servir a Dios, traía un efecto balsámico a mi alma

dolorida y reseca. Cordial y transparente, don Vicente se esmeraba por traer a mi corazón dulzura, implorando a Dios mi restauración. Oleos y fragancias me parecieron sus peticiones a Dios.

- Señor, suple Tu lo que nos falta. Se Tu el Pastor de Margarita, dándole delicados pastos para descansar. Condúcele junto a aguas de reposo. Restaura su alma por amor de Tu nombre. Amén

Don Vicente marchó pronto. Fue una alegría breve que aireó mi vida asfixiada llenándola de una sensación de abrigo. Don Vicente no quería resultar entrometido e inoportuno y poniendo el sombrero caminó hacia la puerta. Decía que le esperaban en Caspe para unos asuntos enojosos con el local alquilado para la iglesia. Sus últimas palabras, volvieron a ser de ánimo como si no quisiera dejarme desamparada.

- No sé cuándo volveré, pero quiero verte tan animada como ahora. Que el Señor te bendiga.
- ¡Adiós don Vicente! Y gracias por su visita.

El bueno de don Vicente era persona sencilla pero un pastor constante y abnegado. No se parecía en nada a mi padre siempre idealista y utópico. Don Vicente era un hombre conocedor de la vida y no estaba contaminado de deslealtad. Sin muchos estudios académicos, había adquirido conocimientos prácticos y una filosofía natural que le elevaban por encima de muchos hombres con titulaciones. Cuando abría la Escritura Sagrada evidenciaba

VUELTA A LA IGLESIA

que había recorrido sus páginas y la citaba con precisión y sentido. Más que un rabino o un exégeta haciendo acrobacias con los versículos, sus conclusiones eran brillantes exposiciones de la voluntad de Dios en la vida de todos los hombres. Era fácil dejarse seducir por aquella candidez y recordar sus consejos como mandamientos de Dios.

Días después yo volví a visitar la iglesia bautista de Elche. Todos los creyentes vinieron a abrazarme, expresando su cariño con fuertes apretones a mis brazos. Otros me rodeaban la cara con sus manos y me besaban las mejillas o la frente como si lo hicieran al ausente David. La oración de don Vicente parecía haber sido escuchada en el Trono de Dios, pero, sin darme cuenta, yo buscaba en aquella reunión la presencia real de David Fuster en vez del rostro de Dios. Era el culto de la mañana del domingo. Un tenue resplandor de una ventana interior se posaba sobre una mesa estrecha, enmantelada y limpia, que presidía la reunión de Comunión o Cena del Señor. Sobre ella, un pequeño pan sobre un plato y una copa de reluciente vino del que bebían todos los creyentes.

Busqué en el Padre del Universo a mi amado amigo David, pero él no estaba. Miré los rostros de cada uno de los presentes y no aparecía aquella amplia sonrisa con la que David me recibió la última vez. Quizás en las alturas, en el lugar de los muertos, recibieran la misma dulce sonrisa del David enamorado de Dios. A mí me había dejado llena de soledad en esta tierra, de silenciosa

ausencia de sus abrazos, con un vacío infinito y, por primera vez, enamorada de una fugaz experiencia de afecto y pasión. Sin embargo, había aprendido de David algunos secretos de la vida, como que el amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta y que el *amor* nunca deja de ser, como dice San Pablo. El David enamorado, hasta el último momento había esperado una vida a que su ex mujer se acercara a él para saludarle. Había imaginado muchas veces ese instante en que venía a su encuentro aquella joven y podía oler su perfume, sentir su presencia, acariciar su rizado pelo rubio... Solo esperaba ese instante, en el tramo más profundo de la noche... por amor. Como un huérfano reclamando ternura... Esperando milagros para creer...

20

Yo volvía a ser la hija del maestro. No la hija retraída y abúlica de los últimos años, sino la mujer que nuevamente renacía a golpes de vida. Me respetaban no solo por haber escrito un libro, por haber tenido el mejor taller de moda durante muchos años en Elche y tener escogidas amistades, sino también por ser la hija de un destacado pastor y maestro de escuela. La formación recibida en aquellos primeros años albergaba la recompensa que señalaba el libro de Proverbios: “Enseña al niño el camino en que debe andar, y aun cuando sea viejo no se apartará de él”. La madurez de los años seguía impregnada de aquellos ideales y raíces primeras que me anclaban a una realidad mayor, que me obligaba a no traicionar a los padres, a no abandonar a mis hermanos, confiar siempre en la familia y nunca incinerar las propias ideas.

VUELTA A LA IGLESIA

Yo seguía siendo republicana y protestante de corazón. Entendía ahora mejor la tragedia espiritual de España. El problema de España era la necesidad de una regeneración espiritual y no de imponer una religión por la fuerza. En tiempos de mala economía como eran los de postguerra, la iglesia romana inventaba nuevas formas de sacar el dinero a las clases más pobres. Volvía a escuchar las inquietudes del pueblo, percibiendo la dura y continuada lucha contra el dominio de la religión oficial. Volvía a prestar atención a las maneras injustas en que se imponía la religión católica como rectora del orden social, abusando de los débiles. El día de “La Oblata” era uno de esos días en que las gentes se arremolinaban y discutían cada año con más virulencia.

- Estoy seguro -decía Constantino López un vecino de Soaserra peleado con el cura- que estos impuestos de la iglesia son ilegales, pues el diezmo está abolido.
- ¿A cuáles te refieres? - le preguntaba el pastor Vicente Francés que algo conocía por la prensa-
- A la obligación de tener que pagar la docena de huevos y un ferrado de trigo y tres cuartos de maíz, por cada matrimonio como ofrenda impuesta por la iglesia romana, -respondía el gallego Constantino López que visitaba a unos parientes que no veía desde antes de la Guerra Civil.
- Creo que te refieres a “La Oblata” que fue abolida ya en 1837 y que tanta desesperación produce en familias de pocos

recursos y hasta se mueren de hambre, - intervenía don Vicente-

- Si, esa es la triste realidad. Los pobres se la entregan al colector, este a los párrocos, abades y obispos y un tercio de la recaudación dicen que para construir iglesias y para gastos eclesiásticos, -confesaba indignado Constantino-
- Pero esa cantidad no parece un sacrificio tan grande, - apreciaba mesuradamente don Vicente-
- Eso es cada entrega, pero al año equivale a 60 ferrados de trigo y 30 de maíz que recibe casi siempre el párroco. Las viudas y las solteras solo pagan la mitad, pero para todos es un peso económico muy fuerte, cuando la mayoría del pueblo tiene que emigrar porque se muere de hambre.

Yo apoyaba las protestas del gallego Constantino, pero no eran las únicas. Cada día percibía las nuevas inquietudes que afloraban en cada esquina y que hacían a la gente prevenida tanto en temas religiosos como políticos. Sin darme cuenta advertía el abuso a las pobres gentes, pues llevaba en mis venas no solo el gozo por ver triunfar la República, sino las angustias por conseguirla y la guerra civil para destruirla. Sin embargo, el pueblo español no ocultaba siempre que seguía en lucha civil contra tres castas funestas: la militar, la clerical y la oligárquica convertidos todos en ladrones de guante blanco.

Y en ese entorno de lucha emergía inconsciente la figura de mi

VUELTA A LA IGLESIA

padre quien siempre destacaba que el asunto del atraso de España respecto a Europa, se debía a la mala y escasa educación. Para los evangélicos era la falta de libertad y la represión constante que ahora se hacía más evidente con el nacional catolicismo. Sin embargo, entonces hombres como mi padre decían las mismas palabras que el republicano Marcial Dorado, Diputado evangélico por Cádiz en las últimas elecciones:

- “En los primeros años de esta maravillosa centuria, que ha talado con acierto los bosques de la tiranía, íbamos como Quijotes sin fortuna por las ciudades y aldeas españolas, predicando Evangelio y República. Curas hidrófobos y alcaldes desaprensivos nos atajaban el paso con proceso y expulsiones. En el banquillo de los reos oímos, asombrados, las peticiones fiscales de tres y ocho años de prisión por supuestos escarnios al dogma y a la inmaculada persona del rey. Jurados dignos nos libraron de la tortura de la pena”.

Resonaban de nuevo las palabras de mi padre en sus conferencias y certámenes aprendidas en mi infancia y mocedad. Volvían para moldear mi alma en aquel ambiente de moral elevada y grande que nacía del Evangelio. Conservaba intactas las ansias crecientes por la reforma religiosa del pueblo español. Sin embargo, era indiscutible que la falta de libertad religiosa, los pocos resultados que se habían recogido de las campañas radicales, eran debidos al imperio de la religión dominante. En las campañas radicales faltaba una afirmación religiosa que pudiera oponerse a la funesta

influencia que se pretendía combatir. Faltaba más evangelio, más devoción, más espiritualidad, una base firme capaz de regenerar los corazones de los pueblos. Algo que no fuese religión y ritual de Cristos ensangrentados, sino nacer de nuevo para una nueva salida.

Mi padre amaba la libertad de conciencia y se consideraba hijo del libre examen, pero fue incapaz de meter en la cabeza de los más eximios escritores y reputados políticos las cuestiones religiosas y la autoridad de la Biblia. La verdad histórica salía de aquellos autores cruelmente herida de sus tajantes plumas y escasos pensamientos que adulaban la religión católica, aunque pensasen lo contrario. Por eso añadía con arrebatado fervor, convencido de haber abierto una brecha profunda en el Ultramontanismo:

- “Nosotros sabemos que sobre la justicia de los hombres está la justicia de Dios.

La estela de recuerdos y sentimientos, cada mañana, sacaba a la luz todos aquellos mezclados ideales y banderas donde se luchaba en tiempos de mi padre. Entonces se era protestante en todos los lugares y no solo en la iglesia. En la política, defendiendo libertades y en la religión defendiendo el espíritu de Cristo que vino a dar libertad a los encadenados. El protestantismo que presentábamos antes de la Guerra Civil, no era una religión de odio, sino de amor, que no aborrecía a los curas, ni los perseguía. Eran los curas los que odiaban al protestantismo, sublevando las turbas contra él, inventando calumnias que degradaban más aún

VUELTA A LA IGLESIA

a quienes las inventaban.

Todos decíamos que el Romanismo había fracasado en España porque con su defensa del sistema inquisitorial, por querer defender la religión así, la había desangrado, arruinado, atrasado y desmoralizado. Todos decíamos que la ruina material se podría perdonar si se hubiese conseguido prosperidad espiritual. Pero no había sido así. El único éxito religioso consistía en conseguir privilegios en las leyes, asientos en los consejos, influencia en las Universidades, acaparamientos en la beneficencia y en la enseñanza, conformidad externa de un pueblo a ritos y dogmas ininteligibles.

Pero mi padre y yo entendíamos que la espiritualidad, lo religioso, el cristianismo puro, no podía paralizar el esfuerzo por mejorar la vida presente, aunque nuestra esperanza estaba en la eternidad con Dios. Mi padre, Baldomero López, y Luis Hombre, siempre estaban inventando algo y procurando la mejora de todo lo que había a su alrededor. Pero insistía constantemente mi padre:

- ¿De que servirá dar al obrero mayor salario, mejor casa, más instrucción y más distracción, si a la vez no se le inspiran anhelos grandes, ansia de justicia individual, de progreso moral, esperanzas de eternidad?

Todavía era una verdad más trágica, después de la Guerra Civil, ver una España sin nada material y sin los principios más elementales del cristianismo. El Romanismo o el nacional

catolicismo aparecía triunfante, lleno de riqueza material, pero en las relaciones directas del alma con Dios, el pueblo español era incrédulo o supersticioso en casi su totalidad. El papismo y el Romanismo habían llevado a España a la bancarrota, al vacío de la duda, a la negación de lo trascendente y también a pasar el hambre de siempre.

Por todas estas cosas, me fui acercando a Dios y volví a la congregación y a seguir siendo la librepensadora de siempre. El libro que había publicado daba muchos motivos de conversación y debía aprovecharlo. Sin embargo, no pude limpiar los recuerdos vivos que, como el rocío de la mañana, se posaban sobre la telaraña de mi vida para mejorar la visibilidad. Seguía viendo en alguno de los bancos de la capilla el rostro de David. Seguía enamorada, aunque no estuviera él presente, aunque no hablara. Había conseguido sentir su presencia, aunque no brotara la fiebre de la pasión con aquel amor necrófago. El amor es tan fuerte como la muerte dice Cantares. Yo era la sulamita del Cantar de los Cantares que seguía amando con una intensidad de muerte. Era solo amor. Dulzura de amor, silencio de amor... Corriendo en pos de mi enamorado, aspirando el perfume deleitoso y enervada de amor...”.

Eran unos días que viví con ensoñación. Soñar era fácil. Despertar a la realidad era lo difícil. Despertar del sueño de las cosas elevadas, abstractas y teóricas al diario vivir era doloroso. La vida era pura paradoja, que desafiaba el sentido común y cada paso dolía como un parto. Uno de los domingos, en el culto de la

VUELTA A LA IGLESIA

mañana había asistido un matrimonio de más de cincuenta años. Eran desconocidos para mí, pero se presentaron ellos mismos.

- _ Nos han dicho que tú eres hija de don Baldomero, - dijo la señora a la que Vicente Francés llamaba doña Regla-
- _ Si es cierto, soy Margarita la hija de Baldomero. ¿Conocían ustedes a mi padre? - pregunté con curiosidad y hasta emocionada-
- _ Ya nos han explicado que tu padre falleció hace unos años, - dijo el esposo de doña Regla, don Moisés -
- _ Permítanme que les presente. -intervino el pastor Francés, mientras nos dábamos un abrazo- Son dos eminentes profesores evangélicos, doña Regla y don Moisés.
- _ ¿Cuándo conocieron a mi padre? Alguna vez le oí hablar de María Regla Franchêlli que había conocido de maestra en Riotinto, pero de Moisés no tenía noticias, - le adelanté para que me ayudasen a recordar el resto-
- _ Yo- dijo don Moisés- solo le conocía de referencias por ser un destacado republicano.
- _ Pues yo -añadió doña Regla- cuando aún éramos jóvenes y nos encontramos en alguna Convención de Esfuerzo Cristiano.
- _ Y usted don Moisés ¿en qué escuela ha dado clases? -pregunté

pensando que también fuera a niños de escuela-

- Mis alumnos eran universitarios. Mi carrera docente comenzó a primeros de siglo en Zaragoza, dando clases de veterinaria, desde profesor de fragua, pasando por la Patología quirúrgica, Obstetricia, Histología y Anatomía patológica, entre otros temas, -quiso sonreír don Moisés, pero se notaba abatido o desencantado. -
- Desconocía que un evangélico ocupase la docencia universitaria, - le confesé admirada. -
- Con la República muchos profesores evangélicos y de carreras profesionales, alcanzaron puestos relevantes en la Universidad, -confesó don Moisés. -

Doña Regla intervino con una sonrisa agradecida, orgullosa de su marido.

- Dile a Margarita que fuiste nombrado Consejero de Fomento y que la República te envió a Dinamarca y otros países, para estudiar cooperativismo agrario.
- No cansemos a la gente, -disimuló de nuevo don Moisés ante la velada angustia que no podía esconder. -
- Ahora nos encontramos sin trabajo. Los republicanos destacados, siendo además protestantes han sido duramente reprimidos y todas las puertas están cerradas, -confesó doña Regla que no pudo reprimir emocionarse por tanto dolor

VUELTA A LA IGLESIA

acumulado. -

- _ Estamos buscando un lugar donde podamos trabajar y subsistir, -confesó don Moisés sin más rodeos-

Extrañamente llovía en Elche. Hoy parecía que la tormenta había apagado el sol. A través de una ventana y de la puerta de la iglesia, la oscuridad de la tormenta hacía verdoso el ambiente. Era algo impropio de aquella hora, que no hacía presagiar nada bueno. Una cortina de lluvia acompañada de un viento cada vez más intenso se estrellaba brutal sobre las paredes y los cristales. Truenos continuos después de los relámpagos, hacían crujir las maderas del edificio. No podíamos salir de aquel lugar de reunión y aquel grupo alrededor de doña Regla y don Moisés, nos habíamos sentado en los bancos esperando a que escampase. El granizo iba cesando, pero la lluvia y el viento se activaban con cada descarga eléctrica y el trueno brutal que le seguía. Yo, que había vivido los bombardeos de Cartagena, volvía a revivir aquellos momentos de explosiones y destrucción. Doña Regla y don Moisés estaban aparentemente serenos, ante el dantesco espectáculo del cielo. La vida traía diariamente más dolorosos momentos que una tormenta de verano, llegando a pasar muchas necesidades. Ello nos obligó a conocernos un poco mejor.

- _ Yo sé que usted, doña Regla, proviene de familia italiana, pero usted don Moisés ¿es aragonés? Tiene un deje maño, -le confesé con cierta familiaridad y cercanía ante la atroz

tormenta. -

- Pues tengo raíces zamoranas. Mi padre Teodoro Calvo nació en Coreses (Zamora) y fue convertido al Evangelio tras una predicación de Cipriano Tornos sobre “Las Siete Palabras de Jesús en la cruz”, -confesó don Moisés algo más aliviado. -
- Pues yo, - intervino doña Regla- me siento zaragozana. Allí he pasado los mejores años, ocupándome de las escuelas evangélicas y no puedo creer que todo aquello haya desaparecido por la endiablada guerra.
- Dios nos prueba, pero no más allá de lo que podamos resistir, -añadió el pastor Vicente Francés acostumbrado a citar la Biblia-

Parecían dos seres desubicados, como si su mundo se hubiese mudado a otro lugar. Este no tenía el mismo barro, la misma redondez, el mismo espacio. Su universo se había convertido en un solitario rincón de privaciones donde se moría de dolor y ellos no querían estar. Sabían de otros lugares mejores para ensanchar el espíritu humano. Era cierto que en León la iglesia se había volcado en ayudas, pero ellos buscaban una estabilidad para subsistir con dignidad. Su amigo don Audelino González Villa, veterinario también, estaba en parecidas circunstancias, perseguido y encarcelado por republicano y protestante. Les ayudó lo que pudo, mandando a las clases de doña Regla a su hijo Rodolfo. Sin embargo, era un mundo reducido para sus facultades, incómodo, irritante y repulsivo para dos seres humanos con

VUELTA A LA IGLESIA

plenas facultades físicas y mentales, reducidos casi a la mendicidad y a la autocompasión. Sin embargo, como dos héroes y gente de carácter buscaban una salida a la vida obligada. Eran dos personajes apasionados por la vida, representantes de la inmensidad del alma humana, que habían sido reducidos a seres anónimos luchando por una limosna.! ¡Endemoniada Guerra Civil y más aún endemoniada la postguerra!

Pocos años después me enteré de la muerte de doña Regla y al año siguiente del fallecimiento de don Moisés. Doña María Regla Franchèlli había enfermado y perdido la memoria. Algo parecido a la enfermedad de mi madre. Al principio necesitaba más tiempo para recordar y decían que los años no llegan en vano, pero la pérdida dramática de la memoria se produjo en unos meses. Dicen que don Moisés murió de tristeza cuando su esposa no recordaba su nombre, ni el año en que vivía. Cuando leía daba a las palabras un sentido inusual sin comprender lo que leía. Tenía las mismas alucinaciones que mi madre y cuando llegaban los miedos irracionales, por una simple mosca o el ruido de la cuchara al caer al suelo, se agitaba y estremecía con una angustia que la dejaba sin energía. Don Moisés no entendía el estado de su esposa, pero allí estuvo a su lado para cogerle la mano y repetirle un beso tras otro. ¿Por qué la vida es una lucha tan dura para tanta gente?

EPÍLOGO

Una de las últimas palabras que aprendí fue “entropía”. En un mundo desestructurado, la tendencia universal de todos los sistemas es pasar de una situación de orden a un creciente desorden. El sistema de este mundo tiende a deteriorarse. La involución en vez de la evolución es la única teoría demostrada. Suelos fértiles se convierten en áridos, infinidad de especies desaparecen, las maravillas del mundo antiguo y moderno se desintegran cada día. Esto se manifiesta en el corazón del universo y en nosotros mismos. Es más fácil de que las cosas salgan mal que bien, más fácil perder dinero que ganarlo, más fácil perseguir y ejercer violencia que amar. Sin embargo, hay algo que vence a la entropía y es la capacidad de tener un ideal, enfocarnos en un deseo y soñar por conseguirlo. Los cristianos llamamos fe y esperanza. El deseo y la fe es lo contrario de la entropía.

En lugar de malgastar mi vida, el deseo de soñar un mundo mejor y una esperanza trascendente en mejores lugares que este planeta, me convirtió en una mujer diferente. Mi tiempo, mis energías y talento aceptaron que la vida es una lucha y que algo tenía que

EPÍLOGO

hacer para remediar la entropía. En realidad, era algo que la vida me enseñaba y yo no había querido aprender. Había admirado a mi padre, había admirado a doña Regla y don Moisés, a tantos misioneros y colportores con una actitud positiva, con una belleza en sus respuestas a la vida que me habían conmovido, pero no me habían movido a la acción. Mi padre era un hombre de acción y sus nubarrones en la dura existencia fueron una oportunidad para crecer y adquirir sabiduría. Nunca perdió la fe, ni la sonrisa, ni la capacidad de amar. ¿Iba yo acaso a rendirme?

Lo que ocurrió los años siguientes resultó para mi milagroso. Aunque me metieron varias veces en la cárcel por evangelizar y regalar biblias y tratados, pude contemplar muchas vidas cambiadas. La primera vida distinta y cambiada era la mía, que había alterado mi seguridad personal, desafiando peligros, ante el destino eterno de los seres humanos. Asombrosamente no sentí miedo en ningún momento. Era como un guerrero corcel que olfateaba desde lejos la batalla y ansiaba encontrarme en medio del combate. La soledad de siempre, que venía envuelta en la idea de que la mayor felicidad era vivir en pareja, había superado el concepto de solterona. Ya nadie me preguntaba ¿Cuándo de te buscas un novio? ni ¿Por qué estás sola?

Los años siguientes fui la hija del maestro y del pastor, en plena autonomía y libertad personal. Ahora era feliz como cuando era niña. No necesitaba la presencia del ausente y amado David Fuster. Mi seguridad me importaba poco si los seres humanos

podían encontrar un destino eterno. La sencilla fe mía veía más ahora que cuando solo clamaba libertad y librepensamiento, porque las cosas que se ven son temporales y las que no se ven son eternas. Dejé de pensar en la muerte de Franco añorando la llegada de nuevos tiempos de libertad, porque se puede ser libre llena de cadenas. También dejé de usar la jerga evangélica de mi entorno, aquellas palabras en clave que poco decían y comencé a usar la empatía con el lenguaje de mi entorno. Nunca usé en mi lenguaje frases triunfalistas, sin embargo, seguí llevando en el corazón el alma de España y de la República que diseñó mi padre.